

Diez Mil Millas de Música Norteña

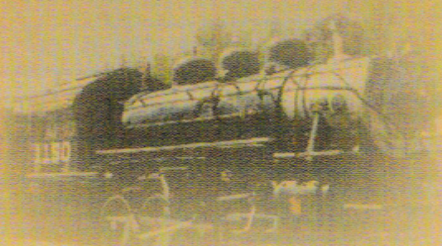
Memorias de Julián Garza



Guillermo E. Hernández

La historia de Julián empieza algunos años antes de la Segunda Guerra Mundial cuando su familia llega a vivir a Guadalupe, Nuevo León. "Veníamos de vivir en jacales y llegamos a vivir a jacales", nos relata. A lo largo de su niñez y adolescencia compartimos sus aventuras y observaciones. Su personalidad se va desenvolviendo sin amarguras ni mala fe, a pesar de la relativa pobreza en la que vive la familia. Su escuela es la calle, donde abundan experiencias que le enseñan a vivir. Es ahí donde su imaginación se nutre: ya sea oyendo canciones en las sinfonolas, observando y compartiendo las aventuras de tipos ingeniosos y enfrentándose a los primeras manifestaciones de la pubertad. A casi sesenta años de distancia la narración que nos ofrece Julián, a pesar de las inmensas dificultades a las que se enfrenta, tiene un toque de sencillez e ingenuo encanto.

Un buen día, a los treinta y ocho años de edad, Julián Garza se lanza al espinoso mundo de "la taloneada," grabando discos y cantando en fiestas y cantinas. Inicia sus giras artísticas por el estado y después en distintas regiones del país, para más tarde viajar a través de Estados Unidos. El subtítulo de este libro recuerda los *20,000 kilómetros de campaña* del revolucionario Alvaro Obregón, ahora titulado por Julián como *10,000 millas de música nortea.*



GUILLERMO E. HERNÁNDEZ, Doctor en Literatura Comparada, egresado de la Universidad de California, Berkeley, es catedrático en el Departamento de Español y Portugués y Director Asociado, *UCLA-Program de México*, del Centro de Estudios Latinoamericanos, en la Universidad de California, Los Ángeles.



UCLA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE SINALOA

GUILLERMO E. HERNANDEZ

DIEZ MIL MILLAS DE MUSICA NORTEÑA:

MEMORIAS DE JULIAN GARZA

Colección Cultura Global

Diez mil Millas de Música Norteña: memorias de Julián Garza, primero de una serie de libros que serán editados y coeditados por la Escuela de Estudios Internacionales y Políticas Públicas (EEyPP) de la UAS y otras instituciones nacionales y extranjeras como parte de la Colección Cultura Global. Esta colección, al igual que la Colección Nueva América del Norte, integra el programa editorial de la EEyPP. La colección aborda diversos tópicos de la cultura del mundo contemporáneo como expresión de la problemática social, económica y política. Este texto, a su vez, es el número 28 del *UCLA Program on Mexico, Series on, Cycles and Trends in the Development of Mexico*

DIEZ MIL MILLAS DE MUSICA NORTEÑA:
MEMORIAS DE JULIAN GARZA

DE GUILLERMO E. HERNÁNDEZ

1ª edición, mayo de 2003

Coordinadores: Adolfo Ibarra Escobar
César Aguilar Soto
Corrección: Vicente Jaime Sánchez
Diseño y formación: Carlos Camacho Lizárraga

DR: © Universidad Autónoma de Sinaloa
EDITORIAL
Burócratas 274-3
Col. Burócrata
80030, Culiacán Rosales, Sinaloa
telfax: 15- 59- 92

ISBN: 970-660-064-7

Impreso y hecho en México

*A mi madre, María Guadalupe Arredondo de Garza.
Por la fe que siempre tuvo en mí.*

Julián Garza Arredondo

Índice

Prólogo	11
La afición al corrido	15
Guadalupe, Nuevo León	18
Recuerdos de El Porvenir	25
Pedro de Urdimalas y otros cuentos	29
Primeras aventuras	33
Lecturas	38
Tocábamos poquito	41
Servicio militar	44
La niña más hermosa del barrio	49
Chambas	51
¿En todo el mundo?	61
Camiones de volteo	64
¿No que no, culeros?	75
Empecé a destacar	78
Sigo jugando béisbol	79
Compuse cinco corridos	81
La taloneada	87
Hicimos nuestro grupo	96
Con la guitarra en la mano	101
Como treinta Martas	117
Empezamos a hacer giritas	121
“Me la van a cantar tres veces”	125
Esta es música popular	128
A la tierra que fueres	132
El Espinazo del Diablo	136
No enamores con carne	143
Ricardo del Fierro	146
<i>Chito</i> Cano	148
El cabo de Michoacán	149

¿Cuándo te los acabas?	150
Festival de la Canción Ranchera	152
La víbora no traía pistola	153
Verso por verso y así salió	155
Yo no les hago un corrido	157
Te dejamos el baile tirado	163
Terrible cuerno de chivo	165
¿Tú quién eres?	173
Él es el productor	179
Nada más él se mató	181
Me está quitando lo mío	183
Empiezo a venadear federales	186
La venganza de María	188
Glosario	192

Prólogo

Un día, Julián Garza me dijo: “Guillermo, quiero que escribas la historia de mi vida”. Acepté sin saber a dónde iría a parar esta propuesta. El único temor que tenía era perder su tiempo y el mío; desilusionarlo si el material resultara aburrido o no tuviera algún valor. Pero la confianza de Julián y el sabor de las pláticas que se convirtieron en amenas sesiones de divertidas anécdotas, permitieron que nos hiciéramos buenos amigos y disfrutáramos juntos la historia de su azarosa vida. Descubrí, también, que tenía ante mí la narración de una vida extraordinaria.

Nuestras sesiones eran largas pero no lo parecían pues conversábamos, tomábamos cerveza, comíamos y era divertido grabar lo que su memoria traía a colación. Yo lo interrumpía de vez en cuando para hacer una pregunta o pedirle alguna fecha, un nombre o una aclaración. El resultado de estas pláticas es lo que el lector tiene a la vista: la transcripción de esas charlas sin los defectos naturales al hablar, ya sean repeticiones, falsos comienzos o las acostumbradas correcciones que uno se hace incesantemente.* Esta práctica editorial no es aprobada por algunos especialistas en historia oral, pues opinan que al trasladar a un texto lo que se ha escuchado deberá hacerse en forma directa y fiel, apegándose a todo sonido que pronuncia el narrador. Yo he violado esta norma, ya que deseaba que las *Memorias de Julián Garza* fueran una lectura fluida, accesible y amena.

Por otra parte —y aquí he sido firme en mi propósito— deseaba recoger las experiencias de Julián tal como las recordaba y sentía, sin adornos ni correcciones para oídos melindrosos que se

* Deseo agradecer la colaboración en esta transcripción a mis amigos Guillermo Berrones, Antonio Avitia Hernández, Patricio Avitia Hernández y César Medrano Mariscal.

abundan con el lenguaje del pueblo, de sus expresiones regionales y de los usos de la cultura rural y ranchera. Mi intención era recrear esta larga conversación con Julián tal y como él la contaría a quienes vivieron o viven este tipo de vida y aventuras. Considero esta, por tanto, una invitación a convivir con Julián Garza: la apasionante historia de un hombre con una increíble capacidad de soñar, luchar, sufrir, reír y triunfar. En nuestros recorridos por Monterrey (Nuevo León, México) también descubrí que Julián Garza era reconocido por mucha gente de su ciudad. En restaurantes, gasolineras, puestos, tiendas y en plena calle el pueblo lo seguía, le pedía un autógrafo o le preguntaba si en verdad él era Julián Garza.

Se antoja preguntar qué hubiera sido de Julián Garza si no tuviera esa inquebrantable fe en sí mismo. Es probable que hoy día fuera un obrero jubilado por una de las compañías en las que trabajó por tantos años. Pero siendo Julián quien es, lo más seguro es que solamente ésta, y no otra, fuera la vida que él hubiera podido vivir. Y es que Julián tiene una inagotable curiosidad, energía y humor, cualidades que le han permitido crearse un mundo a la altura de su imaginación.

Conocer a Julián es acercarse a alguien que se compenetra profundamente con el mundo que lo rodea. Su inagotable tenacidad para llevar a cabo sus aspiraciones, bójervando, preguntando y preparándose paso a paso, lo lleva al éxito. Por otra parte, con gran sentido del humor, Julián se enfrenta a los reveses que se le presentan sin sentir lástima de sí mismo ni lamentarse de las condiciones negativas que le rodean. En una primera y larga etapa de su vida es empleado de fábricas y empresas comerciales, y dirige sus esfuerzos y talento a la sobrevivencia económica. Sin embargo, desde entonces empieza a desarrollar su inquietud y temple, observando con curiosidad e imaginación lo que acontece a su alrededor. Esta importante etapa de su vida es la base sobre la que construirá su carrera de compositor e intérprete musical, así como de productor y actor cinematográfico, abriéndose paso en medios artísticos por demás difíciles y competitivos. Pero lo más

importante es que en todo momento Julián revela un incesante caudal de perseverancia, ingenio, talento y alegría.

La historia de Julián empieza años antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando su familia llega a vivir a Guadalupe, Nuevo León. “Veníamos de vivir en jacales y llegamos a vivir a jacales”, nos dice. A lo largo de su niñez y adolescencia compartimos sus aventuras y observaciones. Su personalidad se va formando sin amarguras ni mala fe, a pesar de la relativa pobreza en que vive su familia. Su escuela es la calle, donde abundan experiencias que le enseñan a vivir. Es ahí donde su imaginación se alimenta: ya sea oyendo canciones en sinfonolas, observando y compartiendo las aventuras de tipos ingeniosos y enfrentándose a los primeras manifestaciones de la pubertad. A casi sesenta años de distancia la narración que nos ofrece Julián, a pesar de las inmensas dificultades que enfrenta, tiene un toque de sencillez e ingenuo encanto.

Un buen día, a los treinta y ocho años de edad, Julián Garza se lanza al espinoso mundo de “la taloneada,” grabando discos y cantando en fiestas y cantinas. Inicia sus giras artísticas por el estado y después en distintas regiones del país, para más tarde viajar a través de Estados Unidos. El subtítulo de este libro recuerda los *8,000 kilómetros de campaña* del revolucionario Alvaro Obregón, ahora titulado por Julián *10,000 millas de música norteña*. Logra importantes contratos y éxitos gracias a sus composiciones de corridos y a las representaciones en las que el dueto *Luis y Julián* pasa a tener fama internacional. A través de estos episodios nos enteramos de otra importante historia, en la que Julián es protagonista: el escenario natural en que se crea, se vive, se conserva y se admira al corrido. Sus *Memorias* nos permiten reconocer claves fundamentales para descifrar desde cómo se compone un corrido hasta cómo el pueblo lo escucha y lo hace suyo, cual tesoro personal.

Narra como “en el transcurso de una semana compuse cinco corridos”, hoy día considerados clásicos del género. Sin embargo, el compositor principiante sufre una amarga experiencia al recibir

sus primeros corridos, el rechazo de un grupo ya establecido: "luego luego se hacen cuando las cosas están bien hechas y ésta no sirve". Gran error, pues Julián les ofrecía nada menos que *Pistoleros famosos*, *Luis Aguirre*, *Las tres tumbas*, *Jesús Pata de palo*, corridos que se harán legendarios, los grabarán muchos otros grupos y servirán de argumento para producciones cinematográficas. Poco a poco, otras avenidas se abrirían para Julián llevándolo a una importante carrera como compositor, intérprete, actor y productor cinematográfico.

Entre los textos indispensables de la cultura mexicana, el relato de Julián ocupa un puesto de importancia. Estas *Memorias* se suman a esa valiosa vertiente que ha recogido la voz y el sentir del pueblo mexicano en obras tales como *Juan Pérez Jolote*, *Hasta no verte Jesús mío*, *El llano en llamas*, *Rescoldo*, *Cartucho*, *Tropa vieja*, entre muchas otras. A pesar de esto, seguramente alguno pondrá reparos a *Memorias* y es que no se puede pasar por alto que existe una contracorriente que, al margen de la historia, reacciona con antipatía a la presencia digna de los personajes del pueblo. De estas filas vienen las representaciones de figuras populares como cómicas o degradantes, ya sea acartonadas o impregnadas por prejuicios de clase. Sin embargo, ejemplos valiosos como el de Julián Garza abundan a través de la historia de México. Es ya tiempo de reconocerlos, valorar debidamente su existencia y considerarlos modelos que se enfrentan heroicamente a la vida, con entereza, ingenio y buen humor. Estos ejemplos, muchas veces anónimos, son la base de esa cultura sólida, optimista y de lucha que ha dado a México muchos de sus mejores momentos.

Guillermo E. Hernández
Universidad de California, en Los Angeles
(UCLA)

La afición al corrido

En cuanto a mi niñez, pues hombre, yo no sé de dónde me nació la afición al corrido, pero recuerdo vagamente que el primero que escuché se llama *El veinticuatro de junio*. Fue en las feriecitas que hacían allá en la hacienda El Porvenir, donde yo nací. Debo haber tenido unos cuatro años porque de cinco llegué a Guadalupe, Nuevo León. Lo recuerdo vagamente.

Posteriormente, estando en Reynosa, en la fonda de una tía, estaba un norteamericano cenando, yo tenía doce años; fue el cuarenta y siete. Para mí era una novedad ver uno de ellos. En eso llegan Matilde y Miguel *Los Cancioneros del Bajío* y el gringo les pidió que cantaran *Arturo Garza Treviño*. Se lo cantaron tres veces, y me acuerdo que era un detalle curioso para mí estar viendo aquellos artistas tocar sus guitarras y cantar. Un detalle inolvidable. Yo digo que ahí surgió mi inquietud y afición por el corrido, al escuchar que lo cantaran tres veces.

Arturo Garza Treviño

Kilómetro once sesenta
carretera nacional,
Arturo Garza Treviño,
trágico fue su final.

Depositó su confianza
en su carro por ligero,
en su alma llevaba ansia
de llegar a Nuevo Laredo.

Era amigo del amigo,
muchas veces fue convicto,
pero en el once sesenta
pagó todos sus delitos.

Sólo Dios presenció el cuadro,
es la verdad sincera,
voló más de ochenta metros
fuera de la carretera.

Los comandantes supieron,
al hallarlo mal herido,
era de Nuevo Laredo
por sus señas conocido.

Terminaron sus azares,
él terminó en el hospital,
ante las autoridades
ya no pudo declarar.

Ahí les va la despedida
demostrando mi cariño,
así terminó su vida
Arturo Garza Treviño.

Las ferias que se hacían en agosto en Guadalupe, Nuevo León, eran muy hermosas, las cantinas amanecían abiertas y la gente tomando. A mí me atraía tanto la música que me iba a la feria, me arimaba a la rocola y ahí estoy, como hipnotizado, viendo el disco y oyendo la canción ésa *Hasta la tumba, mujer*, que en todas las rocolas se oía casi al mismo tiempo. Era una canción muy de moda. Debe haber sido en el cuarenta y uno, o a lo mejor antes. Yo tenía unos cinco años, y entonces las gentes me corrían; los borrachitos me decían: “Andele, váyase”. Y pues sí, me iba, pero

nada más veía que ya no me estaban viendo, me volvía a acercar otra vez a la rocola, y ahí estaba. Me volvían a correr y me volvía a acercar, oyendo la música y viendo funcionar el disco y el mecanismo de la rocola. Aunque menos, también andaba de moda otra canción que no me acuerdo cómo se llamaba, pero dice: “Las naranjas y las uvas/ en el árbol se maduran”. Mucho muy viejas esas canciones. Esa la cantaba un dueto de mujeres o un hombre y una mujer, algo así. No me acuerdo quiénes eran.

En la feria de Guadalupe, cuando se dedicaban las canciones, en una caseta de discos a la que uno iba, pagabas veinte centavos y: “dedíquele esta canción a fulana de tal”; y luego la anunciaban por el altoparlante. Entonces resultó que aquella canción, no me acuerdo cómo se llama, decía:

Me he jugado un albur
entre la baraja y yo,
yo lo voy a perder.
Perdido en la ausencia
por una ingrata mujer
que me abandonó.

Y ahí se rayó; pero se rayó: “abandonó, pst, abandonó, pst, abandonó, pst...”. Dijo una mujer que me miraba: “Tas aprendiendo mucho, cabrón.”

Llegué a los cinco años a Guadalupe, Nuevo León, y tengo muy presente que cuando llegamos andaba un dueto de mucha fama en esa época, *Los Madrugadores*. Ellos eran *Chicho* y *Chencho* y andaba de moda su canción *Hasta la tumba, mujer*. *Chicho* y *Chencho* eran mis ídolos, y los dejé de escuchar hasta que dejaron de vender los discos y de escucharse en la radio. Nunca los conocí pues no eran de aquí, radicaban en Los Angeles, California. Si los hubiera conocido a lo mejor ni les hubiera hablado. Tanto los admiraba —me gustaban sus voces, su estilo— que si hubiera tenido la oportunidad de platicar con ellos no sé qué

les hubiera preguntado. En 1945, tenía diez años, había muchas canciones de moda.

Para nosotros el cambio de un rancho a un pueblo, donde hay más movimiento, fue muy atractivo. Cuando uno es niño el cambio es muy agradable. Don Raúl, el mayordomo —no me acuerdo cómo se apellidaba—, era un viejo muy amable con nosotros. La música, que era mi defecto, me atraía. Nosotros jamás tuvimos radio en esas épocas, pero oíamos los de los vecinos. En esos tiempos también sonaba mucho una canción de Lucha Reyes que me gustaba.

Guadalupe, Nuevo León

Nunca trabajé en el campo. En Guadalupe, cuando empecé a ir a la escuela, ya cantaba varias canciones: *Al toque del alba*, *Vereda tropical* y un vals que se llamaba *María Elena*. Son las que recuerdo. Mi madre era la única a la que le oía canciones en la casa. Que yo sepa mi padre nunca cantó. Sucedió algo raro con él, porque nunca lo vi silbar o entonar una canción. En cambio para bailar sí era bueno, muy alegre, y le gustaba mucho la música. Uno ve que todos, en un momento dado, silban o entonan una canción. Mi padre nunca lo hizo, no sé por qué motivo, pero mi madre sí entonaba canciones desde que yo era muy pequeño. Poco antes de morir, mi madre dijo una cosa que hasta hace poco supe. Le pronosticó a mi mujer: “Julián va a escalar grandes alturas, no sé cuándo, pero lo va a lograr”. Y pues eso me agradó, porque ella creía mucho en mí. Creyó que yo podría llegar, cosa que no he logrado. Sinceramente, nunca le creí esas cosas.

No creo que le haya ido muy bien a mi padre en la hacienda El Porvenir. Cuando llovía sí, o en tiempos de agua, pero si había una seca todo mundo a sufrir; por eso huyeron, no nada más mi padre, todo mundo. Me acuerdo que éramos tan humildes que normalmente andábamos sin ropa; y las chavas, ya grandecitas, me pedían que corriera para ver que se me movía la chingadera. Tenía

cuatro o cinco años, o menos. Pues, ¡qué chingados!, no había pudor, no había nada, y lo hacía de muy buen gusto. No traía nada, totalmente desnudo: “A ver, Julián, córrele, pero ve allá y vente de frente hacia nosotras para verte”. Y allá ando yo, complaciéndolas.

Nunca sobró ni hubo suficiente lana en la casa. Siempre fue muy precaria la situación. Me acuerdo de un detalle de los que se te quedan grabados para siempre. Una navidad, todos los vecinos sacaban sus juguetes: carros, trocas, y nosotros... ¡ni madre!, nada, ni un juguete. No había con qué comprarlo. Entonces se siente uno mal, viendo esos detalles que no olvidas nunca. Ahorita ves que el veinticinco todos los niños amanecen con sus juguetes, con las cosas que les dan sus padres. Me acuerdo que mi padre nunca tuvo alcance para comprarnos un regalo en navidad. Los juguetes yo me los fabricaba, hacía papalotes de papel de china y de carrizo. Los adornaba y los volaba, me divertía con eso. Coleccionaba las estampas de las cajitas de cerillos, hacía mi propia lotería y me fabricaba mis propias resorterías.

También me acuerdo que, recién llegado a Guadalupe, adquirí una habilidad tremenda para fabricar figuras de barro. Adquirí esa fama ahí en el barrio; el lodo lo batía y luego hacía mis figuras, ya sea caballos y sus jinetes, los ponía a secarse al sol para que se endurecieran. La gente llegaba y los veía y les gustaba aquel detalle mío. Tenía cinco o seis años, y era muy niño para tener esa habilidad. No presumo de ello, sino que en esa época me dio por fabricarlas.

Empecé a ir a la escuela, desgraciadamente no por mucho tiempo. Cuando fui me tocó muy buena suerte porque yo tenía mucha habilidad para dibujar. Me acuerdo que los viernes en la escuela eran día de dibujo y de trabajos manuales, o algo así le llamaban. Se hacía un dibujo en el pizarrón para que todos lo copiaran. La maestra me daba a mí esa ocupación de hacer ese dibujo con lápices de colores. Le decía:

—¿Qué quiere que les dibuje?

—Pues píntales una vaca, un caballo, algo.

Yo tenía habilidad para dibujar animales; personas también. Entonces, se da el caso que las maestras de otros salones superiores, de cuarto o quinto año, me empezaron a dar ese trabajo. Yo terminaba mi trabajo en segundo año o tercero, hasta donde llegué, y las maestras: "Mándamelo acá para que haga un dibujo aquí a los muchachos". Y ahí andaba de salón en salón, haciéndoles dibujos en el pizarrón.

Como decía, en la vida familiar nos criamos en una situación económica mucho muy raquítica. Es la pura verdad. Venimos de la hacienda El Porvenir donde vivíamos en un jacal, y llegamos a Guadalupe a vivir en más jacales. Iguales a los de allá, como en el que vivíamos cuando llegamos a la colonia Guerra. Ahí es donde me acuerdo que mi padre fue albañil y en esa época ganaba cinco o seis pesos. Me les pegaba yo cuando iban a surtir la despencita chingada y me le quedaba viendo a un refresco. Me gustaban los de naranja, y: "Quiero una soda amá". Le decía yo, y ella me contestaba:

—No m'hijo, si te compro la soda no acompleto acá para pagar.

Y me quedaba con ese deseo. Hasta ese punto. Me acuerdo que, a veces, mi madre nos hacía tortillas de salvadillo, una cosa que se usa para los marranos. En lugar de harina era salvadillo, o sea la cáscara del trigo. De eso nos hacía tortillas, porque no había con qué comprar el maíz o la harina. No había, y luego, ¿por qué no decirlo?, también a mi padre siempre le gustó la parranda y se gastaba parte de su lana en la bebida.

Recién llegados a Guadalupe nos dieron cabida en el fondo de un solar de unos tíos míos, en un jacal de paja. Somos tres hermanos, y de niños teníamos un perro que queríamos mucho, era un cachorrito. Ese perrito era nuestra adoración. Cuando llegamos ahí nos lo regalaron, no sé quién. Le decíamos *El Yaqui*. Mi padre era ordeñador en la granja del señor Manuel Tamez. Resulta que mi padre se levantaba todos los días a las tres de la mañana para irse a la granja, y ese perrito atrajo a un perro pastor alemán que tenía la rabia. Nosotros nos criamos en una cuna mucho muy

humilde, dormíamos en el suelo los tres. Los únicos que dormían en la cama eran mi padre y mi madre —en un camastro—, una cama vieja mucho muy humilde. Mi padre se calzó sus botas de hule que le llegaban más o menos cerca de la rodilla, hizo café, y tenía la costumbre de preparar dos tazas a esa hora: una le daba a mi madre y otra se la tomaba él.

Resulta que el perrito atrajo a ese pastor alemán con rabia, y entró detrás del perrito hasta la casa. Mi padre pensó: "Va a matar aquí a los niños". Entonces mi padre agarró a patadas al perro —le ayudaron mucho las botas de hule—, y en un momento dado le gritó a mi madre: "¡Dame la colcha!", para abrazarse con el perro. Logró medio sacarlo del jacal y luego cerró la puerta, pero le agarró una mano al perro y allí lo tiene. Y mi madre empezó a gritar. A los gritos de ella desperté yo. Allá después de muchos gritos oyó un vecino, que le decían Adolfo *El Martillo*. Entonces, Adolfo *El Martillo* oyó los gritos de mi madre y se acercó: ¿Qué les pasa? Y dice mi padre:

—Mira, Adolfo, por favor trae algo con que matar este perro, tiene la rabia, aquí lo tengo agarrado con la puerta y el marco.

—Déjame ver qué encuentro.

Entonces, fue y trajo una varilla larga que usaban como asador de carne y viene. Le decía a mi padre:

—Oye José, ¿pero lo tienes bien agarrado?

—Sí, Adolfo, acércate, no tengas cuidado, no lo voy a soltar.

—Oye, pero ¿no me va a morder?

—No temas hombre, lo tengo bien agarrado, no se me va.

Y así fue hasta que aquél le perdió el miedo, lo picó y lo mató. Al otro día, como feria, todo mundo desfilando a ver al animal con la rabia, pero muerto ya. Es un detalle que se me quedó muy clavado.

Otro detalle que tengo muy presente, debo haber tenido unos tres años, porque mi padre me traía en brazos. Fuimos a ver un incendio ahí cerquita de la casa de un señor que se llamaba Ezequiel Reséndez. Posteriormente supe que Ezequiel, en cierta forma, estaba emparentado con nosotros y de él era la casa que se

incendió. Se me quedó muy grabado, me asusté, parece ser que me despertaba a media noche y veía el incendio.

Yo le tenía miedo a los policías. ¡Pinche policía, y ahora casi todos son mis amigos! Pero ése era mi terror. Veía a uno y me abrazaba de mi madre o de mi padre: “¿Por qué le tienes miedo a la policía?”, me regañaba mi padre: “No sé, pues le tengo miedo”. Otra ocasión, un tipo llegó bañado en sangre al patio de la casa, en pleno día. No sé por qué venía así, lo golpearían. Venía borracho, lo vi, y me quedó esa impresión muy fuerte.

También me acuerdo que me llevé una impresión tremenda con un tipo que le decíamos *El Mudo*, porque no hablaba, lógicamente. Era un tipo que pedía limosna, pero con una característica: nos asustaba porque llegaba con un garrote y le echaba mazazos a la puerta, hasta que abrían las gentes. Me imagino que, como estaba sordo, él no calculaba la dimensión de los garrotazos que daba a las puertas. Los chamacos nos asustábamos. Me acuerdo que ya de grande yo —vivíamos en Guadalupe, enfrente de la Exposición Ganadera— mi padre tenía un 30-30 de quijada. Yo me di cuenta que venía *El Mudo*, lo vi por la ventana, y dije: “Le voy a hacer una broma a este cabrón, porque va a garrotear la puerta”. Y así fue, me preparé con el 30-30, sin parque. Donde dio de garrotazos a la puerta abro, corto cartucho y, sinceramente, ya mero hablaba el pelado.

Lo que sí gané con esa broma fue que ya nunca volvió a la casa. Lo conocí desde que llegué a Guadalupe, y no hace mucho parece que murió en un accidente, ya muy anciano. Todo mundo le daba; se rumoraba que era muy rico y que tenía un criadero de marranos. Todo lo que recolectaba, las tortillas que le daba la gente, él lo usaba para darle de comer a los marranos. Pero eran los modos, la gente le pega muchas veces. Toda mi vida lo estuve viendo.

De la hacienda El Porvenir nos venimos a Guadalupe, porque aquí teníamos familia. Un hermano de mi madre que se llamaba Tomás Arredondo, ya murió, prácticamente fue el que ayudó a mi padre. Tal vez fue él quien le consiguió trabajo en la granja. El

atractivo de ver tanta vaca me divertía mucho: ver cómo las ordeñaban, cómo descremaban la leche, todo eso. Y a mí me daban oportunidad de entrar. No hacía nada, nada más iba a ver. La idea era que mi padre trabajara en la Fundidora Monterrey. Hizo solicitud porque ahí trabajaba mi tío Tomás, pero resulta que por angas o mangas nunca lo llamaron y nunca trabajó en ese lugar. Con Tamez debe haber trabajado unos dos o tres años, y luego aprendió a ser albañil y ésa fue la carrera de toda su vida.

Llegó un momento que nos fuimos a radicar a McAllen, Texas, nueve meses. Fue en el cuarenta y siete, ya tenía doce años. Me acuerdo que estaban construyendo aquí la Exposición Ganadera. Todos los corrales, las edificaciones de la Exposición que ha sido tan famosa aquí en Guadalupe, Nuevo León.

Nos fuimos a Reynosa, donde al llegar vivíamos con la tía que tiene la fondita de la anécdota ésa de Matilde y Miguel, que le cantaron el corrido de Arturo Garza Treviño al gringo. Posteriormente nos pasamos por el río. Nos pasaron dos tipos en una canoa, de “mojarras”. Estuvimos nueve meses, mi padre era buen trabajador y nos fue bien por allá. Pero llegó el momento de regresar, pues porque la nostalgia... Mi madre nunca se supo acomodar a la vida de allá. Pero tuvimos que regresar por el río otra vez, porque en ese tiempo también pedían papeles ahí en el puente, aunque vinieras de allá para acá. Los mojados tenían que regresar otra vez por el río.

No me acuerdo de algo bonito que haya pasado. Conocí los helicópteros, que aquí casi no se veían en esa época. Me acuerdo que el patrón —don León Ochoa, se llamaba el viejo— tenía dos niños de la edad de nosotros: una niña y un niño. Invitó un día a mi padre y a nosotros al aeropuerto a pasearnos en avión. El se subió a uno y anduvo diez o quince minutos, y luego sus hijos. Me acuerdo que me dijo don León: “Ahora sigues tú, muchacho”. Y mi padre no dejó que nos subiera al avión. Tenía miedo; y yo le decía:

—Déjame, ellos son niños y no tuvieron miedo.

—No, te vas a asustar.

Y no me dejó. Me quedé con el deseo de volar. En esa época cobraban un dólar por darte una vuelta en los aviones.

La abundancia de frutas, de naranjas, de toronjas, todo eso teníamos a la mano ahí en Texas, cosas que acá en Nuevo León ni las veíamos. Un detalle que a mí me agradaba mucho: teníamos ahí cerca un canalito donde nos íbamos a pescar con anzuelos. Me acuerdo que fuimos unas dos o tres veces. Ya cuando vivíamos aquí en Guadalupe, nos íbamos en el autobús a la hacienda El Porvenir y luego al río San Juan. A mi padre siempre le gustó pescar. A excepción de algunos lugares, casi siempre íbamos al río San Juan.

Cuando llegamos a Guadalupe, atendíamos una granja que se llamaba Santa Fe y a todas sus edificaciones. Ahí había una muchacha muy hermosa. Yo era un niño, tenía siete u ocho años; pero ya estaba enamorado de esa muchacha y odiaba a los federales de caminos, que en esa época andaban en motocicletas. Los odiaba porque llegaban a platicar con Paulina, una señorita de unos veinte años bien hermosa. Llegaban los federales de caminos, paraban la moto y se ponían a platicar con Paulina y yo pegado ahí, ¡con un odio! Adoraba a la mujer ésa, la amaba y a la vez odiaba a los federales. Y tenían la costumbre estos cabrones de que cuando me veían pegado ahí paraban cualquier camión, le quitaban fruta o alguna otra cosa y me la daban: “ándale cabrón, vete”. Y era la manera en que me corrían a la chingada. Una vez me gustó mucho, porque le quitaron a uno un tercio de máscaras, de ésas que se ponen para jugar, y me las dieron todas. “órale, vete, ándale”. Sería también que me convenía estar ahí.

En la granja había dos familias encargadas de las faenas: el padre de Paulina y mi padre. Ella era blanca, de ojos hermosos. No podría describirla, pero tengo una imagen de ella. Conocí al que se casó con Paulina, mas no la volví a ver.

La salida de esa granja fue porque la adquirieron unos españoles, un matrimonio español, y el padre del español —Pedro chico y Pedro grande—, y una española que me acuerdo que cojeaba al andar, pero muy hermosa. A estos españoles,

supuestamente, les fiaron la granja ésa, pero en un momento dado vendieron todo lo que había: maquinaria... todo. Lo vendieron y se esfumaron. Alguien les confió eso, no sé por qué sería, por amistad, no sé. Total, les fiaron la granja ésa y ya estando posesionados de ella vendieron todo lo que había en la granja, hasta los animales.

Estando ahí me acuerdo que una Navidad, por decir a mediodía, desapareció el matrimonio y en la noche se fue don Pedro grande. Me acuerdo que le dijo a mi padre: “José, agarra el marrano que quieras para que lo mates y hagan algo ahí para las familias, hoy es Navidad”. Pues para el veinticinco ¡a chingar a veinte!, no quedó ni uno, se fueron. Se llevaron todo el dinero que realizaron con la venta de la maquinaria, todas las vacas y parte de los marranos. Nos quedaron algunos porque no los pudieron vender.

Recuerdos de El Porvenir

Volvimos otra vez a Guadalupe, adelantito de Los Lermas, aquí cerquita, no lejos. Era cuando yo tenía quince o dieciséis años. De ahí nos venimos a otra granja: Chula Vista. Los primeros años mi padre siempre trabajó en granjas ordeñando vacas, era su chamba. Era cuando no había maquinaria para ordeñarlas, todo había que hacerlo a mano.

Un día, pescando, me narraba mi padre que una ocasión iba al campo, a la labor, en un burro. No sé por qué iría en burro, a lo mejor no tendría caballo. Dice: “Iba yo por la senda cuando, de repente, salen ocho jinetes del monte y me circundan, me dejan en medio de todos y uno de ellos me pregunta:

—Oye, ¿quién es el juez ahí en la hacienda?

—Pues no lo sé. Entonces, el cabecilla desenfunda un sable para golpearme.

—¿Con que no sabes?

—Pues no sé, porque el juez que había se murió y todavía no sabemos quién es el que vaya a quedar.

Y luego dice:

—¿Está Benjamín en la hacienda?

—Pues no, no está.

—Bueno, jálale y vete.”

Y siguieron los jinetes rumbo a la hacienda, y él se fue para el campo. Y platicaba mi padre que aquello fue como si hubiera llegado el diablo a la hacienda, incendiando y golpeando gente, robándola. Al padre de Benjamín le pusieron una golpiza y a mi abuelo también. Parece ser que mi abuelo, el padre de mi padre, murió a consecuencia de la golpiza que le dieron esos tipos. Y entonces devastaron ahí, asolaron la hacienda, quemaron jacaes. Regresa Benjamín y se da cuenta de que mi padre los había visto, y le habla:

—Oye José: ¿Qué caballos montaban y cómo eran los tipos?

—Pues montaban unos caballos así y asá, y eran así y así también.

—Ya sé quién es, es Juan Soto. Ensíllame el caballo.

Mi papá le ensilló el caballo, salió con su morral de parque y agarró río abajo. Resulta que llegó a un lugar, no sé a qué altura, sería cerca de China, Nuevo León, por allá en un rancho. Estaba un baile en su apogeo y llega Benjamín. Se baja del caballo y ve que Juan Soto anda bailando. Benjamín va hasta medio baile donde aquél anda bailando y le dice: “Ahorita que acabes de bailar te espero afuera”. Y el tipo salió fuera de donde estaba la gente y se descargaron los dos las pistolas. Benjamín le metió los seis tiros y Juan Soto no le dio ni uno a Benjamín. Se los erró todos. Como quiera se salvó el tipo, no murió.

Benjamín agarraba la parranda, y había unos músicos en la hacienda: don Pedrito Alvarez tocaba el violín y no sé quién tocaría el bajo sexto o la guitarra. El los agarraba a que le tocaran dos o tres días con todo y noche, y le gustaba salirse por la calle. Nada más hay una calle en la hacienda, los demás son cruceros, son los que bajan al río, callejones, y otros suben a las labores. Iba por la calle principal, de parranda, con los músicos tocándole

atrás. Y él tomando. Dicen que una vez don Pedrito andaba tan cansado que le dijo:

—Oye Benjamín, ya no puedo andar.

—¿Pos qué te pasa, Pedro?

—Traigo un callo hombre, y me molestan mucho los zapatos.

—A ver, quítate el zapato.

Pues se quitó el zapato don Pedrito.

—A ver ¿'on 'tá el callo?

—Pues aquí, en este dedo.

Benjamín sacó la pistola y le arrancó el dedo de un balazo.

Dijo:

—Amárrenle un pañuelo al pie, y sigue tocando Pedrito, ya no tienes callo.

Entonces, dice mi padre: “Nos íbamos a reunir toda la ralea joven con él a la cantina y nos divertíamos. Era el lugar donde podíamos pasar el rato, aunque era un peligro estar ahí con él; pero pos qué hacíamos entonces. Ahí nos reuníamos y en muchas ocasiones se dio el caso que de repente decía:

—A ver tú, muchacho, vete a traer los músicos, y tú ve a invitar a toda la gente. Y en tu casa vamos a hacer el baile, pero ahorita, ya. Yo pago todo.”

Se improvisaba un bailongo ahí de un momento a otro y todo mundo a divertirse. Y el señor no bailaba, nada más se sentaba a observar el baile y a tomar. Dicen que cuando ya se alocaba un poco el tipo, ya borracho, al único que le hacía caso era a Jesús Arredondo, mi abuelo materno. Era el único que le entraba a decirle:

—Oye, ya, Benjamín, ya vete a acostar.

Y le decía:

—Sí, don Jesús, sí, ya me voy.

Pero de ahí para allá nadie le podía decir nada. Nada más mi abuelo era el que le roncaba al viejo ése. Y no era viejo, debe haber sido de unos treinta años.

Una vez, decía mi padre: “Empezamos a jugar y Federico Montes estaba tapado —como vulgarmente se dice en el juego de

billar—, y Benjamín fue a decirle dónde picar la bola para poder sacar el tapón. Puso la espalda hacia la ventila que da a la calle y en ese momento entró la bala de un 30-30, expansiva, y lo mató”. Platicaba mi padre que él se acobardó tanto que fue a dar hasta la casa sin caballo y con el taco de billar en la mano. No nada más él, todos se asustaron, todos corrieron. Fue la forma en que murió Benjamín.

Mi abuelo era originario de ahí, de la hacienda El Porvenir. Jesús Arredondo Hernández se llamaba, y debe haber muerto el cincuenta y cuatro o el cincuenta y cinco, por ahí. Mi abuelo, el padre de mi padre, se llamaba Nieves Garza García, y vino muriendo a raíz de esa golpiza que le dieron los tipos que llegaron allá a la hacienda. El único hermano que tuvo mi padre se llamaba Julián, murió en Mercedes, Texas, a la edad de veintiocho años. Y luego, cuando mi padre se casó, yo la llevé porque me puso el nombre de su hermano.

Tenía yo quince años, me acuerdo que era el cincuenta, no estoy seguro de la fecha, pero me acuerdo que aparte de mi padre iba don *Lencho* Treviño Garza. Se juntaba con nosotros para ir a la pesca. Ibamos mucho a un lugar que se llama El Palmeruco. En una ocasión estábamos pescando en la noche, porque se da el caso que entonces pican los pescados más grandes. Enseguida de mí estaba don *Lencho*, y me dice:

—Julián, traigo un pescado mucho muy grande ganchado.

—Pos tenga cuidado don *Lencho*, no se le vaya a ir, hombre.

Y ahí viene el viejo, batallando. Le decía yo: “Déle cuerda para que lo canse, porque se le puede ir”. Y le daba el viejo y, total, ahí está luchando con el animal hasta que logró llevarlo a la orilla. Yo viendo todo, cerquita. Era de noche, pero esas noches claras que ves bien. Y ya cuando el animal estaba cerca, el viejo agarró el hilo y le dio un jalón, lo reventó, se quedó con el hilo. Yo viendo el animal, dije: “¡No!” Y dejó que pasara un ratito, y me dijo:

—Oye Julián, ¿no hay una piedra grande por ahí?

—Sí hombre, sí, en ésta que estoy sentado yo aquí. ¿Para qué la quiere?

—Para que me des un chingazo en la cabeza, por pendejo.

Le dije:

—Pues sí, hombre, pues ¿para qué le jalaba así?, tanto que batalló para arrimarlo a la orilla y luego, como si fuera una mojarrita lo que trae. Sí, nomás que el viejo se emocionó. Es que la pesca es ese detalle, que se emociona uno y hay veces que no sabes ni cómo actúas, con la situación del animal, la lucha del animal para sacarlo.

Pedro de Urdimalas y otros cuentos

Me acuerdo que mi padre nos contaba un cuento de Pedro de Urdimalas. Es largo de contar. Platicaba que Pedro de Urdimalas era un tipo muy listo pero también muy travieso, que se daba a odiar con las gentes por sus travesuras tan pesadas. Pedro de Urdimalas vivía con su padrino. El padrino era muy rico, tenía ranchos y haciendas. Pero el padrino ya no hallaba cómo deshacerse de este pelado. Un día llega Pedro al rancho y ve que su caballo está tuzado.

Dice:

—Ah chingaos, quién pelaría mi caballo. Ha de haber sido mi padrino, que quiere que me vaya; desde hace mucho que anda con eso y cree que yo me voy a enojar porque peló a mi caballo. Le voy a corresponder la broma.

Para jugarle la broma al padrino, este pelado saca la navaja y le corta a todas las yeguas la jeta de arriba, y luego va y le grita:

—¡Padrino, padrino!

—¿Qué pasó, ahijado?

—Pues que resulta que todas sus yeguas se están riendo.

—Pero ¿por qué?, ¿de qué, hombre?

—Pos de ver a mi caballo que está bien pelón de a madre.

Ese es un pasaje del cuento. Pues resulta que el padrino, platicando con un compadre, le dice:

—Chingao compadre, ya no aguanto a Pedro, hombre, ya no lo aguanto.

—Compadre, ¿pos pa' qué batallas?, mándalo a las tierras que tienes cerca de la montaña. Allá al que no lo matan las fieras se muere del susto.

—Oye, pues tienes razón, 'ora verás que lo voy a mandar a que me siembre esas tierras. Seguramente, si no lo matan los leones se muere del susto, porque allá asustan.

Y otro día le dijo:

—Oye Pedro, llévate una carreta y carga bastimento, llévate la yunta fulana y te me vas a sembrar las tierras de allá de la montaña.

—Sí, cómo no, padrino, ya voy.

Preparó los animales y la carreta, le echaron bastimento y se fue. Llegó adonde el padrino le dijo que empezara a romper la tierra. Despegó la carreta luego luego, porque era muy jalador, muy trabajador, y se puso a romper la tierra. A medio surco vino un león y se tragó un buey. Pedro se le pegó al león y con una reata va, lo laza y lo trae. Lo unce con el otro buey y sigue rompiendo la tierra. Y más delante se le aparece, supuestamente, Dios, y le dijo:

—Oye Pedro, yo esos animales no los quiero para que tú los vengas a trabajar.

—Pues oiga, ni yo quería el buey para que se lo comiera, ahora le tiene que chingar aquí, hasta que yo salga de este compromiso. A mí me mandó mi padrino, ¿cómo le hago? ¿A poco le voy a decir que me comieron un buey? Así que el león tiene que jalar y ¡hágase a un lado!

Total que acabó de romper el pedazo de tierra ese día y fue y se acostó en un jacal viejo que estaba a punto de caerse. Se acostó y estaba quedándose dormido cuando empezó a oír una voz allá arriba del techo:

—Caigo que no caigo, que caigo que no caigo.

Y Pedro dijo:

—Pues cáigame.

Y se cayó un cadáver sin cabeza. Pedro ahí lo acomodó junto con él; le echó parte de la cobija y se volvió a quedar dormido. Empezó otra vez a necear la voz.

—Y caigo que no caigo, y caigo que no caigo.

Hasta que dijo Pedro:

—'Uta, no dejan dormir, hombre, ¡caigan!

Cayó una cabeza. Entonces la acomodó al cadáver, lo envolvió en la cobija, allí lo dejó y se subió al techo del jacal a dormir. En la mañana, muy temprano, llegaron varias gentes que venían del rancho, y el padrino dice: "Vayan por Pedro ya ha de estar muerto". Llegaron al jacal y así como estaba el muerto en la cobija lo cargaron. Lo iban a subir a la carreta cuando Pedro, de allá arriba, les dice:

—Eh, pérense, ese cabrón cayó encuerado. Déjenme la cobija ahí.

Y esa es la parte del cuento que me acuerdo contaba mi padre para divertirnos a nosotros de chavos, de niños.

El del coyote es un chiste que nos lo contaron allá en General Bravo, pero el chiste data de muchos años. Resulta que un tipo aventó la piola. De repente sintió que estaban mordiendo el sebo, dice:

—Jalé y saqué un coyote.

—¿Cómo es posible?

—Sí, yo creo que le di tanto vuelo a la cuerda que pos cayó de aquel lado del río.

Mi padre fue muy afecto a buscar tesoros, y una vez que estaban haciendo un hoyanco, buscando un tesoro en la noche, llegó un tipo a caballo. El caballo puso las manos en la loma de tierra que ellos habían sacado, pero que no les habló ni nada, nada más se puso a verlos.

También platicaba mi padre que una vez un amigo de él iba por una vereda en la noche y vio un tipo parado, se asustó. Y el tipo no se movía. No, pues el amigo sacó la pistola y le aventó toda la carga y el tipo no se movió. Otro día en la mañana fue y, hombre,

era un nopal que tenía todos los seis tiros de la pistola ahí metidos. Las pencas figuraban una persona con sombrero y todo.

Mi padre contaba aquella historia de *don Cacahuat* que le decía a la señora:

—Oye vieja, tráigame la pistola.

—Pero ¿de dónde la agarro *don Cacahuat*?

—De las cachas, no se vaya a dar un tiro.

También platicaba de un tipo de allá de la hacienda, muy ingenioso para improvisar versos. Se llamaba Domingo Yáñez. Mi padre contaba que una vez estaban jugando baraja y se le ocurrió decir, porque era día de los muertos, algo así:

Hay flores en los panteones
el día de la Santa Cruz;
en El Porvenir hay cabrones,
pero no como en La Luz.

Cuando vio que los de El Porvenir le iban a hacer pedo le cambió el final, él era de La Luz o de por ahí cerquita. Era un tipo que tenía una habilidad asombrosa para echar versos y los hacía al instante.

Lo que más me narraba mi padre era lo de Pedro de Urdimalas, y me contaba de dos compadres que un día se encontraron y le dice uno a otro:

—¿Qué pasó compadre?, ¿pos 'onde chingados andabas, o qué? No te había visto.

—N'hombre, fijate que estaba en la orilla del mar, vino una nube, me absorbió, me chupó y me llevó para arriba, y me metí tres meses allá en la nube.

—¿Pero eso?, ¿cómo es posible?, ¿tres meses?

—Sí.

—Pero... ¿qué comías?

—Comía puro pescado asado, compadre.

—¿También chupó pescados la nube?, 'tas retrasado, ¿y dónde chingaos los asabas?

—Con los relámpagos, compadre, quedaban bien fritos.

No me acuerdo que mi madre nos haya narrado alguna historia. Hay un detalle que tengo mucho muy presente, y me duele mucho, íbamos a la tiendita de un señor que se llamaba Telésforo —se llamaba, porque estoy seguro que ya se ha de haber muerto, hace tantos años— y yo veía unos juguetes ahí. Yo deseaba uno, y sabía que se necesitaba dinero para comprarlo. Entonces, un día tuve una moneda, corrí a la tienda y se la enseñaba al señor, al dueño, y le decía que me diera un juguete. Y él me decía que no. Yo no comprendía por qué el señor no me daba el juguete, si yo le estaba pagando. Resulta que era un cinquito o algo así, y el juguete valía mucho más. Me dolió mucho, tanto que jamás lo he olvidado. Si hubo alguna calamidad en la hacienda o alguna seca, no me acuerdo, cuando uno está niño yo creo que no se fija en los detalles. Mi hermano Mario y yo nos robábamos los huevos de las gallinas de mi madre para ir a la tiendita a que nos dieran un dulce o dos por un huevo. Resulta que un día mi madre se dio cuenta que nos los estábamos robando, porque viene don Lázaro —me parece que era tío mío— y le dice:

—Oiga, estos huevos que me está mandando están güeros.

—Pero yo no se los estoy mandando.

—Pues los niños han ido.

—No, pues no sirven estos huevos. ¡Hijos de su pelona!, le están llevando los de la gallina echada.

Tenía una gallina echada para sacar pollitos, y ese detalle se me quedó mucho muy grabado.

Primeras aventuras

Recién llegado a Guadalupe un primo hermano mío, Mauricio Arredondo, me invitó al cine, y resulta que él traía un veinte, era lo que cobraban por la entrada. Debe haber sido por el cuarenta o cuarenta y fracción. Me dijo: “Vamos al cine”. La función la pasaban en el salón de actos de la Presidencia Municipal, ahí estaba el cine. Tuvimos problemas. No supe de qué manera se

valió para que entráramos los dos. Yo sabía que no podíamos entrar los dos, él mismo me lo dijo: “El boleto vale veinte centavos, pero a ver cómo le hacemos”, algo así. Total, entramos al cine. La película que estaban exhibiendo era *Tarzán, el indomable*.

Para mí era una impresión tremenda ver eso. Fue la primera vez que vi el cine. Era el único cine que había en esa época, después hubo dos o tres terrazas más en Guadalupe. Recuerdo que se rumoró en esa época que Pedro Infante andaba haciendo una película aquí en Nuevo León, y eso a mí me atraía. Yo quería buscarlo, pero sabrá Dios dónde harían esas tomas. Inclusive, creo que la iglesia de Guadalupe aparece en la película *Cuando Lloran los Valientes*, en la vida de Agapito Treviño *Caballo Blanco*.

Yo me empecé a juntar con mi primo cuando no iba a la escuela. Sí, yo creo que todavía iba. Teníamos un perro que se llamaba, *Centinela* y que para los tlacuaches era un cazador natural. Lo sacaba del hoyo, lo matábamos y nos lo comíamos nosotros y olvídate pues; el tlacuache asadito. Lo queríamos mucho y cuando no íbamos a la escuela íbamos a aventurarle al río, al cerro, a todas partes. Con los conejos es diferente, van huyendo, buscando dónde meterse, pero los tlacuaches en el día están metidos en los hoyancos. El perro llega, olfatea, y si hay un animal adentro pues se mete y lo saca, y no es fácil tampoco, porque a veces los espacios son reducidos y el perro tiene que escarbar para abrirse cancha hasta llegar donde está el animal.

En una ocasión nos juntamos con un tipo que se llamaba o le decían *Nito Pola*; *Pola* era la madre de él. Era un bandido ese cabrón de *Nito*. Andábamos en el río La Silla. En ese tiempo había mucho pescado, ahorita ya no hay nada. Llegamos a una corriente donde estaba un tipo con la camiseta amarrada de la cintura. Se la estiraba, la metía a la corriente, y sacaba pescados. La camiseta puesta la usaba como red. Para no alargar el cuento, llevaba como veinte o treinta pescados ya metidos todos en un cordel, y seguía sacando más. Nos pusimos a ver de qué forma estaba pescando. Y en una zambullida que se dio el tipo a sacar más, *Nito Pola* agarró

todos los pescados y... a correr, y yo detrás de ellos. Ellos ya más grandes, vamos a decir de doce o catorce años, y yo chiquillo. Yo iba atrás de ellos y me acuerdo que volteaba porque se me hacía que el tipo iba atrás de mí, alcanzándome.

Ese *Nito Pola* tenía una gran habilidad para robar cosas. Estábamos ahí en el río mi primo Mauricio y yo, pescando, cuando ahí viene *Nito Pola* desde una labor del otro lado del río, donde había maíz, y traía una bolsa llena de elotes. Se los había robado y el dueño de los elotes venía detrás de él, gritándole. *Nito Pola* cargado y abriendo jaras, hecho madre, corriendo. Llega a los sabinos y avienta los elotes en el hueco de uno y se pone inmediatamente a juntar leña para asarlos. El viejo detrás de él, llega: “Allá van —le dijo él mismo— acaba de cruzar el río el que lleva los elotes”. Y el viejo se cruzó el río hecho madre, sin quitarse los zapatos, y siguió río arriba, y aquel güey, con aquel descaro, juntando leña para asarlos. Una sangre fría fabulosa la del pelado cabrón. Jamás supe qué le pasaría. No lo volví a ver.

Güicho, mi primo, tenía una habilidad asombrosa para los *trompos*. Incluso después fue boxeador profesional. Da el caso que Gabino era un tipo muy corpulento, medía como uno noventa, y andaba vendiendo pan ahí en el río, con un canastón. Lo traía hasta el tronco. Entonces íbamos *Güicho* y yo con el *Centinela* —el que cazaba a los tlacuaches—, y el perrito, no sé por qué, se le arrimó a Gabino y éste le dio una patada. Nunca lo hubiera hecho, ahí mismo *Güicho* lo cansó a madrazos. Me acuerdo que la canasta de pan se fue rodando y todos los panes se fueron al agua. Se nubló la corriente de panes. Le puso una chinga nada más por haberle dado la patada al perro. Entre los seis y los diez años nos pasaron todas esas aventuras. Antes de salirme de aventura tenía que traerle un tercio de leña a mi madre. Cargaba el tercio de leña chingada en el espinazo.

Yo tenía tiempo de andar de vago y cabrón. Había unos apartamentos en el barrio, ahí enfrente, enseguida de la Cruz Verde, desde la esquina, era como media manzana de cuartos.

El Mercedes Courts era motel, pero nada más para puras parejas. Entonces, de chamacos, nos dábamos la habilidad de brincar la cerca por detrás para ir a ver que hacían el sexo con la luz prendida. Yo tenía unos diez o doce años, y nos dábamos unas agasajadas brutas. Ahí estaban, haciendo el sexo, y nosotros parados, viendo. No se daban cuenta. Había de todo. Estábamos chiquillos y veíamos que entraban las parejas: “órale, vamos”, y ahí vamos todos sin hacer ruido.

La boleada era en las cantinas. No me acuerdo cómo fabriqué mi cajón, lo debo haber hecho yo, no creo que alguien me lo haya dado. Me acuerdo que cobraba veinte centavos por bolear y hacía como cuatro o cinco boleadas; que era un peso, una fortuna en esa época. Me ganaba un peso, sí, pues yo era el dueño. Fue a mí al que se me ocurrió fabricar el cajón para darle también a mi madre. Debo de habérselo dado todo. Vendía sodas el domingo, pan también, en un pinche canasto. A veces me lo comía; decía yo: “Al cabo voy a vender dos pesos de pan, pues me voy a comer dos piezas”. A mí me gustaban de todas.

Había un personaje mucho muy interesante: el *Benito* Juárez le decíamos. Se llamaba Benito Juárez. Era un tipo que tenía una facilidad asombrosa para trovar versos. Yo lo admiraba mucho. El agarraba parrandas que duraban un mes o dos. No hace mucho que se murió. Tenía una voz fabulosa para cantar. Me acuerdo que yo tenía diez o doce años y andaba una vez en el río La Silla vendiendo sodas en una cubeta, a las parejitas de novios y a la gente que andaba ahí. Entonces, venía cantando el *Benito* por la ribera contraria del río, una canción que parece que era *Me he de comer esa tuna*, con una voz agradable y muy potente. Se oía la voz en el eco del barranco. La parejita, a la que le estaba vendiendo sodas, dijo: “¿Oye, quién es?, si hasta parece Jorge Negrete ese señor”. No, pues era el *Benito* Juárez. Era el *Pito* Pérez de aquí de nosotros, del barrio.

El *Benito* Juárez tenía facilidad para trovar versos, los improvisaba. Me acuerdo que una vez me quedé asombrado porque había, también en Guadalupe, una familia, apellidados

Viesca y eran como tres o cuatro hermanos mudos. Entonces, íbamos el *Benito* Juárez y yo —me gustaba juntarme con él, yo le aprendí muchas cosas—. Y venía parte de la familia ésa, de los Viesca. El padre de ellos se llamaba Juan. Y ya nos los encontramos y seguimos, y empezó el *Benito*; dijo:

Válgame Juan Viesca
la verga ya no me crezca;
que a esta pinche vieja,
cómo le apesta
y de puros mudos tiene una orquesta.

¡La facilidad de este cabrón! Te reías con todo lo que hacía. Una vez hizo un pleito el *Benito*, ahí en la colonia Guerra de Guadalupe, donde nosotros nos criamos. Debe haber sido como en 1948. Hizo un pleito en la cantina y llegaron dos policías que se llamaban *Nicho* y *Chano*. En esa época no había patrullas, andaban a pie los policías, y llegaron y aprehendieron al *Benito*.

—Vámonos Benito, estás preso.

—Pero, ¿por qué?

—Estás preso Benito.

—Está bueno, hombre.

—Vamos, ándale.

Y se lo llevaron, lo echaron en medio de los dos policías, y yo caminando detrás, casi a una cuadra de ellos. Sabía que iba a haber algo ahí. Y como el *Benito* era mi amigo, aunque yo era un chamaco y él ya era un adulto, dije: “Aquí va haber novedad con este cabrón”. Y así fue:

—Oye, dénme chanza de entrar a tomarme una cerveza ahí con Miguel, hombre.

—N'hombre, estás loco, si estás preso, vas pa' la cárcel.

—¿Pos qué tiene una cerveza, una Indio, hombre?, ¿qué tanto me tardo?

—Y dice *Chano*:

—Déjalo, ¿no?, ¿pos qué?, vamos a llegar, hombre, que se tome una cerveza, no hay problema.

—Pos sí, hombre, pero...

—N'hombre, déjalo.

Y ya llegaron con don Miguel. Un jacalito, ahí en la colonia, donde atendía. Sí, yo sabía que iba a ver una novedad ahí. Y ya entraron los dos policías con el *Beno* enmedio, y le dice el *Beno* a don Miguel:

—A ver, Miguel, dame una Indio.

—¿Traes dinero?

—Sí.

Y sacó un peso de papel, de esos colorados por un lado que había en aquellos años, pero nada más se lo enseñó y se lo volvió a echar el *Beno*. Se tomó la cerveza y les dijo a los policías:

—Ahora sí, Miguel, ni modo que me mandes al bote, si estos güeyes ya me llevan pa' allá. ¡No te pago!

—Y no le pagó, se aferró tanto que no le pagó. Y así se fue al bote, aferrado. Ese *Beno* hizo muchas cosas. Tenía un cuñado que era dueño de un restaurante llamado El Acapulco. Un día me lo encontré:

—¿Pa'dónde vas, *Beno*?

—Voy a ver a mi cuñado
el del Acapulco
a ver que chingaos
le trasculco.

El genio que tenía el cabrón.

Lecturas

Yo llegué de cinco años a Guadalupe. Me acuerdo que a veces mi padre me llevaba a que le ayudara. Entonces era albañil y renegaba conmigo porque yo, de repente, me hallaba un periódico y me ponía a leer y no oía nada. Me hablaba y me hablaba y yo no oía, estaba enreatado viendo lo que decía el papel. O me ponía a oír el beisbol en los radios vecinos, ahí donde estaban trabajando,

y no escuchaba nada. No lo escuchaba a él, que me llamaba: "hey, hey". Me gustaban los muñequitos, las tiras cómicas. Me acuerdo de las revistas de muñequitos y era todo mi querer esa chingadera.

A grandes rasgos, esa es la niñez que pasé. En la escuela primaria no era malo, nada más que estudiaba y sucedía este fenómeno: que en determinado momento yo caía en cama. No porque no me gustara la escuela, no. No sé, no me acuerdo. Yo caía en la cama, postrado, enfermo, me daba como una alergia o algo así. Y tengo muy presente que el doctor le dijo a mi padre: "No lo dejes que vaya, ya nada pierde". Me daba fiebre y él decía: "Se te muere el muchacho si lo dejas ir". Yo estaba en tercer año de primaria, y ya no fui y me dediqué a vagar: ir a La Pastora, al cerro; me gustaba mucho la cacería, la pesca y una bola de aventuras cuando todavía aquí, en Guadalupe, era puro monte por todos sus alrededores.

Me gusta mucho la lectura de aventuras. Una vez leí un libro que se llama *Los verdaderos misterios del mar*. Vienen ahí unos detalles un poco espeluznantes de... no sé si será cierto, pero en una isla, no me acuerdo dónde está ubicada; ahí, año con año, si el tiempo y el clima son propicios, se materializa una nave antigua, un velero, cerca de la costa. Y lo ven miles de gentes, nada más que no me acuerdo dónde, es un caso verídico. La gente con días antes va a acampar ahí para esperar el acontecimiento. Que llegue el día y si el clima y la situación del momento es propicio, se ve la nave.

Y un detalle que leí también en ese libro, de un actor que murió en Galveston, Texas, y ahí lo enterraron. No era de aquí, era americano. No sé de qué parte, no me acuerdo. Había nacido también en una isla pero muy lejos. Hubo un tornado en Galveston y unas tormentas muy fuertes en esos días. Y por los deslaves provocados por el agua de la tormenta, los ataúdes se fueron al mar, entre ellos el del actor ése. Pues el ataúd del actor anduvo a la deriva en el mar ocho años. Nadie lo vio nunca y fue a encallar a la isla donde él nació. Salió a la playa, a medio kilómetro de donde él había nacido, siendo que anduvo ocho años en altamar el

chingado ataúd y nunca lo vio nadie. También ahí viene de unos naufragos, que el mismo día naufragaron cinco veces y se salvaron cinco veces. Se salvaron de un barco hundido y se subían a otro y se volvían a hundir, cinco veces. Y hubo otro detalle, también increíble. Iba un marinero en la cubierta del barco y viene una ola gigante, lo barre de la cubierta y va y lo deposita suavemente sin hacerle ningún daño, nada, absolutamente ileso, en la cubierta de otro barco.

El rayo ése, verde, que muy pocos marineros les ha tocado la suerte ver, se da en altamar cuando el sol está ocultándose en el horizonte. Se da el caso que uno de los rayos del sol atraviesa el agua y sale. Dicen que es una cosa maravillosa, sale a flote y traspasa el agua. Muy pocos marineros lo han visto y dicen que es una maravilla verlo. Es como la alborada, la aurora boreal. Hubo una aurora boreal que se vio en la Ciudad de México, se vio hasta allá, nada más que no me acuerdo en qué año. Como he leído tanto, he llegado a creer un poco en esas cosas, porque a lo mejor sí se puede dar el caso.

Hace poco leí un libro de un cazador de aquí, regiomontano. Platica una anécdota que nada más de pensar se me enchina el cuero. Ese cazador narra sus aventuras aquí en la región, puras salidas a cacería. Se apellida García, era de Monterrey, ya se ha de haber muerto porque el libro es de 1951 o cincuenta y dos, y él aparece ya viejón en la foto del libro. Este tipo, en esos días, no encontró más con quién ir que con su compadre. Resulta que su compadre tenía un rancho ahí en El Encadenado, municipio de General Terán, y dice: "Mira compadre, no puedo irme ahora, pero si quieres irte tú, pues ve y métete al rancho. Ahí es tuyo, has lo que quieras, no hay problema".

Pues el tipo se fue, llegó, y en el lecho de un arroyo improvisó su campamento. Ahí le oscureció, cenó y dice: "Como a media noche, estando entre dormido y despierto oí un grito. Mas no supe identificar qué clase de grito era, pero sí logró despertarme. Ya totalmente despierto lo vuelvo a oír. Entonces supe que era el grito de una mujer, pero un grito espeluznante. Y entre más y más se

empezó a oír más cerca. Prendo la lámpara, voy al barranco del arroyo, y el arroyo seco totalmente. De esos arroyos que agarran agua nada más cuando llueve".

Entonces este cabrón, desesperado, sube el barranco, se resbala y se le apaga la lámpara. Cuando la va buscando, que ve a una señora, así de frente, cerquita. Tan fuerte fue la impresión que perdió el conocimiento. Ah, porque le dijo la señora: "Sálgase del arroyo, yo aquí perdí a mi marido en la corriente, de una venida de la sierra". Y en realidad así fue, llovió mucho y se vino la creciente y se llevó la casa de campaña y todo, una experiencia muy fea que vivió el tipo ése. Allá amaneció. Y allá lo fue a buscar el compadre cerca de medio día, al otro día, y lo halló todavía inconsciente.

—¿Qué pasó, compadre?

—Vámonos pa'l rancho. Me salió una señora ahí, me dio su nombre —parece que se apellidaba Ramírez—, y me dijo que me saliera del arroyo porque ahí había perdido a su marido.

—A ver compadre, espéreme tantito. Y que trae una fotografía.

—¿Es ésta?

—Esa es compadre.

—Ella murió hace veinte años y es ciertísimo, mi padre murió en el arroyo, lo arrastró el agua.

Entonces, de tanto leer tantas chingaderas de ésas pues empiezo a creerlo. Está cabrón, yo he dormido solo en el campo, cuando ando de cacería, en la pesca, he estado solo en la noche, toda la noche y nunca he tenido ninguna experiencia de nada.

Tocábamos poquito

Tenía yo unos dieciséis años cuando mi madre me regaló una guitarra de doce cuerdas. Para esa época ya habíamos tenido algunas guitarras. No recuerdo exactamente cuándo tuvimos la primera ni cómo se hizo de ella mi hermano Luis. Lo que sí tengo muy presente fue cuando mi madre me compró esa guitarra de doce cuerdas, y que aquí no se conocían. Ya tocábamos poquito

Luis y yo con las que habíamos tenido. Siempre había una guitarra en la casa. Me acuerdo que había un vecino, Manuel, ahí donde vivíamos, enfrente de la Expo, de la Cruz Verde. Yo tenía unos quince, dieciséis años. No me acuerdo cómo se apellidaba ese muchacho. Tocaba la guitarra muy bien y me invitó, me vio tocando una ocasión y dijo: "Oye, ¿te gustaría enseñarte a tocar guitarra?, yo te enseño lo que sé". No me acuerdo de qué manera me hice de una guitarra para ir a aprender con él, creo que a lo mejor me la robé. Entonces, me le pegué a Manuel todas las tardes, por decir una hora diaria, sería durante un mes o dos.

Nunca desarrollé gran cosa. Aprendí algo que me sirvió mucho durante todos estos años para componer mis corriditos. Con mi guitarra les pongo la melodía. Entonces, se fue Manuel, desapareció del barrio, no sé por qué motivos y yo quedé con aquella escuela que él me dio de los tonos mayores, de tocarlos en la guitarra. El sentido de la cuadratura no lo he tenido, de rimar sí; pero siempre he sido malo para el tiempo al interpretar una canción,

Me dejó esa escuela aquel hombre, y se la pasé a Luis. Y Luis sí desarrolló mucho. Me acuerdo que a veces con aquella escuela que teníamos de tocar la guitarra, el día diez de mayo nos salíamos a dar serenatas. Creo que mi primo, el profesor Francisco Arredondo, tomó parte con nosotros en las serenatas del Día de las Madres. Eso se hizo costumbre, cada año se hacía una reunión de amigos, para de ahí irnos de casa en casa a dar serenatas a las madres de todos los compañeros. No faltaba la botella de vino y la cerveza. Y, ¡órale!, amanecíamos borrachos y esos detalles que nunca faltan. Entonces el ídolo de las multitudes era Pedro Infante, y todos tratábamos de imitarlo. Tratábamos de cantar como él. Me acuerdo que lo admirábamos y nunca tuvimos la oportunidad de conocerlo, siendo que muchas veces vino a Monterrey. No nos preocupábamos de ir al aeropuerto o ir adonde se presentaba o tal vez no teníamos la oportunidad de hacerlo, no sé. Total, nunca lo conocimos.

Yo siempre estaba al pendiente de toda la música norteña, compraba discos. Alcancé a comprar discos de *Los Madruga-dores*, antes de que los quitaran, y de *Los Alegres de Terán*. Para mí, sinceramente, mis ídolos siempre fueron *Los Alegres*. Hace muchos años tenían todos los días un programa a las cinco de la tarde: "Arriba el norte". No me acuerdo cómo se llamaba el patrocinador, creo que era Mueblería El Hogar. Llegó un momento que era un gran aficionado a *Los Alegres de Terán*. En la XEOK pasaban el programa, tenían la costumbre de tocar discos sencillos, tocaban una canción y volteaban el disco. Entonces, yo oía una canción y les decía a mis amigos:

—Ahorita van a cantar esta otra.

—¿Cómo sabes tú?

—Espérate.

Pero yo sabía qué canción estaba por cada lado del disco sencillo. Tan aficionado así era, y de diez que cantaban yo adivinaba cinco porque nada más oía una, y como tenía la costumbre de oír el disco, entonces yo sabía la que seguía. Y quedaban asombrados.

—¿Cómo es posible que sepas tú esto? ¿Por qué? ¿Cómo le haces?

—No, pues yo sé.

Tan aficionado era yo a las canciones de *Los Alegres*. Me imagino que ya eran discos de cuarenta y cinco revoluciones, quizá eran de setenta y ocho todavía. Fue como en el cincuenta y cuatro o cincuenta y cinco. Una vez, estaba yo borracho en la cantina y un tipo me bajó doce veces *Los ojos de Pancha*. Si le picas se atora la rocola y baja el disco, pero no lo toca. Yo la echaba y el tipo la bajaba. Yo estaba borracho y del madrazo que le di el tipo casi pasó por debajo de la mesa de billar, deslizándose por el piso.

Empecé a trabajar de cantinero como a los dieciséis años, aquí en Guadalupe. Yo era el que vendía la cerveza y despachaba toda la clientela. No me acuerdo del nombre de la cantina, ya no existe ni el edificio. El terreno está baldío, tumbaron la casa y nunca

fincaron ahí. No me acuerdo cuánto tiempo duré de cantinero. Cerraron la cantina, me quedé sin trabajo. Trabajé en una tintorería otro tiempo. El dueño era un alemán. Era una lavandería de ropa. Tenía que recoger la ropa en bicicleta, yendo a visitar los clientes, y me entregaban sus trajes para llevarlos a desmanchar, a lavar. A la tintorería entré porque ahí trabajaba un amigo mío del barrio. Creo que fue él el que me llevó ahí.

Fue hasta los quince años cuando me acosté con la primera muchacha. Bueno, llegaron ahí al barrio dos chavas. Vivían solas. Yo creo que eran putas, porque vivían solas. Entonces, *Pancho* Pedraza y yo nos las hicimos novias. Yo tendría unos catorce años y ellas eran mayores que nosotros. Me imagino que la que me tocó a mí debe haber tenido unos dieciocho, la de *Pancho* unos veinte. *Pancho* se casó con la de él, y me acuerdo que eran bonitas y nos las hicimos novias. Lo que sí me extrañaba era que vivían solas, que no tenían mamá ni papá. Entonces, pues platicábamos con ellas, ahí en la esquina, en lo oscurito, en la noche. Pero un día, la que yo traía me dijo: "Vámonos a la casa, ¿vamos, no?" Y ya estando en la casa se desnudó y dijo: "Acuéstate conmigo".

Ese fue el detalle. Era muy hermoso, a los catorce años y luego, pues gratis. De repente se desapareció. Ya no nos vimos. La otra se quedó porque se casó con *Pancho*. Le preguntaba yo a la novia de *Pancho*, y que después fue su esposa:

—Oye, pues, ¿aquella?

—Pues, no sé.

Se desapareció y no sé qué rumbo tomó. Pero no llegué a apasionarme. Nada de eso. No sé por qué. Sí, yo creo que sí debí haberme aquerenciado con ella, pero no sucedió nada, fue un fracaso. Luego, pues aunque era tímido, siempre tuve suerte de que se me insinuaban las viejas; y con miedo y todo.

Servicio militar

Me tocó el servicio militar cuando tenía unos dieciocho años. Empecé a cumplirlo precisamente, en Guadalupe; estuve

marchando, como vulgarmente se dice. Y de rompe y rasga, así para empezar, dijo el capitán Jaramillo, que era el encargado de dar la instrucción: "Señores, la próxima sesión los espero aquí desde el sábado, porque nos vamos a ir a la sierra, al cerro". Normalmente las sesiones eran de tres horas, los domingos, pero ese día nos citó desde el sábado, un día antes. No, pues ahí estábamos todos el sábado, con mochilas. Nos dijo: "Tráiganse comida y cobijas". Caminamos toda la tarde, parte de la noche y llegamos a un rancho. Y ya nos formamos a todo dar, como debe de ser.

Dijo:

—Señores, este rancho me lo prestaron, yo quiero hacer algo de campañas con ustedes para que entiendan cómo deben ser. El rancho lo vamos a circundar, pero va a ser una cosa de a veras. Toda persona que trate de entrar al rancho márquenle el alto, que se identifique, y si no se identifica truénenlo. Sobre mí va todo, porque si esta noche pasa algo aquí, en este rancho, yo voy a ser el responsable.

A mí me tocó vigilar de las doce a la una de la mañana. No se me olvida: 30-30 de quijada. Sí, de quijada; traía armas antiguas, pinches. Ahí estoy yo, cuando veo un tipo que viene por el camino, y dije: "Ah cabrón, aquí valió madre este pedo". No había pasado nada en toda la noche. Sí, le marqué el alto ya cuando lo vi como a unos diez metros, y no me contestó este güey, y siguió caminando para donde yo estaba, y le corté cartucho. Y al corte del cartucho el *bato* reacciona:

—'Pérate, no tires.

—Pues, hijo de tu chingada madre, háblame güey, pues te mato, baboso.

Era un compañero de nosotros que se había salido de cacería, se le apagó la lámpara y venía distraído tratando de prenderla. Y me lo iba a meter al güey. Afortunadamente, cuando oyó que corté se acordó que había orden, de que el rancho estaba vigilado con armas. Lo hubiera matado, tenía orden del capitán de disparar.

Fue un año en que me pasaron muchos detalles. Me acuerdo que tuvimos una competencia deportiva con los que estaban de servicio militar en San Nicolás y fueron a Guadalupe. Competencias de salto de tigre y cosas de esas. Oye, y que por angas y mangas uno de San Nicolás que se pica con uno de Guadalupe y que se agarran a madrazos. Y entra otro de San Nicolás y otro de Guadalupe, y otro y otro y otro y otro. Para cuando menos se acordó, estábamos como veinte cabrones echándonos chingazos con otros veinte, pero en igualdad de condiciones, a mano limpia, no había armas. Veías tú que zumbaban los madrazos por todos lados. Y yo decía: "Bueno, pues ¿los jefes, los capitanes?" No, no intervinieron. Después supe que dijeron: "N'hombre, déjenlos que se den chingazos, ¡chínguense!"

Otro detalle: Enrique González Garza era condiscípulo mío cuando yo llegué aquí a la escuela; amigo mío y posteriormente amigo en la instrucción militar. No me acuerdo por qué este tipo empezó a cargarme mucho, a bromear muy pesado conmigo. No me acuerdo en qué sentido se le pasó la mano. Total, no agarramos a chingazos en pleno momento de la instrucción. Sí, y quisieron intervenir los compañeros y gritó el capitán: "Déjenlos que se den en la madre, no se meta nadie". Allí andamos liados a chingazos; pero de a veras. En un momento dado, veo que a Enrique le empiezan a salir chorros de sangre del ojo, y me asusté. Y él también, peor. Este sintió, y se paró el pedo. Dije: "Ya valió madre, le saqué el ojo a este güey de un madrazo". No, no fue así, lo que pasó es que con la uña, tal vez en un madrazo, le metí la uña en el ojo y le rasgué por dentro. Pero no fue nada grave.

Otra ocasión, para hacer el salto del tigre, nos ponían a diez gentes acostadas boca abajo. Y llegaba el tipo, tenía que brincar aquellas gentes y luego echar la maroma. Sí, ponía los pies, se impulsaba, brincaba las diez gentes boca abajo. Ese era el ejercicio. Y a mí me tocó en la mera orilla estar boca abajo. Oye, todos los tipos que venían me pateaban aquí, el muslo. Al impulsarse, incluso, algunos me pisaron la carne con el suelo. Y aguanté como unos ocho diez, y me paré. Entonces dice el capitán:

—¿Para qué se para?

—Ya me chingaron la pierna.

—Póngase ahí.

—No me pongo, ponga otro, ¿ahí no hay tanto cabrón?

—Hágase ahí'orita, usted queda arrestado.

—Está bueno, quedo arrestado, pero ponga otro cabrón ahí.

Así fue por lo pronto. Y se acostumbraba en ese tiempo que al que arrestaban lo mandaban al campo militar a cumplir una sentencia, por decir, de una semana. Yo dije: "No, pues ni modo". Y no me arrestó ni nada. Yo creo que se arrepintió, o no sé.

Me dijo:

—Vete muchacho, nada más el castigo que te voy a poner es que me traigas unas cuartillas, unas hojas de máquina para el siguiente domingo.

—Está bien, sí se las traigo.

No se las llevé, por cierto. En otra ocasión estábamos formados en la plaza de Guadalupe y pasó una dama. Alguien le dice una pendejada a la chamaca. Es muy bonito cuando tú le dices a una mujer: "Qué hermosa eres". Algo así. No, este güey le habló mal. Fue poco antes de salir a marchar. Y se viene el capitán:

—¿Quién fue el que gritó?

—Pues ¿quién sabe?

¿Tú fuiste?

—No.

—¿Quién fue?

Y nadie supo. Y sí sabíamos. Pero era muy gacho decir: "Este fue". Nadie dijo quién era. Nos acuartelaron, nos encerraron a todos en el salón de actos. No era cárcel, pero ahí nos metieron. Ya a media tarde dije: "Yo me voy". Yo era desorganizado y atrabancado. Estaba abierto, las puertas estaban entrecerradas, nada más. Pero tomé la decisión solo, no invité a nadie, ni quise empaletar a nadie. Abrí la puerta, la medio forcé. Me salí y luego volteeé para atrás, y todos detrás de mí. Todos se salieron. Y no hubo castigo. ¿Pues dónde iban a castigar a todos?

Bueno, se da el caso que gustándome tanto el beisbol yo nunca había jugado; siempre estaba esperando que se llegara el domingo para irme a los llanos a ver jugar. Casi todos los integrantes de un equipo, se llamaban *Los Cachorros*, eran de mi barrio, y entre ellos participaba un primo hermano mío que era mucho mayor. Yo seguía a ese equipo. Enfrente de mi casa, que ahora es la Cruz Verde, había un parque de beisbol. Saliendo de mi instrucción militar iba pasando yo todo uniformado, con mi cuartelera y mis botas, por el campo de beisbol. Me llama alguien de los equipos que iban a participar ahí.

Dice:

—Oye, ¿sabes jugar beisbol?

—N'hombre, me gusta mucho, pero nunca he jugado.

—Pues, sepas jugar o no sepas ¿quieres ayudarnos?, porque nos falta un hombre y si no jugamos perdemos por falta de un hombre.

—Sí, le entro, por tal de que se haga el partido.

—Pues éntrale.

Era un equipo de Monterrey contra uno de Guadalupe. Y me mandaron al *right field*. Allá, supuestamente donde no va nada. No, como maldición, luego luego fue un chingadazo para allá, que no supe ni por dónde pasó. Entonces, se dio el caso que a la hora de batear yo estaba lanzando por Guadalupe un pitcher prospecto de la Liga Mexicana, y que se la gancho al tipo fuera del parque. Me estaba preparando para batear, y fue un jonrón que hasta se perdió la pelota. Ahí descubrí que tenía poder para batear.

Posteriormente, me pasé veinte años jugando beisbol amateur. A raíz de eso, de ese partido, me entró la afición de jugar. Sí, y mis hermanos Mario y Luis también jugaban, incluso ellos empezaron a jugar antes que yo. Siempre jugué la primera base y algunas veces catcher, muy esporádicamente en el jardín. El beisbol es el deporte de mis amores. La vez que vi a Valenzuela allá, en Los Angeles, perdió el güey una a cero.

La niña más hermosa del barrio

Por esos días conocí una niña, la niña más hermosa del barrio. Sí había picado hielo, iba algunas veces a la zona roja, al *Pozo*. Había tenido una novia, creo que se llamaba Marcela. Llegó ahí al barrio, era una morena muy simpática. Yo tendría unos diecisiete años y ella creo que tenía más o menos mi edad, pero fue un noviazgo que no tuvo importancia. No sé por qué terminó aquello. Nos íbamos a La Pastora pero nada más platicábamos. Nada de nada. Entonces conocí yo a ésa, la chica más guapa no nada más de la colonia, de todo el mundo; tenía quince años ella. Sinceramente, no pensé jamás que le fuera a caer bien, más bien ella fue la que buscó la relación. Yo ni lo creía, por Dios santo, se llamaba Yolanda Elizondo. Empezamos a ser novios, ir al cine, a cosas de ésas. A pie, no había carro ni nada. Yo empezaba a tomar, me gustaba mucho tomar vino y emborracharme. Ellos vivían más o menos bien. Y un día me dijo:

—¿Sabes qué?, yo no quiero que tomes.

—No m'hijita, ya no voy a tomar, si no quieres que tome ya no tomo.

Nada más fue ese momento, y otro día: ¡hasta el tronco! Y cuando la volví a ver me dijo:

—Como faltaste a tu palabra, Dios que te ayude.

—Pero ¿cómo es posible, hombre? Pero, oye, es la relación que tengo yo con mis amistades de que no falta la copa.

—Pues tú fallaste, así es que...

Yo no pensé que fuera tan drástico. No, y así fue, drástico. “Si te vi no me acuerdo”, casi me lo dijo. Total, se casó. Como a los seis meses, por decir, se casó y se desafanó del barrio. Se fue, jamás la volví a ver, hasta que pasaron veinticinco años. Sí, como en el setenta y nueve. Un día estábamos en la Exposición Ganadera, actuando, estábamos ya cantando nosotros y llega una mujer muy hermosa, y se sienta así, cerca de nosotros, y empieza a verme. Y no me quitaba la vista y sonreía, y dije: “¡Chingada madre!” Yo volteaba: “¿A quién chingados? ¿Será conmigo? No

es posible". Fue en el *stand* de un restaurante que tenía *Beto El Cabezón*. En esa ocasión eran *Polo* y *Rocha* los que estaban acompañándonos, me acuerdo muy bien, porque *El Cabezón* dijo:

—Estos cabrones, *Polo* y *Rocha*, están muy feos, que se volteen para la pared para cantar. Así mejor, para allá, pero no para el público, que toquen volteados los güeyes, están muy feos.

Ella llegó ahí, se puso de pie y se salió del *stand* y me llama:

—Ven.

—¿A mí?

—Sí, tú, ven.

—(¡Ah, cabrón!), y qué, ¿qué pasó señora?

—¿Qué, será posible que no me conozcas?

—Pues no, discúlpame, algo hay familiar en tu rostro, pero no, no me acuerdo.

—Soy Yolanda, dijo, tu novia de la adolescencia.

Y yo —¡En la madre!—. Sí. Sí, sí era.

—Sí eres, le dije, nada más que te veo un poco más llenita; pero la imagen que tengo de ti es tan delgadita y muy joven, ahora estás un poco madura. Eres muy hermosa.

—Bueno, ya me voy.

—Yo tengo que verte.

—Después.

—Está bueno.

Yo dije: "Pues esta mujer me va a llamar, va a buscarme". No, no lo hizo, y yo ando con la pinche daga hasta el tronco: "Esta mujer, ¿por qué no me llama?" Transcurrió un año de que la había visto en la feria y yo como pendejo, buscándola: "¿Dónde estará y dónde vivirá?" Entonces mi compadre Rodas me dice:

—Oye, yo tengo amistad con una señora que dice que te conoce.

—¿Quién es, hombre?

—Es una señora muy guapa, muy bonita, se llama Yolanda Elizondo.

—¿Y dónde vive, dónde está?

—No, yo no te puedo dar su teléfono, nada.

—Bueno, dile a ella que si me puedes dar su teléfono.

—Mañana le digo.

Ya vino: "Sí, me autorizó que te diera su teléfono". Y que luego voy:

—¿Qué pasó m'hija, te invito a comer.

—Espérate, vas muy de prisa.

—Pues ni modo de decir que no nos conocemos, m'hija.

—Bueno, mañana te hablo.

Otro día me habló. "Sí, ven por mí". No me acuerdo si había ido a Venezuela. Allá estuvo todos esos años y regresó, divorciada. Estuve cinco años con ella hasta que se volvió a ir. Ya no la he visto.

Chambas

Mi padre nos pedía a Luis y a mí, cuando estábamos echándonos unas copas, que le cantáramos esa canción de *Albur de amor*. Era la única canción que cantábamos y que le gustaba a mi padre cuando se emborrachaba. Creo que no sabíamos en realidad cantar, pero con las guitarras ahí nos acompañábamos. No recuerdo si cantábamos otra, pero era la que nos insistía mi padre que cantáramos. Otras veces nos echábamos unas copas o cuando estaba entrado, cuando andaba de parranda, iba a la casa y si coincidíamos Luis y yo, agarrábamos la guitarra. Ya cuando le entrábamos al chupe y se ambientaba la seguíamos de pachanga otro rato. Una vez se enfermó mi padre. Bueno, no se enfermó, traía un crudón bruto, y me dijo: "Ve a conseguirme una cerveza, donde haya". Y agarré el carro. Me fui hasta Los Ramones. Tuve que ir, me lo pedía mi padre.

Ya cuando supuestamente sabíamos un poquito yo me acuerdo que mi madre, no se dónde, vio una guitarra doble y la compró y me la regaló. Esa guitarra me dolió mucho, porque un día íbamos a una fiesta en una *pick up*, cuando trabajaba yo en Gas Ideal, me fui hacia delante y me pegué en la cabina con todo y guitarra y la hice garras. No quedó buena para nada. Y me dolió mucho, pues

me la había dado mamá, y quería mucho la guitarra; pero fue después de haberla tenido mucho tiempo. Les compuse muchos corridos a mucha raza con melodías originales. Luis y yo nos acompañábamos. El trabajó primero en Gas Ideal. Posteriormente, ya mucho después, cuando yo estaba casado, trabajé muchos años en esa compañía, repartiendo gas butano.

Trabajé varios años en el gas, en una compañía, la toma Santa Corina, Villa de García, San Pedro Garza García, todos esos lugares eran la zona donde yo iba a repartir gas. Traía un ayudante, *Chabelo* Cruz, un tipo muy simpático, espero que no se haya muerto, tengo muchos años de no verlo. Me platicaba mucho de su tierra, originario de Mier y Noriega, del sur del estado de Nuevo León. Me platicaba *Chabelo* del estilo que tienen allá cuando hay una boda. Las gentes de allá de su tierra tienen la costumbre de que a los que se casan les traen un poeta rústico de ahí, de la región. Les hace versos, se los improvisa, más bien, a la hora del matrimonio; o sea, yo creo que después, me imagino que después, de que llega el civil, le piden a ese compositor que les haga una canción. Resulta que hubo una boda allí, y pues fueron a traer al poeta de allá de la sierra, un tipo muy ingenioso que tenía la habilidad de improvisar versos muy bonitos a los novios. Lo trajeron, nada más que se dio el caso que llegó muy temprano y la raza se lo llevó a la cantina y lo emborracharon. A la hora de la boda traen a aquel tipo, pero ya venía bien *mamao*. Y le dicen:

—Oye, los versos hombre, ¿ya los hiciste o qué?

—No, ni siquiera me han dicho cómo se llaman los novios.

—Bueno, pues el novio se apellida Barajas y la muchacha es Dolores, de aquí del Valle, de aquí de Mier y Noriega.

—Muy bien, bueno pues hay les va:

Entonces dice el tipo: “hay les va”, medio tambaleante de borracho el cabrón, y dijo:

Suenen cajas y tambores,
suenen tambores y cajas,
esta noche se hace rajas

el garrote de barajas
en el pinche de Dolores.

Pues para qué te cuento, que aquel hombre me dijo que le sobraron chingadazos al pelado. Pero la misma raza había tenido la culpa, porque lo pusieron bien *mamao* y así se lo llevaron hacia la fiesta, eso me platicaba *Chabelo* Cruz, mi amigo y compañero de trabajo. Siempre fue mi ayudante, muchas anécdotas de su vida allá en el campo cuando él era ranchero. Yo tengo la impresión de que *Chabelo* Cruz debía dos o tres cabezas; Monterrey le sirvió de lugar para esconderlo o algo así, tenía yo esa impresión. Sí, una vez oí a un amigo que lo saludó y le comentó algo y yo saqué, até cabos, y pensé que *Chabelo* Cruz andaba huyendo porque se había metido dos cabezas de allá, de abajo; no, no, creo que había matado dos o tres pelaos. Me comentaba *Chabelo* Cruz de esos momentos de pendejo que tiene uno a veces. Contó muchas historias, algunas a lo mejor no me acuerdo, pero decía:

—Ahí tienes Julián que yo iba a caballo para la milpa, y acababa de comprar una pistola, un revólver, y al paso del caballo sale una víbora de cascabel. Me bajo a matarla, dice, y como acababa de comprar el revólver yo no sabía para dónde giraba la mazorca, si al lado izquierdo o al lado derecho, entonces yo, para cerciorarme para dónde jalaba la mazorca la voltié con el cañón hacia mi cara y estuve a punto de apretarle para ver para dónde jalaba la mazorca, si para el lado izquierdo o al derecho. Son ratos de pendejos que hay que dominarlos, dice: “No, ahí dejé la víbora”, y me fui renegando contra mí mismo por aquella pendejez ¿verda?, estuve a punto de matarme y solo; ahí dejé a la víbora y me fui. Esa es la otra anécdota de *Chabelo*. Yo tenía algunos veintitrés años en esa época, yo creo que veinticuatro, *Chabelo* era un tipo de cuarenta y cinco años, cincuenta años, era mucho mayor que yo.

Pedro Infante tenía muchos amigos aquí, en Monterrey. Venía a pasarse, por decir, dos semanas descansando en esa quinta, Carmelísima. Nadie sabía que estaba ahí, él no quería que lo

molestaran. Había una casa en la quinta donde había guitarra, piano, y ahí se encerraba el tipo a descansar de tanto trabajo que tenía. Una vez que yo fui a dejarle los tanques de gas, *Lupita*, una de las muchachas me dijo:

—Ahí está Pedro Infante, pero no te arrimes porque luego te ve.

—Pero, ¿cómo qué no me arrime?

—Sí, no te van a dejar.

Y no, no me dejaron.

Un detalle muy chispa sucedió en Gas Ideal, un lunes por la mañana, que nos presentamos todos a trabajar a la planta. Resulta que dos compañeros de nosotros amanecieron en el bote: Juan Morales y *Lupito*. *Lupito* (parece que Reyes) era el mozo de la planta. Juan Morales era repartidor de gas, como yo. Nos dimos cuenta que estos muchachos amanecieron en la cárcel y nos juntamos varios de los compañeros y fuimos con don Pedro Fuentes, el gerente general de la compañía, a exponerle el caso, a ver qué podía hacer por aquellos compañeros que estaban en la cárcel. Don Pedro nos preguntó:

—Bueno, y ¿cómo estuvo el asunto, qué hicieron estos muchachos?

—Fíjese don Pedro, que *Lupito* está en la cárcel porque se acostó con una muchacha y no se quiere casar.

—¿Y Juan Morales?

—Juan Morales andaba en la zona roja de Cadereyta, y se vino bien *mamao*. Ya pedo, y en su carrito, tumbó un poste de luz eléctrica.

—Pues hombre, qué caray, pues *Lupito* está fácil, nada más que diga que se casa con la muchacha y sale; pero Juan Morales ni modo que se case con el poste.

Nos reímos mucho de ese detalle, de la ocurrencia.

Me tocó otro detalle, nada más que me asusté mucho. Me encontré a un compadre mío, un lunes, con una gonorrea de garrotillo, así, abierto de las patas.

—¿Qué, compadre?

—No, me pegó una pinche purgación *La Loba*.

—¿Cuándo?

—El sábado.

—¡En la madre! el sábado yo también me acosté con ella.

—¿Cómo es posible?, tú también te...

—Sí.

—Pos no tardas en resultar igual que yo.

No, yo ni madre, no. Ninguna enfermedad. Yo creo que no se me pegan a mí las enfermedades pinches. Era que a mí también me hubiera infectado; a la chingada.

Algo que dice mucho de mi forma de ser muy particular: Le temo a la muerte como todos, seguramente, le tememos a la muerte, pero es tanto este temor que yo en los velorios me salgo. Me escabullo, me escapo para no asistir. Algunas veces no lo puedo hacer, tengo que asistir por fuerza; pero la mayor parte de los casos pongo algún argumento, como que estoy ausente, para no asistir. Entre ellos el de una tía mía muy querida, que murió no hace mucho. Mi tía Dorotea Cano, esposa de mi tío Tomás Arredondo. No tuve el valor suficiente para asistir a sus funerales.

Una ocasión me encontraba en mi casa, estaba un poco entrado en copas, y llega un vendedor de lotes de algún cementerio. Yo sé que se acostumbra mucho, hay gente que en vida compra sus lotes para que al tiempo de morir vayan y los sepulten en ese lote que compraron. Este tipo llega y me ofrece un lote, y le digo yo: "Amigo, no sea necio, yo no he podido comprar un terreno para vivir ¡y usted me está vendiendo uno para morirme! Haga el favor de retirarse". En esa casa donde yo vivía estaba pagando renta.

Tengo muy presente un corrido que le compuse a *Cuco el gordo*, mi jefe de las máquinas de perforación. Le compuse el corrido en broma, es ficticio, no era nada de real, todo era exagerado, y luego se lo cantábamos en las pachangas; creo que me puedo acordar de todo el corrido:

Cuco Aguirre

Cuco Aguirre se llamaba:
hombre de mucho valor;
hasta la tierra temblaba
andando de mal humor,
pues donde quiera que andaba
causaba miedo, terror.

Y se pescó la guitarra;
y amarró el caballo atrás,
se dirigió a Timoteo,
el hijo de don Tomás,
—Vas a morirte por feo.
y le dio un tiro nomás.

—Quítenme de aquí este hombre,
ya no pertenece al mundo;
siempre andaba muerto de hambre,
era un tipo moribundo,
Y si quieren ver más sangre,
¿quién quiere ser el segundo?

—¿Alguien qué me haga segunda?
Una vez llegó al rodeo,
Les cantó *La vagabunda*
tomándose una chaparra,
Puso su cuete en la funda.

En el cerro, si hay caminos,
los hizo Cuco *El Panzón*.
Diez mil pesos los vecinos
daban por su corazón.

No me acuerdo, creo que es ya casi todo, claro que con música. Sí, no me acuerdo, creo que fue de los primeros, pero ya hace muchos años de eso. Me acuerdo que una vez, improvisando, pero ya fue mucho después, parodiando a *Gabino Barrera*, empecé a cantar.

Gabino Barretas

Gabino Barretas no tendría rastrojo
andando en la nopalera.
Cargaba cuchillo con dos tenedores,
pa' la botana era fiera.

Recuerdo la noche que lo tanatearon,
venía de ver a Librada.
tres garrotazos de línea le dieron
y dos voladas de barda...

Por ahí va, por ahí va, y detalles de éstos, que nos reíamos ¿no? Si me proponía a hacer algo lo hacía pronto, rápido, tenía facilidad para trabar los versos y la melodía, pues con la guitarrita se los buscaba. Siempre busqué hacer melodías originales, les gustaban y me pedían más. Tengo un compadre que se llama Homero González, que tiene una memoria de elefante; cuando yo trabajaba en Gas Ideal compuse algunas calaveras. Hace poco mi compadre Homero me empezó a declamar unas que compuse cuando trabajaba repartiendo gas butano.

—¿Cómo es posible que te acuerdes compadre?

—Las tengo grabadas en cinta.

—Pues ya ni me acordaba.

Entonces me hizo recordar una de la que nos reíamos mucho, de uno de los compañeros que era muy pedo, se llamaba Juan Vázquez, o se llama, no creo que se haya muerto. Esa calavera decía:

Te fuiste de nosotros, Juan:
para los tanques eras fiera;
lo que tenías de chaparro
lo tenías de vinatero,
y amanecías en *El Pozo*
bailando polka y bolero.

Aquí *El Pozo* era la zona de tolerancia, los tanques eran los tanques de gas butano, y era Juan chaparrito, chiquitito. Nunca tuve la precaución de guardar esas cosas. He grabado cincuenta *elepés* y no tengo ni uno.

Estaba Luis trabajando en la planta, debe haber tenido unos diecisiete años, y yo ya mayor, cerca de los veinte. Luis estaba trabajando en la planta y llegó un norteamericano; más bien era mexicano, pero nacido allá. Había ido a la Segunda Guerra Mundial el tipo, después él me lo contó todo; le dice a Luis:

—Oye, me voy a dormir aquí en la planta, hombre, en mi carro, ¿a qué hora sales tú?

—Pues a las once de la noche.

—Bueno a las once de la noche me hablas, por favor,

—Sí, cómo no.

A las once salió Luis y le habló al tipo.

—Y bueno, pues yo te quiero corresponder el favor que me hiciste de despertarme; ¿dónde vives?, yo te llevo.

—No pues allá en la colonia Guerra.

—Nomás me dices por dónde.

Llevó a Luis, llegaron a la colonia Guerra, y dijo:

—¿Y la cantina, aquí, en el barrio?

—No, pos el Rodeo's Bar.

—Te invito una copa, una cerveza.

Treviño se apellidaba, pero no me acuerdo de su nombre. Era de San Antonio, nacido allá. Entonces, este tipo llegó a la cantina y pidió cervezas, creo que les invitó copas a los parroquianos y luego vio un cuadro que yo había dibujado a crayón. Estaba ahí, lo

tenían en la cantina, era un cuadro medio erótico de una mujer desnuda. Y dijo:

—Oye, ¿quién hizo eso?

—Mi hermano.

—Que raro, y ¿'on 'tá tu hermano?

—Pues ha de estar acostado en la casa.

—No, 'orita venimos, vamos a ver a tu hermano, 'orita venimos, orita tomamos. Ya fueron, y Luis me dijo:

—Oye, ahí está un viejo que quiere hablar contigo, es medio gringo el viejo chingao.

—¿Y qué quiere?

—Pues quiere verte...

Y me dice así en rompe y rasgue: “N'hombre, usted no debe estar aquí, hombre, debe estar allá con nosotros. Yo voy para Acapulco, de regreso voy a llegar por usted, prepare todas sus garras y todo lo que quiera llevarse para allá. Tal día vengo. Todo lo que necesite; usted no va a tener ningún problema. Y el día que quiera yo lo traigo, tengo avión propio, yo lo traigo aquí a que visite a su familia, tal día regreso por usted”. Yo dije: “Está bien”.

Se fue el tipo ése, después que llegó y me hizo todas esas promesas de llevarme a los Estados Unidos. Y tal día regresó, pero yo no estaba, yo no quise estar. Tuve miedo de irme. Era una buena persona, lo que pasa que el tipo ése no sé que vio en mí, pues dijo: “A lo mejor es un talento el muchacho yo lo puedo desarrollar, que estudie allá”. Como al año volvió y me trajo un equipo de pinturas, una caja grande llena de toda clase de pinturas: pinceles, de todo. Debo haber tenido unos dieciocho o diecinueve años, no me acuerdo. Me lo dejó y no lo vi tampoco, no estaba yo cuando él vino ni cuando regresó del viaje a Acapulco. Me dejó dirección, teléfono. Me lo dejó ahí, con mi madre. El me dijo: “Soy pensionado de la Segunda Guerra Mundial y tengo mucho dinero, y no tengo en qué gastarlo; lo puedo invertir en usted, en un taller, o ponerlo a estudiar, todo lo que usted quiera.”

Más o menos, creo, trabajé unos cuatro años en el gas, y el motivo por el cual me retiré de la compañía es que quise

superarme, quise vivir profesionalmente de la pintura. Me puse a pintar cuadros de esos comerciales, de toreros. Conocí unos amigos que son talabarteros, fabrican cintos, y también tenían gente que les pintaba paisajes de toreros. Me hice amigo de esos tipos por medio del beisbol, ellos también eran aficionados. Entonces me enteré y me encantó la idea de pintar. Fui al taller de ellos y vi a los pintorcillos que tenían allí; no eran buenos, y le dije a Lino:

—Oye, yo puedo hacer esa chamba.

—Pues órale, te doy chamba, te doy trabajo si te crees capaz.

—No, creo que sí la hago.

—Pues órale.

Me la pasaba pintando. Les encantó. Esa fue otra época de mi vida, como tres años, hasta que me aburrí de pintar; ya era una locura. La rutina de estar encerrado todo el día, y pues yo soy águila de la montaña, me gusta estar libre, la rutina no la aguanto mucho. En Gas Ideal era muy diferente, porque andaba manejando mi camión y era otro tipo de trabajo. Ya tengo mucho de no dibujar; pero esa ocasión estuve como tres años pintando óleos, pintura comercial, en lienzos de pana negra, paisajes. Lo que se vendía mucho en ese tiempo eran los toreros, para los turistas norteamericanos. Llevaban esos cuadros a la frontera y los vendían como pan caliente. Había de varios tamaños. Me acuerdo que había unos como de doce pulgadas por ocho, que eran muy comercialitos. Había semanas que yo hacía trescientos toreros, todos a mano. Y no, qué los voy a conservar. Primero los trazaba, había veces que los pintaba hasta en serie. Había diez lienzos y los trazaba todos con el crayón, gris blanco, como eran en pana negra y luego les pintaba el pelo, luego las medias y luego las caras. Una sola figura para no batallar. Eso ya fue de grande, ya estaba casado, tenía unos veintitrés años.

En Apodaca, la maestra Eva Garza se dio cuenta, no sé por qué medio, que yo tenía cierta habilidad para pintar; debe haber sido como en el setenta, por ahí fue, antes de que empezara a cantar. Se dio cuenta y me llama. Yo era el presidente de la Sociedad de

Padres de Familia de esa escuela. Entonces, a raíz de eso, la maestra me dice:

—Yo sé que usted pinta, y tengo deseos que me dibujen un mural histórico ahí.

—Sí, cómo no.

Creo que lo conservan todavía, y creo que cada vez que pintan la escuela lo entresacan, pues no es un mural muy grande, tampoco es como un cuadro. Creo que tengo una foto a color de ese mural.

¿En todo el mundo?

Duré ocho años trabajando en Electroodos, y me despidieron. Ahí tenía un jefe que se llamaba, o se llama, Salvador Valdez. Entonces a mi jefe deciden moverlo del puesto y en su lugar ponen a un tipo apellidado Fuentes. Una vez que fui a México me lo encontré en el aeropuerto y me hice pendejo para no verlo. Pero él me conoció: “¿No te acuerdas de mí?” Le iba a decir: “pues no quiero ni acordarme, pero aquí estás”. El tipo entró muy necio. Nosotros teníamos una rutina a toda madre, pues nos hallábamos muy bien con Salvador Valdez. Le producíamos, le trabajábamos perfectamente bien. No teníamos nada contra él. Era un buen jefe, que hacía por nosotros. Claro, más por la compañía, pero nos defendía a nosotros.

Entonces, cambian repentinamente de jefe, viene este cabrón apellidado Fuentes y quiere imponer ahí unas cláusulas que a mí no me gustaron, dijo:

—Los montacarguistas van a usar una tarjeta en su bolsa para que en esa tarjeta los supervisores de cada departamento, que vayan a dar servicio, anoten a la hora que llegan.

—(Ah cabrón, ¿pues qué?) Pues nunca la hemos necesitado señor, y no hay queja, creo yo.

—No, no, pero yo he notado que hay veces que llegan al departamento que van a dar servicio como media hora después.

—No señor, ya hubiera habido quejas de parte de los jefes de los departamentos donde vamos a dar servicio.

—Pues no, va a traer tarjeta.

—Yo no. Nomás los pinches aboneros traen tarjeta. Yo no, no la acepto. Y dos o tres compañeros míos:

—Nosotros estamos contigo, qué chingados vamos a traer tarjeta en la bolsa para que me la cheque allá el supervisor, y luego a la hora que me vengo también andarlo buscando al güey. A lo mejor ni lo hallo.

—Pues sí, son detalles de este cabrón, pero pues yo no.

—Yo tampoco.

Como tres cabrones se hicieron a mi lado, y no agarramos las tarjetas, pero a los dos tres días los que me habían apoyado las empezaron a agarrar y me dejaron solo. Y dije: “Chinguen su madre, yo no la agarro, y no la agarro y no la agarro”. Entonces, este güey de Fuentes me empezó a agarrar cierto rencor. Un día estaba yo en mi departamento, dando servicio; había momentos que podías estar diez, quince minutos, esperando que te llamaran para entrar con el montacargas a sacar la carga. Y en esos momentos yo acostumbraba leer. Era prohibidísimo leer, estabas trabajando. Entre las piernas ponía mi libro. Estaba leyendo, violando el reglamento; pero pues no había pedo ¿verdad? Nunca había habido. En una parpadeada que doy, así para un lado, veo que Fuentes me está viendo como a cincuenta metros. Me está viendo y me reporta al Departamento de Personal con el licenciado Madero. Dice Madero:

—Pues sí, aquí el señor Fuentes dice que estabas dormido.

—Pues miente el señor Fuentes, si no me duermo ni en el turno de noche. ¿Cuándo me han reportado dormido? Soy el más malo del mundo para dormir. Yo puedo estar tres noches sin dormir ni un pinche instante, y te estoy parado.

—Entonces, ¿estabas dormido?

—No estaba dormido, señor.

Tampoco le podía decir que estaba leyendo ¿verdad?, ahí estaba el pedo. Hasta que me hicieron reventar y le dije:

—Mire señor, no estaba dormido, estaba leyendo, que es muy diferente. Por eso usted me vio tan tranquilo, tan serio, porque estaba leyendo. Dormido, ¡qué chingados me voy a dormir, hombre!

Y ahí me empezó a echar cagada el bato. Entonces salgo del Departamento de Personal, y éste me dijo algo así:

—Te crees muy chingón.

—No, no me creo, soy cabrón, nomás que tú me quieres chingar, yo me estoy defendiendo güey.

Y ahí empezó el pedo. Otro día entro y agarro mi montacargas y empiezo a trabajar a diez kilómetros por hora. “¡Chingue toda su madre el mundo!, a diez kilómetros por hora, a vuelta de rueda, amachado. “Se van a chingar”, el reglamento decía que no podíamos correr a más de diez kilómetros por hora. Y me dice Fuentes:

—Oye: ¿pues qué pasó? Se están quejando de que no das cumplimiento.

—Ando a diez por hora, ando jalando, no estoy parado.

Ando a vuelta de rueda. Entonces el jefe del departamento donde estoy dando servicio pone el grito en el cielo. “Pues ¿qué pasa?” Se me viene todo el mundo encima, y yo a vuelta de rueda. A ningún cabrón le hago caso. Para medio día todo mundo estaba viéndome y haciendo comentarios, todos mis compañeros, todos. ¿Cómo era posible que yo...?

—Pues sí, ando bien, ando jalando.

—Por eso, pero andas muy despacio.

—¿Y qué?, en el contrato dice que los montacargas no deben andar a más de diez kilómetros por hora, y ando a diez kilómetros por hora, más o menos. No estoy parado. Si estuviera parado, tienen razón; pero ando jalando, no me he parado ni un segundo.

No, pues, tanto hasta reventarlos. Me corrieron y mandaron otra vez al Departamento de Personal con el licenciado Madero.

—Sabes qué, Julián: ya no hay chamba.

—¿En todo el mundo?

—No, aquí en la fábrica.

—¡Ah!, no hay pedo, ¿dónde le firmo? Nada mas páguenme para irme.

—No, pues es que no te vamos a dar nada.

—¿No?, pues está bueno, entonces está el sindicato.

Pues me envían a Conciliación y Arbitraje a exponer el caso. Allá me dijeron: “Tienen que liquidarlo, sus derechos, todo”. Mientras tanto me ayudó mucho una situación que se acababa de implantar en el sindicato: que todo aquel compañero que tuviera algún conflicto, mientras angas o mangas, el sindicato le iba a dar su sueldo mientras ganaba algún pleito con la compañía. Entonces, se atravieza Semana Santa y mi pedo se alarga. Pero, pues a mí qué, a mí me estaban dando mi sueldo. Es más, rebajas de ninguna especie. Ganaba más lana afuera de la fábrica que jalando. Mi salario íntegro me lo daba el sindicato, y se alargó como un mes. Allá, en la cita de Conciliación y Arbitraje, fue Fernando Ramos que es muy amigo mío, y siempre lo fue el güey, nomás que él era de la compañía y yo obrero. Y me dijo:

—¿Sabes qué? Se están pidiendo catorce mil pesos, pero la compañía nomás da ocho.

—No, a mí me dan los catorce mil o la chamba.

—La chamba ni la sueñes.

—Pues entonces dame los catorce mil o le seguimos, no hay pedo, al fin que a mí me están pagando. Estoy ganando más, como si estuviera jalando, échale chingazos.

—Esto puede durar hasta diez años.

—Me vale madre, el sindicato me está pagando la lana, ¿no?

Hasta que se rindieron. Me dieron los catorce mil pesos, que en ese tiempo era lana. Y así fue como terminó eso.

Camiones de volteo

Después que me corrieron de Electrodo seguí trabajando en un camión de volteo. Entonces, le digo a mi compadre Homero:

—Oye, yo quiero agarrar un camión grande, para andar en la carretera.

—Pues vete con el ingeniero Plaza, tiene trabajo en Veracruz: camiones de volteo, tortons; salen precisamente mañana cuatro choferes para allá, si quieres allá hay camiones.

Nos fuimos de aquel lado de Alvarado, Veracruz; pueblitos que se llaman Lerdo y Cabada. Son dos pueblitos vecinos, y las carreteras estaban hechas garras por los camiones de caña, de los ingenios. Ahí están los ingenios más grandes de la República. Era lo que íbamos a hacer nosotros, a reparar las carreteras, y como los camiones torton cargan mucho material, avanzábamos mucho. Total, estuve muchos meses allá, me la pasé feliz, trabajé duro, hasta que se acabó el trabajo. Cada chofer vivía en su camión, ahí dormías. Algunas veces nos echábamos nuestras cervezas.

Ahí donde estábamos, me acuerdo que una ocasión los chavos de ahí dijeron: “Si quieren ir a la laguna a bañarse...”. Nos vamos todos los camioneros a bañarnos, a pie, por entre la pura selva, a buscar esa laguna; una laguna que nos platicaban que era muy hermosa. Normalmente nos bañábamos en el río. Pasaba cerquita un río de aguas cristalinas, hermosísimo; pero ese día el atractivo era la laguna, y nos fuimos. Andábamos bañándonos a toda madre, cuando llegó un tipo, y dice:

—Oye, ¿no han salido los cocodrilos?

—¿Cuáles cocodrilos?

—Pues aquí hay cocodrilos.

—No la chingues, ¿cómo? Pues estos pinches güercos cabrones no nos dijeron.

—Ellos no les tienen miedo, pero hay chingos.

Nos salimos todos, asustadísimos. Estuvimos de aquel lado de Alvarado, mucho más allá del puerto de Veracruz, cerca del mar. Era toda la costa, me acuerdo que ahí vi mexicanos de cien por ciento sangre africana. Es gente que no se ha logrado mezclar, permanecen todavía como africanos, pero es gente de Veracruz, mulatos. Son negros casi limpios, permanecen todavía, los ves y dices: “¡Ah cabrón!, son de la época de los esclavos y la fregada”. Yo había visto negros norteamericanos, pero negros de aquí, mexicanos, pues no, no los había visto. Me imagino que con el

tiempo se van a ir mezclando más y más hasta que desaparezcan. Entre esa gente había una mujer muy hermosa, negra, que me agradaba; me caía a toda madre, es más, ella me lavaba la ropa, y era joven, me caía muy bien la muchacha, pero yo tenía miedo.

Era una aldeíta donde estábamos trabajando. Se veía, según mi conocimiento, que era gente que no mezcla. Entonces yo tenía miedo, porque se decía que estaba cabrón. El taller mecánico de la compañía estaba bajo un mango frondoso, un mango milenario. Y en el mango había tres cruces que, precisamente esos días que estábamos, cumplieron un año de que habían matado a machetazos a tres cabrones. En esos días los cañeros veracruzanos, sin previa señal, se te atravesaban. Yo nada más llegué a Veracruz, a ese lugar, me dijeron: "No te acerques a los cañeros, porque te matan. Se te paran arriba, sin previo aviso, ni señal ni nada. De repente voltean a la izquierda, a la derecha, sin señal ni nada, les vale madre, ten cuidado."

Andábamos jalando entre ellos, viaje y viaje, trayendo grava para la carretera. En una ocasión iba un camión cargadísimo, y esa parte era cuetarribita; el camión era de otro estado, iba creo que para Yucatán. Se le atraviesa un cañero y al camionero se le hizo fácil rayarle la madre con las cornetas, con el claxon, y el cañero, como iba vacío, dio la vuelta, vino, alcanzó al camión y se le emparejó y le metió la cuarenta y cinco de cabina a cabina, lo mató.

Otra vez, a uno de mis compañeros que se llamaba Antonio Pérez le sucedió lo siguiente: En las redilas de madera de su camión estaba una navaja grande clavada, bien metida en la madera. Yo la vi en el camión del *Tony* y batallé para sacarla, le dije:

—Antonio, dejaste la navaja.

—No, no es mía.

—¿Pues de quién es?

—No sé de quién es esta navaja.

Entonces empecé a atar cabos y le dije:

—Oye, ¿andas mal con alguna chamaca en el pueblo?

—Ando volando muy bajo.

—Pues ten cuidado, güey, en el último viaje que echaste te lanzaron esta navaja cabrón, y te la metieron a la altura de tu cabeza, nada más que la velocidad del camión te salvó.

Había una muchacha hermosísima en el pueblo, en Cabada, y todos los pinches camioneros andaban derrapando por ella; ¡pero hermosa!, atendía un estanquillo de bebidas, de refrescos, y un día llegué con ella. Fue ya para venimos, faltaba poco para terminar el trabajo. Empecé a platicar con ella, y dice:

—Oiga, ¿por qué todos los de Monterrey hablan con la voz muy grave, muy gruesa?

—No sé m'hija, yo no me he fijado en eso.

—Pues fijese, obsérvelos, usted tiene la voz grave, y todos, todos ustedes, tienen la voz muy grave, gruesa.

—No sé por qué haces esa observación, donde quiera hay gente que habla grave o aguda.

—No, no, pero los de Monterrey más.

Empecé a platicar con ella y le dije:

—Ya nos vamos a ir, el día que me vaya voy a pasar por ti, para que te vayas conmigo.

—Sí me voy.

—Bueno, ponte lista, te vas a ir conmigo.

Pero lo hice en broma, era una broma que le estaba diciendo. Jamás podía hacer una cosa así, ya estaba casado. Resulta que alguno de mis compañeros, ya la víspera de venimos, va y me dice:

—Oye, la muchacha dijo que está lista, que mañana pases por ella.

—Pero, ¿cómo hombre?

—Sí, tiene maletas y todo listo, nomás que no le va a avisar a su mamá ni a nadie.

—¡Putá madre!

Entonces, el día que nos venimos le saqué la vuelta, no pasé por ahí y me vine. Nos venimos Matías Pérez y yo, veníamos de compañeros. Llegamos a Veracruz, al puerto. No me acuerdo por

qué permanecemos dos días en Veracruz, creo que iban a reparar su camión, o lo iba a pintar. En el puerto nos quedamos en un hotel y luego nos salimos a pachanguear; nos fuimos a un lugarcito de Veracruz que se llama Mandinga, donde hay música y bebida, es una alegría tremenda ahí. Una chulada de lugar. Me acuerdo que nos encontramos una amiga, y a la hora de venimos a acostar la amiga se acostó con él. Yo, ni madre.

Otro día reanudamos la marcha, rumbo a Monterrey, cada quien con su camión vacío. El venía adelante y yo atrás; nos agarró una tormenta, y mi camión era el más viejo de todos. Funcionaba mal el limpiabrisa, venía batallando con el agua. A aquél lo perdí de vista, se me fue muy adelante. Yo me pasé de la desviación hasta que noté que era muy lejos, seguí derecho, rumbo a México, y debía de haber un lugar donde debía de haber volteado a la derecha, buscando la costa, rumbo a Tampico, rumbo a Poza Rica. Pues me pasé como cien kilómetros, fui a preguntar en casa de la chingada:

—N'hombre hermano, la desviación la dejaste en ca' la chingada.

—Sí, pues es que la tormenta no me dejó ver la desviación.

—No, no, regrésate, vas muy mal.

Entonces me regresé, ya jamás volví a ver a Matías, se vino adelante, no me esperó. Yo vine a agarrar la desviación y mi camión empezó a fallar, para acabarla de chingar. Nada más salí de un pueblito que se llama Palma Sola, había una curva muy peligrosa y ahí arriba se quedó el pinche camión, ya no jaló. ¡En la madre!, arriba de la carretera, y en curva, y no había dónde orillararlo porque era pura cuneta alta. No había forma de salirte ni nada. Entonces yo dejo las luces prendidas y me vengo a pie al pueblo. Llego y me meto al restaurante y busco:

—Oye hermano, ayúdame, se me quedó el camión tirado en la curva, a la salida del pueblo, ¡Ayúdame alguien a quitarlo de ahí porque va a haber un accidente! Va a venir un pinche autobús y va a haber un desmadre.

Los veracruzanos son muy apáticos para eso de dar tirones: “No, espérate a que se acabe el futbol”. Estaban viendo el futbol, ahí en el restaurante. “¡Hijo de la chingada!”, dije, “¿cómo es posible?” Ahí estoy rogándoles:

—Yo les pago hombre, cóbrenme.

—No, no, no, ni madre, deja que se acabe el futbol.

Pues tuve que esperar hasta que se acabara el futbol. Afortunadamente no hubo pedo en el camión. Ya para cuando llegamos la luz estaba muerta. A un cabrón le dije:

—Mira, empújame, nada más a salirme del asfalto, porque voy a causar una pinche catástrofe aquí.

—Ahí te voy a empujar

—Echale la luz larga para ver a dónde veo un pinche camino, para salirme a la chingada.

La tormenta estaba en chinga todavía. Después de que me empujó como unos dos kilómetros, por decir, vi una salida, ahí me clavé y el tipo se fue. Cerré los vidrios y me hice loco ahí, dizque a dormir, todo empapado. Amanece y me quedo asustado, pues la defensa del tumbaburras del camión estaba pegada como a tres pulgadas del jacal de un indio. Ya mero me metía al jacal del indio cabrón. Pues ya ahí dejo el camión como quiera, y me voy al pueblo, amaneciendo. Me acuerdo que ese día tuve una impresión. Yo nunca había visto el mar tranquilo, así que parecía una laguna el chingado mar, era una cosa tan hermosa verlo así con las aguas tranquilas, calma chicha que le dicen los marineros. Entonces, ahí voy contemplando el paisaje del mar, rumbo a Palma Sola, y llego al primer taller y digo:

—Oye hermano, ayúdame, estoy tirado allá a unos dos tres kilómetros del pueblo.

—No, trae el camión aquí.

—No, pues si no jala.

—Pues yo te lo arreglo aquí, allá no voy.

—En la madre; bueno.

Me voy al otro taller, uno que estaba enfrente, y me dice lo mismo el pinche tipo:

—No, nosotros no salimos de los talleres.

—Te voy a pagar, hombre, cóbrame.

—No, tráilo aquí.

—Pues es el pedo, que no jala, ¿no te digo que no jala, hombre? La batería está muerta.

Entonces llega un tipo en un trailer, se para y me oye que estoy rogando. El tipo del trailer era paisano de acá, de Monterrey, y le dice al mecánico:

—Oye ¿por qué chingados no vas?, te va a pagar.

—No, no hermano, yo no salgo de aquí.

—No, no, no, ni madre, 'ora, tráite la herramienta.

—¡Andale! y súbanse al trailer, yo los llevo.

Y nos trajo el tipo, lo medio arregló, lo prendió, le dimos carga a la batería. Le pago, lo llevo a Palma Sola, lo dejo en el taller. Iba llegando cuando otra vez se chinga el camión. Yo para la mecánica siempre he sido un chingado burro, no entiendo de eso. Se da el caso que muchas veces se me descompone mi *pick up* y ahí la dejo, ¡chingue a su madre! A ver quién va por ella. Yo no tengo eso de que le levanto el cofre. Yo dije: “Esta pinche mugre ya no jaló, se chingó otra vez”. Me puse a pedir *raid* y nomás veía placas de Veracruz, es malo hablar pero, era la pura neta, muy poco te auxilian ¿ves? Pero me acuerdo que venía uno con placas del estado de Hidalgo, un camión, se paró, y le dije: “Oye, hermano, llévame por ahí delante, sé que en San Sebastián, ya para llegar a Tampico, está una partida de camiones, compañeros míos, ahí está un campo”.

Dijo:

—Pero yo voy hasta Poza Rica, mano.

—No le hace, pues ahí a ver cómo le hago para seguir adelante.

Total, así me vine de *raid* hasta que llegué a Dos Ríos, el Nautla y Tecolutla, que se pasaban por pangas, por *ferri* que le dicen. Ahí me encontré en uno de esos dos ríos, me encontré muchos camiones haciendo cola, esperando turno para subir al chalán, o a la panga, y yo voy camión por camión. Hasta que encontré uno con placas de Nuevo León y le digo al chavo:

—Oye, ¿qué pasó hermano?, estoy tirado alla atrás, hombre, y voy para San Sebastián.

—Súbete, yo te llevo.

—Bueno, vámonos.

—¿Ya comiste?

—No, no he comido, pero no creas que por falta de lana, lana traigo, lo que pasa es que ando nervioso por esta situación chingada que me pasó.

Nada más pasamos el chalán, y se paró en un restaurante. Fernando Garza se llamaba el tipo, espero que todavía viva, muy buen bato, me invitó la comida. Le dije: “No, no, no, yo la pago, te agradezco que me traigas, yo invito todas las comidas, hasta que lleguemos”. Ya llegamos en la madrugada a Sebastián, me llevó hasta el campo donde estaban todos los camiones, en otra partida del mismo ingeniero. Llego con Margarito, lo desperté y le digo cómo se llamaba el pinche pueblito donde me había quedado. Al otro día me levanté y me llevé al mecánico a arreglarlo. Me dijo Margarito:

—Matías pasó aquí, pero ya ha de estar en Monterrey.

—¡Chingado, yo venía batallando con mi camión y aquél no me esperó! Bueno, pues ya me voy.

—No, te vas a quedar aquí.

Hablé con el ingeniero: “Yo te necesito aquí, mañana nos vamos a Valles, allá vamos a hacer una chamba”. Otro día le picamos para San Luis Potosí, éramos cuatro o cinco camioneros, y ahí vamos. Llegamos; por angas o mangas la chamba no se hizo, y para atrás otra vez. Se deshizo el trabajo. Nada más echamos la vuelta de *oquis*, y de regreso yo traía el camión más amolado de todos. Me vine adelante, agarré ventaja. En un momento dado voy a sobrepasar y desisto de sobrepasar, piso el freno y no frena la garra, pero vacío es muy fácil parar un camión y lo paré. No hay problema, nada más lo dejé de acelerar se fue parando, fui metiendo las velocidades hasta que lo paré. Entonces me bajo, me quedé sin frenos. Luego que veo, se salieron las llantas cuatas del eje loco, con todo y masa, me dejó el puro eje pelón y no sentí.

Fue lo peor, no me di cuenta dónde se salieron. Pues a esperar; ya llegó Margarito y se me pone al pedo:

—¿Cómo no te diste cuenta?

—No me di cuenta hermano. Si he venido cargado pues el camión se ladea y me doy cuenta, pero vengo vacío, es el eje loco y al salirse la masa con todo y rueda reventó la manguera de los frenos.

Me dijo: “No, así para qué chingados te quiero aquí, vete para Monterrey”. Ya así como estaba, nada más levantamos el eje y con la misma caja de volteo aprisionamos, le amarramos con cadenas y bajé la caja y ya quedó el eje más o menos. Me vine hasta Monterrey y ahí terminó esa aventura; y entregué la chamba.

Ocasionalmente, entre el grupo de camioneros había alguien que cantaba y tocaba guitarra. Todos los camioneros éramos de acá del norte, me acuerdo que una noche estábamos platicando y llegamos a una conclusión, decíamos que ya no hay quién le tenga miedo a la cárcel. Que cualquiera mata a otro nomás de barbas, por la misma situación que estábamos viendo ahí de esa gente muy violenta. Nomás por quitame esas pajas chingadas te pueden matar. Así quedó, nos acostamos y en la mañana, nada más me levanté, se me vino a la cabeza que mi compadre Federico Elizondo estaba muerto. Digo yo, hay cierta telepatía, existe porque existe. Y en el primer viaje que pasé por el pueblo llegué y levanté carta de mi señora y lo primero que me decía mi madre era que habían matado a Mario Elizondo, hermano de Federico. Entonces digo que hay algo de mensajero, no era mi compadre Federico el que estaba muerto, era un hermano de él, lo habían matado a balazos.

Me quedé muy impresionado por esas tierras, que son mucho muy diferentes a las de nosotros. Veracruz, tan hermoso, que llueve una hora por decir, se limpia el cielo, queda totalmente despejado. Y en menos de dos horas se vuelve a venir otro pelotón de agua y así está todos los días, una chulada de agua, chingao. Una vez ya mero me mataba. Cargábamos alrededor de dieciocho o veinte toneladas de material arriba de la sierra. Bajábamos la

cuesta para llegar a lo parejo, para venir a vaciar la carga donde iba el corte del vaciado del material. Me quedé sin frenos ya casi para terminar de bajar la cuesta; si me quedo sin frenos arriba, me mato.

Ibamos ahí a unos puestecitos donde vendían cerveza, a veces había sinfonolas donde oíamos la música. En persona nada más esa ocasión que fuimos a Mandinga. Ahí sí hay grupos de los que quieras; pero allá donde estábamos, pues no. Me acuerdo que nos pasamos un día muy agradable de parranda, ahí, con la música. Me gusta mucho una canción que es de la huasteca. Es la que siempre le pido a esas gentes, se llama *Las tres huastecas*: “Para hablar de la huasteca hay que haber nacido allá.” No me acuerdo que hallan improvisado versos, eso lo vine a conocer después, al estar tocando en la huasteca veracruzana y la huasteca hidalguense. Esa región tiene un mismo tipo de música: el son, esa música es calientita ¿no? Es como de huapanguitos, algo así, muy bonita.

Seguí manejando camiones, otro tipo de camiones de carga, con otra compañía. Me fui con un hombre que se llama Rogelio Guzmán, parece que ahora vive en Houston. Ahora que soy cantante, no hace mucho me lo encontré en un salón de baile de Houston, y fui a saludarle. “¿Cómo está don Rogelio?, y él me saludó muy atento, pero no me reconoció. Y como estaba entre amigos no le quise recordar que yo era aquél que había sido su chofer. Después trabajé con Rogelio otro tiempo, me acuerdo que me dio un camión International modelo cincuenta y siete, muy bonito el camión. Los viajes eran Monterrey-Tampico casi todos, era muy raro que nos saliéramos de esa ruta. Llevábamos cemento y traíamos semilla de algodón. En Tampico llegábamos a un lugar cerca del puerto, ahí nos parábamos todos a esperar carga. Una vez cargué un rodillo que llevé de Tampico a los Altos Hornos de Monclova. Esa ocasión que estuve ahí empiezan a desfilar mujeres, a tocarte cuando estás en el camión, que si se acuestan ahí contigo. Si quieres una mujer pues escoges la que más te guste y ahí le pagas, ellas de eso viven.

En realidad sobran mujeres a los camioneros, yo iba a comer o almorzar, según la hora, a cenar, a un lugar en González, Tamaulipas. Una vez había baile ahí, y todavía vive esa mujer, no se ha casado, no me acuerdo cómo se llama, era muy famosa la muchacha, era guapa y todos los camiones llegaban ahí por ella. Yo no sé bailar, pero llegué al restaurante y me dio de cenar. Le dije: “Oye, vamos al baile, te invito”, dijo: “Necesito que te cases conmigo”, le dije: “Oye, pues estás muy difícil, ¿por qué llegas a ese extremo? ¿Para ir al baile necesito casarme contigo?” Y jamás se casó, porque ahora que somos cantantes hemos ido varias veces a comer ahí, y ahí está todavía. Pero ya es una anciana, una mujer grande, pero permanece soltera. Yo nada más la veo. Había otro restaurante, también en González, y había dos muchachas muy guapas que me decían “Manuel Capetillo”. Según ellas yo me parecía al torero de esa época. No había mucho tiempo, había mujeres de ocasión y muchas que “vámonos” y ¡vámonos! La música que había en los viajes pues nada más era lo que oías en los restaurantes, en las sinfonolas. No había tiempo de cantar o acampar.

A Rogelio Guzmán se le vino una racha de la chingada: se le mató su señora y un hijo a raíz de una volcadura; quedó medio destrampado un chavo y el otro hijo se le mató. Y este hombre se fue para Houston y se acabó el trabajo. Entonces me fui con el señor Ramiro Reyna. Los viajes eran de Guadalajara a Monterrey, en cuatro camiones de carga, en unos ford ochocientos. Me acuerdo que una ocasión nos paramos en el hotel Lux, en Guadalajara, ahí parábamos todos los camioneros; yo llegué, cerré el camión y me fui al restaurante de enfrente a cenar. Estaba cenando cuando sale en la rocola una canción de *Los Alegres de Terán* que se llama *Prenda del Alma* (“¿Qué haré lejos de ti/ prenda del alma?”), y como dice la canción *La mesera*, “se me olvidaron los tacos”, y le dije a la mesera: “Pues tráime una cerveza, mejor” y me empecé a apalancar.

En una ocasión, saliendo de Guadalajara, hay unas pendientes ahí que tuve que robarme varias curvas, con el riesgo de matarme,

de sufrir un encontronazo con algún otro mueble. Afortunadamente no venía nada y me logré bajar hasta el plano, sin frenos, y logré parar el camión. Lo que pasaba es que sí frenaba, pero cada pedalazo bajaba quince, veinte libras, o sea que me acababa el aire luego luego. Y como quiera me vine así, cuidándome de no usar mucho el pie; veía que era pendiente y la bajaba en velocidad, y ahí vengo, hasta que llegué a Monterrey. Le dije al señor Reyna: “Oiga, el sistema de frenos del camión viene muy mal”. Dijo: “Pues tienes que esperarlo porque esto va a durar como un mes, todo el sistema tengo que traerlo de Estados Unidos”. Dije: “No, me voy, este fue mi último viaje, estuve a punto de matarme y no quiero ya saber lo qué es esa carretera”. Y me quedé sin trabajo.

¿No que no, culeros?

Yo sabía que un primo hermano mío trabajaba en una compañía norteamericana que se llama Union Carbide, y fui y le dije: “Oye primo, acomódame ahí donde trabajas tú hombre, tengo necesidad de trabajar. Dijo: “No, porque es un trabajo muy duro y no es para ti, me vas a hacer quedar mal. Hay cabrones que no van ni a cobrar el sábado, trabajan medio día y se van, huyen, se esconden y no vuelven. Tú no sabes trabajar duro”. Y era la realidad, eran trabajos de pala y de descargar furgones de ferrocarril. El sabía que yo las palas se puede decir que ni las conocía. Pues me voy a la casa y ahí ando buscando trabajo y no encuentro. Me urgía, pues debo haber tenido unos cuatro, cinco chavos, estaban chicos. Sí, porque Alejandra nació en Apodaca el sesenta y seis. Tenía yo treinta años. Entonces, me veo en la necesidad de volver con el primo y le digo:

—Oye primo, no la chingues, consígueme el trabajo, yo sé que tú puedes.

—No si yo puedo meterte ahí, yo fui el primer trabajador que tuvo la empresa, yo soy en la tarjeta el número uno, soy el trabajador más viejo de la compañía, yo la fundé. Pero vas a

quedar mal, hombre, vas a correr, ahí hay que chingarse, es de gente acostumbrada al trabajo muy duro.

—No te voy a hacer quedar mal, hombre, tú acomódame ahí.

—Bueno, ándale, vamos en la mañana, te vas conmigo.

Y fui allá con el ingeniero Rosiles, el jefe de personal.

Dice:

—Pues se trata de Falcón, hombre, es el empleado más viejo aquí de nosotros, y muy querido por todos nosotros y me está diciendo que le dé trabajo, pero usted ya está viejo y aquí se necesitan chamacos de veinte años, veinticuatro cuando muy mayores.

—Pues sí —le dije—, tengo treinta años, pero estoy seguro que lo que haga uno de veintidós años lo hago yo.

—No lo creo. Por tratarse de Falcón, vaya llene la solicitud.

Llené la solicitud, y me dice: “Véngase todos los días, a ver cuándo lo llamamos”. Me hicieron examen médico en ese mismo rato. Oye, le madrugaba todos los días a la fábrica y ni madre, no me llamaban, no me querían. Y ahí estoy todos los días, ocho días de estar yendo, dije: “Ya mañana no vengo ¡vayan mucho a la chingada!”. Yo necesitaba jalar y ahí me traían nomás a puras vueltas. Entonces, ese día sale el equipo de beisbol de la compañía a practicar en los terrenos de la fábrica, y yo me voy con el equipo. Le dije al velador: “Oiga, si me llaman por favor les dice que estoy viendo a los muchachos practicar beisbol”. Y me fui a ver la práctica de beisbol. Querían que yo renegara, no me aceptaban, pero ya cuando me vieron terco, terco aterrado, entonces yo creo que se les conmovió la conciencia a esos cabrones. Estaba viendo la práctica, cuando llegó un empleado:

—¿Oiga, usted es Julián Garza?

—Servidor.

—Le llaman en personal.

Fui otra vez con el ingeniero Rosiles, dijo: “Mire no crea que usted se va a quedar aquí con nosotros, ni se lo imagine nunca, y le voy a dar un contrato de veintiocho días, por tratarse otra vez de Falcón, y creo que no lo va a aguantar. El día que se le venza el

contrato usted ya considérese fuera de la compañía. Vaya para que le den su ropa”. Y me dieron botas usadas, ya todas desmadradas, y un uniforme viejo también usado, para empezar otro día a las seis de la mañana a jalar. Entonces (ya era orgullo) pensé: “Les voy a dar una chinga a estos putos, me han discriminado mucho”. Y empiezo como una pinche fiera a jalar, salía yo a las dos de la tarde o a las tres, hora de salida. Y el mayordomo todos los días se paraba y me decía: “Usted, Julián, se va a quedar a doblar turno”. No me decía: “¿Quiere quedarse?” No: “Se va a quedar”. Porque la cosa era de que si tú quieres te quedas y si no pues no. Así todos los días, oye, trabajaba dieciséis horas diarias. Amanecía con fiebre la noche que dormía; en la mañana mi vieja me ponía los calcetines y los zapatos: “Ya es hora, levántate”, y me levantaba hecho madre y vamos a chingar. Diez kilos me rebajé en los veintiocho días. Doblé todos los pinches días turnos sin cesar, y hasta los domingos iba.

Al mes ya nadie me conocía, toda la pinche cara de carbón; toda esa brea te descarapela la cara, las manos. Se asustaba la gente que me veía. El último día que me tocaba trabajar ya iba a quedar fuera de la compañía, andaba doblando turno, como todos los días, y me dice el mayordomo en la tarde:

—Necesito alguien que se quede a doblar pero nadie quiere.

—Pues yo ando doblando, si quieres le sigo. Ya mañana no vengo.

—¿Serías capaz? Pero si andas doblando turno, nadie lo ha hecho nunca en la vida, estar veinticuatro horas aquí.

—Pues yo lo hago si usted quiere.

—No, pues te necesito.

—Pues yo me quedo, ¡chingue a su madre!

Y amanecí trabajando las veinticuatro horas, sin salir de la fábrica. Otro día ya no iba a venir a jalar. Se me vencía el pinche contrato, al salir me dice el velador:

—Julián, que venga en la tarde a firmar otro contrato.

—¡Andele! ¿No que no, culeros?

Me metí diez kilos de peso para abajo, pesaba noventa y bajé hasta ochenta, me daba fiebre, oye, ¡chingada madre!, pero mal alimentado, porque a pesar de que doblaba y ganaba más o menos no la hacía. Oye, pues firmé otro contrato, y ya me empezaron a dejar descansar. Pero como quiera, doblaba tres, cuatro veces por semana, me dejaban descansar unos dos días nada más con mi turno ordinario, pero los domingos iba a jalar.

Empecé a destacar

Para no alargar el cuento, empecé a jugar beisbol, a destacar, me dieron la primera base de planta en el equipo de primera fuerza, y les empecé a demostrar lo que sabía hacer. Les empecé a hacer la barba en personal, a pintarles todos los carteles de seguridad: dibujos alusivos a que te cuides, a que tengas cuidado, no sufras un accidente. Ellos nos asignaban todo el material y yo se los dibujaba y luego inventaba cosas; n'hombre, me empecé a dar a querer con la bola de cagadas. Pero había gente más nueva que tenía dos o tres, meses de antigüedad y ya les habían dado la planta y a mí no me la daban, dije: "Un día me la dan, un día me la dan". El día que cumplí exactamente doce contratos de veintiocho días me llaman y me dicen: 'Señor, usted está de planta ya, usted no va a firmar contrato. Tiene todas estas prestaciones y ya desde este momento no va a trabajar en la pala, va a manejar un montacargas. Venga para acá, esto es un montacarga, un *claik* nuevo'. No, pues voy para arriba, pensé yo.

Me acuerdo que entré, no se me olvida, el catorce de septiembre del sesenta y seis, y tengo muy presente que el día nueve de enero del sesenta y siete cayó una nevada aquí. Es muy raro que aquí caiga nieve; me levanté en la mañana, en la madrugada, pa' estar temprano en la fábrica. Vivía en Monterrey todavía, acá en Guadalupe, entonces abro la puerta de mi casucha, una casita que se llovía toda cuando llovía, muy jodidó. Abrí la puerta y me asusté, dije: "¡Ah cabrón!, vieja, ven, mira la nieve", y me voy a trabajar. Había un autobús que nos levantaba a todos los

obreros. Llegamos a la fábrica, y no pues aquella hermosura, todo blanco; era muy bonito, muy impresionante.

Empiezo a trabajar en el montacargas. El ingeniero Barret, jefe de laboratorio, era un tipo de origen norteamericano y mexicano, nacido en Coahuila, muy aficionado a la pesca, al beisbol y a la cacería. Este hombre era el que organizaba todos los equipos de beisbol, era muy buen beisbolista. Me dice: "Julián, tú perteneces al equipo de nosotros, y yo quiero que te vengas a trabajar al laboratorio con nosotros". "Ándele ingeniero, yo acá con ustedes puedo desarrollar más que acá en el departamento donde ando en el montacargas". Y los domingos le decía:

—¿Qué pasó ingeniero?

—No quieren soltarte esos güeyes, no quieren, ya hablé con Ibarra, ya hablé con Montes y con todos, ni un cabrón quiere, que te necesitan ahí.

—Por eso, pero yo también necesito destacar, ¡qué chingados saco yo en el montacargas!

—Pues no quieren Julián, no quieren, dicen que no y que no, es más, que ya no le esté neceando, que ahí no te sueltan.

Y ahí me chingué, en el departamento de patio.

Sigo jugando beisbol

En el beisbol empecé a destacar, ahí escribí el corrido del ingeniero Amaroa. El ingeniero Amaroa y unos amigos de él, compañeros todos de la fábrica, se fueron a un cabaret, aquí en Monterrey. Se agarraron a chingazos en un cabaret y les compuse un corrido. Ahí tienes tú que me traían en todas las pachangas que organizaba la compañía. Cada departamento organiza su pachanga, y nada más va la pura gente del departamento, no va toda la fábrica. Pues yo iba a todas las pinches pachangas de todos los departamentos; el ingeniero me hizo cantar el corrido como cien veces con mariachi. No me acuerdo de él, lo olvidé.

A mis hijos yo les inculqué siempre el beisbol, porque es el deporte que me gusta, que jugué siempre. Yo jugué veinte años

beisbol. No jugué profesional porque no quise. Me acuerdo de un partido, ya vivíamos en Apodaca. Me acuerdo que el ingeniero Barret también llevaba a sus niños, a *Mike* y a *Charles*, así les decía él, Carlos y Miguel; unos niños muy simpáticos. A mis hijos les dije: "Les voy a dedicar este jonrón". Y como suerte, me toca batear un palo muy duro, nada más que iba para fuera de barda; el jardinero izquierdo hace una atrapada increíble. Brinca, coge la pelota, cae sentado sobre la barda y empieza a balancearse, y cae otra vez dentro del parque. Una atrapada fabulosa. Y vengo y les digo a éstos:

—¿Qué, cómo lo vieron? ¿Le di bien m'hijo?

—Pos, hay más o menos.

No le daban importancia. Les dije: "Oigan cabrones, está bien que lo fildearon, pero fíjense cómo fue la atrapada del señor y todo". La segunda vez al bat, que me paro yo como con coraje: "¿Estos cabrones, qué quieren o qué?". Y me fijo, por el mero centro del parque estaba la barda y luego a la distancia estaba un mezquite y otra bola de árboles muy lejos. Que le doy bien a la pelota. Salió del parque y se fue por arriba de los mezquites y se perdió de vista. Y salgo yo, pues, "ahora sí, ya complací a estos cabrones". Y me hincó y les digo:

—¿Qué les pareció?

—N'hombre.

—¡Oigan cabrones, pues quién les da gusto?

Estuve seis años trabajando en la fábrica, sin fallar una sola vez, al contrario, trabajando doble, triple y los domingos. Fue el setenta y tres cuando salí de la fábrica, nunca me soltaron, el jefe de patio alegaba que me necesitaba, y yo ahí metido en el montacarga. Yo, cómo diré, sin una perspectiva de avanzar, de destacar con el tiempo. Me la hubieran dado de supervisor ahí, de jefe ¿verdad? Pero se forma una mesa directiva para el sindicato y me escogen a mí como uno de sus miembros de actas. A raíz de eso el sindicato pide que todos los miembros de la mesa directiva tuéramos que estar una semana allá, en el sindicato. Fue cuando falté mi primer día de trabajo. Una semana completa fuera de la

pinche fábrica, pero pagado y con todo el permiso del mundo. Volví a mi trabajo. Transcurre el tiempo, acabamos nuestro periodo en el sindicato, a toda madre.

Compuse cinco corridos

Juan Antonio Treviño, un compañero que era supervisor, viendo la facilidad que tenía yo para trovar los corridos, así, en forma chusca hacia los compañeros, me dice: "Oye, escribe algo en serio". Le dije: "No hombre, yo no tengo capacidad para eso, yo tengo capacidad para hacer un corrido, pero en broma". Y él me insistía, decía:

—Tienes talento hombre, haz una cosa en serio, buscando una forma comercial para que grabes algo. Yo tengo veinte años de ser compositor o más, me han grabado unas dos o tres, pero soy romántico, y tú tienes talento, puedes hacerlo.

Tanto me insiste Juan, hasta que digo: "Pues, chingado, tiene razón este pelado, a lo mejor puedo componer algo". Juan, otro día, me trae una grabadora, yo no las conocía, me enseñó su funcionamiento y me dio un casete en blanco.

Dijo: "Llévatela a tu casa, compón algo, lo grabas y me lo traes, para decirte si está bien o está mal, pero yo sé que vas a hacer cosas buenas".

Me fui, la llevé a la casa y me encerré a escribir, y en el transcurso de una semana compuse cinco corridos: *Pistoleros famosos*, *Las tres tumbas*, *Jesús Pata de Palo*, *Luis Aguirre* y no me acuerdo cuál era el otro. Le hablo a Luis, le digo que hice unas cosas ahí y les puse la melodía también. Nada, nomás tarareadas, porque no tenía otra cosa más en que pensar.

Ahora si compongo una melodía tengo que grabarla forzosamente, porque si no se me olvida; traigo muchas cosas en qué pensar. En ese tiempo el trabajo lo hacía automáticamente, en el montacargas; yo andaba tarareando una canción y mi trabajo lo hacía sin verlo. Un día me encontré en el avión a Fernando Ramos, antiguo trabajador de la Union Carbide, y me dio el

teléfono de Juan Antonio Villarreal. El salió de ahí, tiene un taller propio, y no hace mucho le hablé por teléfono para saludarlo.

Yo venía a mi trabajo un día, andaba en el turno de la tarde y venía pensando: bueno ¿por qué no recopilar; entre todos los corridos que hay hechos, hacer uno solo? Fui concibiendo la idea, entonces ahí vengo pensando, madurándolo; llego a la fábrica, agarro mi montacarga, me pongo a trabajar, y sinceramente para la hora de ir a cenar ya traía hecho el corrido *Pistoleros famosos*. Y mi ayudante me lo oyó cantar y me dice:

—Oye, qué bonito corrido, yo no lo he oído.

—No, ni yo tampoco, lo ando componiendo.

—¿Lo andas componiendo tú? N'hombre, no te lo quiero creer, está muy bonito.

Pistoleros famosos

Por las márgenes del río,
de Reynosa hasta Laredo,
se acabaron los bandidos,
se acabaron los pateros;
y ya se están acabando
a todos los pistoleros.

Murieron Dimas de León,
Generoso Garza Cano,
y los hermanos del Fierro
y uno que otro americano;
a todos los más valientes
a traición los han matado.

Lucio cayó en Monterrey,
Silvano en el río Grande,
lo mataron a mansalva
los rinches que son cobardes;

en los pueblitos del norte
siempre ha corrido la sangre.

Los pistoleros de fama
un ofensa no la olvidan
y se mueren en la raya,
no les importa la vida,
los panteones son testigos
que es cierto, no son mentiras.

Así se están acabando
todos los más decididos,
a todos se les recuerda
cantándoles sus corridos,
murieron porque eran hombres
no porque fueran bandidos.

Había veces que, por decir, acostado ya, componía algo y no se me olvidaba. Esos primeros que componía hasta otro día, los escribía y ya sabía cómo estaba porque se me quedaba todo grabado; no tenía otra cosa más en que distraerme, lo acumulaba muy bien en la cabeza y no tenía mayor problema. Ahorita, si compongo algo tengo que grabarlo, si no a los cinco minutos se me olvida. No por falta de memoria, sino que tengo otras cosas que me distraen. El segundo corrido lo compuse porque vi un viejo con una pata de palo en la calle. Imaginé una leyenda sobre ese viejo regresando a este pueblo, *Jesús 'El Pata de Palo*. ¡Cuidense todos aquellos que a la cárcel lo mandaron! Así fue como empecé a componer ese corrido, imaginé una leyenda en torno de aquel hombre que vi por la calle con una pata de palo. Ya había leído algo de un policía de aquí, de Monterrey, que fue a aprehender a otro a Matamoros, algo así. De ahí surgió ese corrido *Luis Aguirre*. Y *Las tres tumbas* es un corrido que me imaginé también, después pasaron más o menos algunos detalles que había leído, que han sucedido aquí en la región, y lo compuse, medio en

broma al principio, porque dice: “Mario le dice a Julián:/dale un trago a José Luis”. Somos los tres hermanos, nosotros ¿verdad? Le hablo a Luis, le digo: “Oye, tráete la guitarra y vamos a grabar unas cosas que compuse”. Ahí empezamos a ensayar; del primero que nos aprendíamos bien la melodía, lo grabamos, y así sucesivamente, hasta que grabamos los cinco, a dos voces, con guitarras. Una experiencia maravillosa al oírlos grabados, nunca había oído grabar mi voz. Le traigo a Juan los corridos grabados, los escucha aquél y me dice: “Oye, pues estos corridos están más bonitos que los que se oyen en las estaciones de radio, creo que no vas a tener mayor problema para que te los grabe alguien”.

El Pata de Palo

Ha regresado a este pueblo Jesus <i>El Pata de Palo</i> . ¡Cuidense todos aquellos que a la cárcel lo mandaron!	Ya los pasos se aproximan, se están sintiendo más cerca, ya ni los perros se arriman porque presienten la gresca.
Qué silencio está el poblado, ni las moscas hacen ruido, nomás se oyen los pasos que son los de ese bandido.	El enterrador del pueblo ya cavó tres agujeros porque sabe de antemano que van a sobrar sombreros.
Diez años en prisión no se le olvidan a nadie, he regresado a mi pueblo porque he venido a vengarme.	Qué pronto terminó el duelo, ya se oyeron tres disparos; hay tres hombres en el suelo que con su vida pagaron.
¡José González García y Antonio López Quezada, Francisco Pérez Munguía, que salgan a la calzada!	Se oyen pasos de un caballo allá por la plaza vieja es Jesús, <i>Pata de Palo</i> que poco a poco se aleja.

Yo no tenía relación con los grupos de música nortena en esa época, pero había tenido una poca de amistad con los hermanos Prado, que habían vivido en mi barrio. Entonces me fui a verlos, tenían su oficina por la avenida Colón, en Monterrey, y salió Lupe Prado, que ya murió. Le digo: “Oye hermano, pues aquí te traigo estas cosas que hice, a ver si me las pueden grabar ustedes”.

Y dice, ¿a ver? Pues deja oír; puse el casete y las oyó, y dice:

—No sirven hombre, no están bien; no creo que funcionen. Pero, en fin, déjame el casete a ver quién se puede interesar en ellos, nosotros definitivamente no, luego luego se siente cuando las cosas están bien hechas y ésta no sirve.

—Ni modo, ahí te dejo el casete, a ver si alguien se puede interesar en eso.

Y vine a la fábrica y le digo a Juan:

—Fíjate, que chinga, pasó esto hombre”

Dice:

—No, lo que pasa es que tú le llevaste el material a otro más pendejo que tú. El señor está loco, no sabe ni lo que tiene entre las manos. Graba otra vez las mismas canciones y muéstraselas a otros intérpretes.

Y así fue, empecé a repartir casetes como programas y nadie se interesaba; pasaron ocho meses y le dije a Luis, mi hermano:

—Yo creo que esto no sirve en realidad. Ocho meses batallando, ya repartí como quince casetes grabados y nadie los quiere grabar.

Luis conoce y dice:

—No. Están bien. Los corridos están buenos, no sé por qué no te los querían grabar, pero yo los veo bien.

Entonces mi compadre José Falcón, el que me había metido a la fábrica, me dice:

—Oye, ¿por qué no ves a Carlos y José?

—A Carlos y José no los conozco, compadre.

—Pues yo sí, son paisanos de nosotros, nacieron en el rancho.

—Pues llévame con ellos.

—Pues vamos el domingo en la mañana, de madrugada, vamos y los buscamos; yo sé dónde vive José.

Y así fue, el domingo en la mañana nos levantamos temprano y nos fuimos. Entonces salió mi comadre y dice:

—Dígame, señor.

—Fíjese que venimos buscando a José, mi tocayo José.

—Pues acaba de llegar, está borracho.

—No le hace, háblele usted y dígame que le llama José Falcón, de allá de la hacienda del Porvenir.

Ya fue, y se levantó:

—Quihubo tocayo, ¿pues qué andan haciendo?

—Pues no nos agradezcas la visita. Aquí mi compadre se ha puesto a componer corridos y quiere que los oigas tú a ver si le graban ahí algo.

Entonces llega Narciso Pérez Leyva, un compositor ya de renombre que Carlos y José le habían grabado algunas canciones. Y se sienta ahí, yo un poco apenado porque tenía enfrente un compositor de verdad. Pero ya para esto José nos había invitado unas copas y estábamos medios enchilados con el tequila, no sé qué era. Aunque era muy temprano, pero le empezamos a meter, y luego dice mi compadre: “Bueno, pónle el chisme ése aquí a José para que oiga los corridos, hombre”. Le puse los corridos y los oyó José y los oyó Narciso, y dice José:

—Oye, pues están muy bonitos ¿por qué no los graban ustedes?

—Pues ¿dónde, hermano? Nosotros no, nosotros trabajamos en otra onda, le dije.

—Nada más que nos gusta esta cosa y mi anhelo es que ustedes me lo graben. Lo que persigo es nada más ver mi nombre en la etiqueta de un disco, es todo lo que anhelo.

—Pues mira, la cabeza del grupo es Carlos y no está aquí, pero te aseguro que te grabamos por lo menos uno. Todos están muy bonitos.

Entonces, ahí, Narciso Pérez Leyva hizo un comentario, dijo: “Oye, a todos los compositores no se nos había ocurrido esa idea

de los pistoleros famosos, es muy buena, muy comercial, ésa va a funcionar mucho”. Me hice amigo de José y posteriormente de Carlos. Los empecé a visitar y un día me los encuentro ensayando para grabar. Estaban ensayando dos canciones y veo que no estaban ensayando ninguno de mis corridos, pero es que el dueño de la marca —los discos DLB— les había encomendado que ensayaran esas dos canciones.

Entonces dice José:

—No me acomodo con esta canción chingada, por qué no le grabamos una a Julián.

—Oye pues tienes razón, vamos a ensayar una, ¿cuál te gusta a ti? —Le dijo Carlos.

—A mí me gusta una que se llama *Luis Aguirre*.

—Bueno, pues vamos, luego luego.

Ahí se las apunté en dos hojas, para darles una a cada uno, para que no batallaran. Sí las traía en la cabeza, hombre. Yo mismo les empiezo a decir la melodía, sin necesidad de poner el casete ni nada de eso; lo ensayaron y les quedó muy bonito. Y mi compadre Carlos empezó a insistir en que nosotros grabáramos, tanto insistieron que me lo metieron en la cabeza, y dije: “Pues por qué no ¿verdad?, podríamos grabar Luis y yo.”

La taloneada

En la hacienda El Porvenir vivía *Lalo* García, un músico de mucho renombre en Monterrey. Vagamente recuerdo que él ensayaba todos los días enfrente del jacal donde nacimos, *Lalo García y su Conjunto*. *Lalo* García y mi madre eran primos hermanos. Mi abuelo materno era Arredondo Hernández, mi mamá Arredondo Moya. Florentino García Arredondo era el padre de *Lalo* García. El tocaba el acordeón; anduvo con Esteban López, fueron de mucho renombre, se puede decir que fue de los pioneros de la música norteña. Cantaba aun antes de morir, con una voz como si tuviera veinte años, el güey. Tenía una voz tremenda. Cantaba

unos boleros locos, lo que quisieras, cantaba mucha norteña, pero se inclinaba por los boleros.

Después, cuando Luis y yo intentamos figurar en la cantada, fuimos al ejido La Conquista a una boda. Carlos y José nos hicieron cantar una canción y estaba *Lalo* García presente. Yo era grande, tenía treinta y ocho años cuando empezamos a querer figurar. Me di cuenta que *Lalo* García hizo un comentario muy gacho, dijo: "Ya cualquier cabrón quiere ser cantante". Me dolió mucho lo que dijo. Nosotros cantamos porque Carlos y José empezaron a necear que cantáramos con ellos. Entonces la cantamos y el tipo hizo el comentario. Hace poco murió. Antes de morir me mandó hablar con una tía mía; le dije:

—Que venga si quiere hablar conmigo, que venga él aquí.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué tan despectivamente?

—No, por nada.

—No, dime ¿por qué?

—Porque esto.

—¿Eso dijo *Lalo*?

—Sí. Eso dijo cuando andábamos muertos de hambre, ¡chingao! queriendo figurar, queriendo ser cantantes. El señor hizo este comentario y me dolió mucho. Así es que si quiere hablar conmigo, que venga.

No, no fue, por supuesto. Me acuerdo, siempre me he acordado. Convivimos más con Amador, hermano de *Lalo*, que es músico allá en la hacienda. Nunca se salió de ahí, es el que ameniza todas las fiestas, las pachangas. *Lalo* sí se vino a Monterrey desde los años cuarenta.

Una de las cosas que recuerdo es que el señor Basilio Villarreal, el de la marca DLV, no nos quiso dar la oportunidad de grabar. Nos dijo: "No, muchachos, ustedes como cantantes no la hacen". Entonces fuimos a la casa de Carlos, y mi compadre Carlos nos dijo:

—Bueno muchachos, pues ya tienen la oportunidad de grabar, ahora ustedes busquen un acordeonista que se apegue a su estilo porque no puedo acompañarlos en la grabación. Mi música es muy

conocida, no les conviene que yo grabe, que yo les eche la música, busquen alguien.

Como en el otro lado Armando Hinojosa nos había dicho:

—Muchachos, vengan a grabar cuando puedan, puede ser un domingo, el día que ustedes quieran, nada más hablenme por teléfono y se vienen.

Luis y yo empezamos a buscar alguien que nos acompañara en la grabación y no lo hallábamos. Entonces, José Rodríguez, del dueto de Carlos y José, nos invita a una fiestecita que tuvo en su casa, fuimos y ahí estaban *Los Forasteros del Norte*, un grupo de la región que la componían *Chano* Reyes y *Lupe* Tijerina. Cuando llegamos estaban cantando el corrido de *Los dos amigos*. Luis y yo escuchamos atentamente, porque nos agradó mucho el acordeón desde el primer momento.

Le dije a Luis:

—Ese es el muchacho que necesitamos.

—Pues dile.

—Bueno, ahorita que salga del baño, por ahí lo voy a abordar, le voy exponer el caso. Y así fue. Estuve esperando que saliera al patio y me voy tras él, y le digo:

—Oiga primo, tenemos la oportunidad de grabar en McAllen, pero nos hace falta un acordeonista que no cobre, y además que tenga pasaporte, tarjeta local para ir a la frontera, al Valle de Texas.

Entonces, me dice *Lupe* Tijerina:

—Ya no busques, yo soy ése que ustedes andan buscando.

—Bueno, pues que a toda madre.

—¿Cuándo quieren ir?

—El domingo.

—Bueno, el domingo yo amanezco en Reynosa. Esta es mi dirección. Ahí los espero en mi casa temprano y, luego, pues ya pasamos.

—Perfecto.

Resultó que después nos identificamos y el primo *Lupe* Tijerina sí es en realidad primo de nosotros, lejano, es verdad, pero de la misma gente que nosotros. El siguiente problema era buscar alguien que nos llevara, porque es un poco problemático ir en autobús. Tenemos otro primo hermano, que se llama Eustolio Arredondo, que también tiene inquietudes. Le gusta componer, cantar y todo eso. El trabajaba en la fábrica de acero y tenía un carrito Volkswagen, y le dijimos:

—Oye primo, pos fíjate que...

—Yo los llevo, vamos, yo los llevo.

Nos fuimos de madrugada, y como debíamos estar en el estudio de grabación a las diez de la mañana, en McAllen, llegamos a Reynosa como a las ocho de la mañana, a la casa del primo *Lupe* Tijerina. Ahí estaba él y nos fuimos al puente.

Yo ya había tramitado mi pasaporte, el que no llevaba su pasaporte era Luis; llevaba su credencial de policía, como lo habíamos hecho la vez anterior, cuando fuimos a hacer la prueba; en ese tiempo la ley, la migración, te daba oportunidad. Nada más mostrabas cualquier credencial que te identificara como hombre honesto, te dejaban pasar. No había problema. Llegamos al puente, y le dice el norteamericano a Luis:

—A ver, sus papeles.

—Pues no, no traigo. Soy gente honrada, soy policía.

—No, eso no le sirve a usted. Usted necesita un pasaporte, una visa de turista.

—Entonces sí intervengo yo, y le digo:

—Pero si nada más vamos a pasar una hora, hombre.

—Ni un minuto, señor, va para atrás.

Y señaló la frontera y nos regresó. No había forma. Entonces, *Lupe* Tijerina dice:

—Oye, yo tengo un tío allá en Las Flores, Tamaulipas, que es de la migración mexicana. A lo mejor él de una forma u otra nos puede ayudar a que pasemos.

—Vamos, no se pierde nada.

Las Flores, Tamaulipas, está como a unos cuarenta kilómetros más allá de Reynosa, rumbo a Matamoros. Llegamos a la casa de su tío y no estaba, andaba para California. Ni modo. El primo *Lupe* Tijerina dice: “No perdemos nada con intentar pasar por aquí. A lo mejor aquí sí nos dejan”. Y cruzamos el puente. *Lupe* Tijerina y yo, que éramos los que llevábamos papeles en regla, íbamos atrás. El de migración dice:

—Ustedes dos de atrás: ¡bájense!

Nos bajamos aquél y yo, y mi primo *Lupe* enseñó su pasaporte y yo el mío. En ese tiempo, aun con visa, se necesitaba solicitar un permiso, te preguntaban: “¿A qué va?”, “voy a comprar algo”. Y te daban permiso por horas, cuatro, cinco horas. Le dice a *Lupe* Tijerina: “Usted está bien”. Y me dice el policía: “Usted necesita pasar allá para que le den un permiso”. Y me encamino a donde está el comandante de ellos. Entonces Luis dice:

—Oiga señor... —Se devuelve el policía que me hablaba— ...fíjese que, pues, yo no tengo pasaporte.

—¿No? pues bájese.

—Sí, pero tengo credencial de policía.

Yo decía: “Trágame tierra”. Ya para irnos prácticamente, no tenían problema.

—Pues tiene que haber un permiso con más razón, usted ni pasaporte trae, véngase.

Y seguimos al policía. Eustolio, el que llevaba el carro, mi primo hermano, dijo:

—Oiga, espérese señor, hombre pues yo no traigo ni credencial de policía, yo lo que traigo es una credencial de ahí donde trabajo, en la Fundidora de Fierro y Acero.

—N'hombre, ustedes van bien chuecos, bájense todos.

Y nos pasa allá adentro. Sería por la sinceridad que nos dieron un permiso a los cuatro. ¡Nos lo dieron sin papeles ni pasaporte! Llegamos a McAllen y eran ya las seis de la tarde, siendo que desde las diez de la mañana debíamos estar ahí.

Yo todavía trabajaba en la Union Carbide, y Luis era camionero. Llegamos a la casa de Armando Hinojosa, el ingeniero que nos iba a hacer la grabación. Y salió, vivía frente a los estudios:

—Oye ¿qué pasó?, los estoy esperando desde las diez de la mañana. Pensé que ya no iban a venir.

—No, pues tuvimos problemas con el carro, se nos quedó en el camino.

—Bueno, ahora ustedes me van a tener que esperar a mí, estoy viendo el futbol americano, y ése yo no me lo pierdo por nada.

—Pues aquí lo esperamos.

—Okey, vayan ahí, enfrente de los estudios hay un restaurante, coman algo ahí.

Y es cierto, no habíamos comido nada. Nos echamos unas hamburguesas. Llegó la hora de entrar, el señor Hinojosa abrió el estudio y entramos. Llevamos unas cervezas *Lite's*, unas blancas, a toda madre, de las que salían por la televisión y el radio. Y dijo Hinojosa:

—Si van a querer más cerveza, cómprenla de una vez, porque vamos a estar muchas horas aquí adentro.

—No, pues un veinticuatro, tráete un veinticuatro.

Me admiraba que la lata conserva mucho lo helado, porque todavía a las doce de la noche estábamos grabando y las cervezas estaban heladas. Sería por el clima del estudio. El estudio era común y corriente, como todos los estudios de grabación. Nada más que estábamos grabando las dos voces por un solo micrófono. Era un estudio un poco rudimentario. No como los de ahora, que cada instrumento tiene su micrófono y todos esos avances que hay. Me acuerdo que grabábamos una canción y dijo Hinojosa:

—¿De quién es ésta?

—Pues de Julián Garza.

—¿Y tú qué tocas?

—No, yo no toco nada.

Luis estaba tocando el bajo sexto y mi primo el acordeón. Ahí mismo estábamos improvisando todo. Las introducciones, todo eso.

—Esa otra canción ¿de quién es?

—No, pues también de Julián Garza.

—Oye, con razón tú no tocas nada, hombre. Parece ser que todo tu tiempo lo ocupas en componer canciones.

—No, nada más algunas.

Terminamos a la una de la mañana ¡bien mamados!, nos metimos todas las cervezas. Estábamos bien pedos grabando y ahí terminamos doce canciones. El último corrido fue *Pistoleros famosos*. A raíz de que yo hice el corrido —que tuvo mucho éxito, pero más con *Carlos y José*— nuestra grabación ni se oyó. Cuando hicimos la grabación salió un sencillo (nada más) y un elepé, fue el primero que grabamos. De cada disco nada más se saca un sencillo y un casete. Estos güeyes parecen bandidos ¡todo eso, cómo lo explotan! Tú grabas doce canciones y la compañía, la firma, se encarga de sacar casetes y discos de la misma grabación.

La compañía en la que grabamos se llama Falcón. El dueño era el señor Arnoldo Ramírez. Hinojosa era el director artístico, el que hacía grabaciones a los grupos. Parece ser que este señor, Armando Hinojosa, también era el que les hizo la primera grabación a Carlos y José. Cuando fuimos a hacer la prueba, Arnoldo Ramírez, el dueño, la escuchó y fue en realidad quien dijo: “Vénganse a grabar cuando ustedes puedan, pónganse de acuerdo con Armando.”

Cuando sale el elepé yo me voy a McAllen, y sale primeramente un sencillo. Me voy con el señor Villaga, que era el gerente de la compañía, me pasa a su estudio y me dice:

—Oye Julián, te tengo una sorpresa.

—¿Y es agradable o no?

—Muy agradable. Siéntate para que no te caigas.

El sabía que nosotros nunca habíamos grabado, ni nos habíamos escuchado. Me senté y sacó un disco sencillo y pone el corrido *El bayo cara blanca*, un corrido que yo le había escrito a

José Rodríguez, de *Carlos y José*. Se oía bien bonito, fue la mejor grabación del disco. Al otro lado traía una canción ranchera que se llama *Poema de amor*, de un primo hermano mío, el profesor Francisco Arredondo Cano.

Me vuelvo a Monterrey, loco con mi disco. Me dio algunos quince o veinte discos el señor Villaga. Yo venía como que traía un tesoro en las manos. Mi anhelo era ver mi nombre en un disco. Ahora, oír mi voz en un disco, pues era algo que no podía imaginar. Llegué a Monterrey, a Apodaca donde vivíamos, y le hablé a Luis. Le puse el disco y le di unos cuantos. Dijo papá, que Dios lo tenga en paz:

—No muchachos, pónganse a jalar, hombre, ustedes en esa onda no la van a hacer, no es la de ustedes, no les doy crédito como cantantes.

—Oye papá, pues si se oye a toda madre esto, ¿no? ¡Oilo!

—No, no, no, ustedes van mal. Pónganse a jalar, a trabajar duro.

Y dice Luis: “Pues por mi parte yo era todo lo que quería: oírme en un disco.”

Le dije:

—Espérate, no tomes las cosas así, hombre, a la mejor esta cosa puede funcionar. ¿Por qué no?

—Pues no, cómo quiera que sea yo ya estoy feliz, ya con uno.

—Te conformas con muy poco, hay muchas cosas que hay que hacer todavía.

En ese momento yo empecé a echar a volar la imaginación, dije: “de aquí pueden salir muchas cosas”. Como han salido. Claro que si esto fuera todo, pues ni modo ¿verdad? Pero también vi hacia adelante: “Hasta el cine, que es mi anhelo, puedo llegar con esto.”

El corrido del *Bayo cara blanca* fue un éxito, la gente empezó a buscar discos en todas las discotecas. No los había, lógicamente, pues el disco era americano: la compañía Falcón no entraba para acá. Rogelio García Rangel, un locutor de la TR, me dijo:

—La gente está echada encima por el disco.

— Pues que vayan a McAllen.

Y mucha gente empezó a traer los discos de allá, antes que yo. Me acuerdo que un tipo ofreció un día a la TR mil pesos por el disco, que era una fortuna en esa época. Los discos valían dos o tres pesos, él daba mil. Total, el corrido se empezó a escuchar mucho en las emisoras locales. Nos manda hablar un día Basilio Villarreal, de la marca DLV, que ya una vez había dicho: “No, muchachos, ustedes como cantantes no la hacen.”

Ya llegamos Luis y yo con el viejo:

—Díganos señor Villarreal, ¿para qué somos buenos?

—Fíjense, muchachos, me equivoqué con ustedes, discúlpenme. Me equivoqué, lo reconozco.

—Bueno, ¿qué quiere?

—Que me graben un elepé.

—Está bueno, se lo grabamos.

Grabamos un elepé. Teníamos el problema de conseguir otro acordeonista, *Lupe Tijerina* ya no podía. Un día, sería por 1973, andábamos de farra mi compadre Carlos y yo y llegamos a un restaurancito —ahí por la calle Reforma, al lado poniente del Arco— ahí vendían cerveza y había meseras muy bonitas. Entonces llega Javier Ríos, su papá y otro muchacho a talonearle —como vulgarmente se dice aquí— por las cantinas, con los instrumentos, ofreciéndoles música a los parroquianos. Eran muy amigos de mi compadre Carlos. Javier Ríos tenía dieciséis años, por ahí, chamaco. Carlos los saludó y les pidió unas canciones. Yo no sabía que el muchacho, Javier, era muy bueno para el acordeón. Y nos hicimos amigos. Luego vino la oportunidad esta de grabar con Basilio Villarreal. Le dije a Luis: “Conocí un chavo, hombre, que toca a todo dar, muy bonito. Vamos a buscarlo, me dijo que él la hacía más por la cantina Los Dos Rancheros, vamos ahí”. Ahí estaba Javier, y luego luego le dije:

—Oye, fíjate que vamos a grabar, hombre, necesitamos que nos eches el acordeón.

—Sí, como no.

Y así fue que Javier empezó a grabar con nosotros.

A Basilio Villarreal le grabamos unos quince o veinte elepés, no me acuerdo cuántos.

Hicimos nuestro grupo

Nos rentaron la cantina de la esquina, que se llamaba Monos Bar. Ahí hicimos nuestro grupo. Ya andábamos dedicados totalmente a la música, intentando figurar. Cuando vi que ganaba lanita acá, en la cantina, alternaba las dos cosas: mi trabajo y la música. Teníamos esa cantina con el fin de reunirnos ahí. Le puse teléfono a la cantina, servía para agarrar los trabajos, nuestros contratos, ir a actuar. Ahí se reunía mucha gente. Por cierto que había veces que nos acabábamos nosotros mismos la cerveza, y teníamos que ir a cantar para surtir y poder venderla.

A raíz de que me salí de la fábrica, Carlos y yo pusimos una cantina en Apodaca, que se llamaba El Treinta y Tres Bar. No sé por qué se llamaba así. Ahí conocí a muchos grupos, a *Los Alegres de Terán*, porque Carlos los empezó a traer para que amenizaran los jueves. Una etapa bonita ésa. Un día, andaba yo trapeando en la mañana el local —yo lo trapeaba y lo barría, la hacía de cantinero— y llega un viejito muy pintoresco y dice:

—Oye, muchacho, dame una cerveza y échale a la rocola un corrido que anda por ahí y mienta a todos los bandidos pinches de la frontera, hombre, uno que...

—Sí, ya sé cuál es.

Empezó a salir *Pistoleros famosos*, entonces, yo me vengo a la barra con él y me dice:

—Oye, qué pelado ése, el que compuso eso, hombre, para hilvanar a tanto cabrón y acomodarlos ahí en los versos. Está cabrón ese hijo de su pinche madre.

—Sí, está cabrón.

Si le digo a ese pinche viejo que yo hice el corrido no me lo cree, mejor no le dije nada. Y así quedó.

Cuando vinieron *Los Alegres* se puso hasta el tronco el local, tanto el patio como la cantina. Llegó Martín Flores y me preguntó:

—Oye, ¿cuántas personas habrá?

—No sé.

—Ponle una cerveza a cada quien, yo la pago, para ver cuántos somos.

Me acuerdo que fueron cerca de cuatrocientas cervezas. Fui al micrófono y dije: “Señores, esta parada la puso el señor Martín Flores”. El iba a poner otra, nomás que ya no lo dejaron.

El otro día yo iba al palenque a ver a Elsa Linares y me encontré a Martín Flores, y dice:

—Oye, Julián, los necesitamos como músicos para el día veinte de agosto. ¿Cuánto me cobras?

—A ti, barato, te voy a cobrar la mitad de lo que cobramos, dame tres millones.

—Bueno, aquí está uno y medio.

Me lo embolsé, no llevaba lana. Llevaba algunos veinte, treinta mil pesos. Ya con un millón y medio en la bolsa me sentí general. Y me invitó: “Vente, siéntate aquí conmigo, quiero apostar, estoy ganando mucha lana, he ganado como diez millones”. Entonces participó Elsa Linares. Andaba un muchacho ahí, con un montón de ramos de flores, y le dije:

—Oye, dáselas todas a Elsa

—¿Todas?

—Déselas cabrón, yo voy a pagar todo el ramo de rosas rojas.

Y dice Martín Flores:

—Oye, dámelo para acá que yo los pagué.

—No, pues ¿cómo las vas a pagar tú, si yo se las estoy brindando a Elsa?

—No le hace, yo las pago.

Una gente a toda madre ese cabrón, no me dejó pagar nada, nada. Ella supo que yo le mandé el ramo. Yo creo que deben haber costado unos cien mil pesos todas las flores.

Entre la musicada, hay un viejo muy simpático que se llama Monse Quintero. Ese viejo toca el bajo sexto muy bonito y es un viejón que casi siempre le talonea él solo. Le canta corridos a la clientela de las cantinas, y hay veces que se le ocurren unas

puntadas muy buenas. Ha pasado la mitad de su vida en el bote porque debe dos o tres calaveritas. También es cabrón, dice:

—N'hombre Julián, fue la judicial a buscarme.

—¿Y qué pasó Monse?

—No, pues me dijeron: "Oiga usted, traemos una orden de aprehensión". Y yo les dije: "¿Y por qué no me la cambian por una de cabrito? Traigo un hambre bruta". Otro detalle de la musicada es que llegó Abel Reyes, un acordeonista y dijo:

—Oiga mi Monse, chingao, compré un caballo que repara.

—¿Le salió bronco?

—No, repara radios y televisiones.

Había otro viejo, ahí en Zuazua, no me acuerdo cómo se llamaba, pero nos hacía reír mucho porque se emborrachaba y cuando dejábamos de cantar un rato, de tocar, decía: "échense una pieza, hombre... aunque sea de pan".

En una ocasión, estando yo en Apodaca, andábamos empezando. Ya habíamos grabado en Estados Unidos. Ya le habíamos grabado aquí a Basilio, también. Llegó un tipo a la casa, chaparrito él, muy agradable ese señor. Y me dice:

—Oiga, ando buscando a Julián, hombre.

—Servidor y amigo.

—Pues, chingao, tenemos una hora de andarte buscando, hombre, porque yo les oí en la radio un corrido y quiero que me canten un rato.

—Pero se da el caso que no tengo los elementos aquí a la mano, hombre.

—Te doy dos horas, búscalos y los espero a la salida del pueblo, rumbo a Santa Rosa. Es más, la pachanga va a ser más al rato.

—Está bueno, oiga y ¿cómo dio con nosotros?

—No, pues hablé a la TKR y me dijo don Ramón Gómez Cuellar —un locutor— que aquí los podía hallar; pero no me dio calle ni nada; ya tengo mucho rato de andar preguntando por ustedes.

Se da el caso que nos vamos con Juanito —Juan Rodríguez Ochoa— le cantamos ahí en la pachanga y nos da mil ochocientos pesos: ¡una fortuna! Yo ganaba como doscientos en la compañía y de repente, por un rato de cantar, agarré seiscientos. ¡Seiscientos pesos! Yo dije: "No, pues aquí está la mina, está cabrón el zapapico y la pala allá". Y por eso me empecé a animar más. Y además era lo mío, me gustaba mucho cantar y la onda de andar en las giras. Todo eso me fue gustando más. Empezamos a trabajar mucho con Juanito. Resultó que él es un hombre mucho muy rico, de cuna humilde también. Tiene varias fábricas de implementos de equipos para mercados. Este hombre empezó afilando cuchillos en las calles hasta que logró hacer un emporio de empresas de tiendas. Todo eso a base de puro esfuerzo, y entonces nos empezó a dar trabajo. De repente nos hablaba:

—Muchachos: quiero que le canten a los obreros de la empresa fulana a la hora de la comida, cántenles una hora.

—Sí, cómo no—. Ahí le cantábamos.

—Muchachos, vénganse para acá, a mi oficina, cántenme un rato acá a mí.

Y así nos traía, a todo dar. Me acuerdo que se venció el contrato de El Treinta y Tres Bar y lo entregamos, igual que habíamos hecho con el Monos Bar, todo equipado. Lo rentas por uno o dos años y lo entregas con todo lo que tiene la cantina. Yo me acuerdo que de El Treinta y Tres Bar salía nada más para pasarla. En el Monos Bar teníamos que pagar la cerveza nosotros, de lo que ganábamos cantando, porque nosotros mismos nos la metíamos o la fiábamos. El día que lo entregamos, después de dos años, había cien mil pesos fiados. Ahí me dijo *La Chita*, el cantinero:

—Oye, déjame las notas, para cobrarlas.

—Pues si no me las quieren pagar a mí, güey, menos a ti.

Las rompí todas. Los locutores iban y se emborrachaban ahí, "órale cabrón, barra libre para todos los programadores y la chingada."

Le habíamos grabado un disquito a *Poncho* Villagómez, porque Basilio Villarreal se volvió a “equivocar” con nosotros. Dijo: “Muchachos, búsqúenle por otro lado, el material de ustedes está parado”. Entonces le grabamos a *Poncho* Villagómez un disquito sencillo con una canción que se llama *Me voy a donde nunca*. La grabamos con trompetas, violines y guitarras, otro tipo de música. Ahí fue donde *Chencho* Melchor, el programador de la XEBJB, que ya murió, lo empezó a mover y se agarró el disco, pero agarrado a morirse. Lo tocaban como quince veces diarias y de un día para otro, de un momento a otro, se dejó de oír, desapareció de programación la canción. *Chencho* Melchor iba a la cantina con todos sus amigos. Nunca le costó ni un centavo, les dábamos carne asada, ahí no había hambre ni miseria. “Órale, para todo el mundo, chingado”. Y me dijo:

—Hombre, estoy apenado con ustedes.

—¿Por qué *Chencho*?

—Pues es que tuve que quitar de programación la canción, hombre. Me vi obligado.

—No *Chencho*, es tu onda, por nosotros no hay problema, si no se puede...

—No, dijo, es que te voy a platicar la neta...

—Pues si quieres, no hay necesidad de que me digas.

—No, yo quiero desahogarme, ustedes son a toda madre. Es que me habló Basilio Villarreal, que la quitara de programación.

—Y bueno, ¿Basilio Villarreal es el dueño de la emisora o qué?

—No, es que él fue el que me regaló el carrito ése que traigo y él me ordenó que la quitara.

—Ah, no hay pedo, le dije yo. Perdóname, pero no te puedo regalar ni un pinche burro. Pero es tu onda.

El éxito estaba vendiendo discos, nosotros ya no volvimos a grabar con *Poncho* Villagómez. Basilio nos habló otra vez, a raíz del disco ése. Lo quitó de programación y nos habló a los dos o tres días: “Muchachos, me volví a equivocar con ustedes, grábenme un elepé en ese estilo que grabaron con *Poncho* Villagómez”. Y le volvimos a grabar otra vez y todavía en la

actualidad, cada vez que nos ve: “Muchachos, las puertas están abiertas, si quieren grabarme, vayan y grabamos”. No, pues ya no, le paramos porque tenemos otros compromisos.

Con la guitarra en la mano

Luis Aguirre fue de los primeros corridos que hice. Leí algo, ya hace muchos años, de un policía de Monterrey que fue a Matamoros a traer un reo y de ahí surgió la idea de hacer un corrido. El corrido de *Pistoleros famosos* lo hicieron popular Carlos y José. Ellos lo grabaron antes que nosotros. Me acuerdo que una vez, en una pachanga —afortunadamente estuve ahí para verlo— lo cantaron diez veces. A la gente le gustan las canciones a través del radio, ya después se las pide a los grupos. Es muy difícil que le guste así, de pronto. Hay otra señal que no falla nunca: cuando un niño empieza a cantar una canción o a tararearla es que es una canción popular, que se está oyendo mucho.

Luis Aguirre

Voy a cantar un corrido
que traigo dentro del alma;
es la historia de un amigo
que mataron a mansalva,
valiente y muy decidido
Luis Aguirre se llamaba.

Luisito se emborrachaba
cuando Francisco llegó,
ya sabía que lo buscaba
para llevarlo a prisión:
—Luisito, vengo a aprehenderte,
es una orden superior.

—¡Quítate de aquí, cachorro!
tienes mucho que aprender:
a disparar un revólver
y a que te ame una mujer,
apártate de mi vista,
yo no peleo pa' perder.

—Luisito, tú bien lo sabes
que yo soy hombre de ley.
He venido a Matamoros
pa' llevarte a Monterrey.
Si tú no vienes conmigo
yo solo no podré volver.

Francisco que hace el intento
de su pistola sacar
pero ya estaba bien muerto
antes del suelo tocar,
con un balazo en el pecho
no se volvió a levantar.

Luis Aguirre se descuida,
su confianza lo perdió,
con tres balas expansivas
junto a Francisco cayó,
en su delirio decía:
—¿Quién fue el que me disparó?

Murieron dos gallos finos.
No los volverán a ver;
uno de la policía,
el otro contra la ley.
Uno de Nuevo Laredo,
el otro de Monterrey.

Adiós revólver plateado,
mucho aprecio te tenía,
tenías mi nombre grabado
con letras de artesanía,
teniéndote aquí, a mi lado,
ni al gobierno le temía.

Cuando se hizo popular *Pistoleros famosos* resultaron cinco autores, entre ellos una mujer. Uno de ellos hacía presentaciones en Reynosa, Tamaulipas. Me documenté muy bien del de Reynosa y un día que estuve allá indagué dónde podría localizar a ese tipo, no con fines de pelear, ni nada. Nada más para decirle: “Óyeme, no la chingues, pues ¿cómo es posible? Me dijeron que iba al salón Monterrey, que era así y asá, se llamaba fulano de tal. Y me fui al salón Monterrey. Todo el día estuve ahí. No llegó, o tal vez sí. Me vio y no entró, o no sé.

Juan Villarreal me grabó *Las tres tumbas* dos veces, a la primera grabación le puso su nombre como autor, y la segunda vez, en otra marca, puso de autor a Juan Diego. Un día que lo vi, le dije:

—Oye Juanito, ¡no la chingues, hombre!, la próxima vez que grabes *Las tres tumbas*, por favor no le vayas a poner como autor Virgen de Guadalupe ¿cómo me voy a poner a pelear con esa señora?

Me dijo Juanito:

—Es un error de las discotecas.

—Pónle como quieras, mi corrido ya lo tengo registrado. Las editoras como quiera cobran. Luego, yo también puedo decir que *María Bonita* es mía, pero todos sabemos que es de Agustín Lara ¿verdad?

José también tuvo problemas con un tipo que le alegaba que él era el autor de *Pistoleros famosos*. “N'hombre, estás loco ¡quítate!, yo sé quién lo hizo”. Casi todos lo grabaron: *Gavilanes*, Rara, Ayala, muchos más. Indiscutiblemente que la versión de Carlo. José es la que se apega más a mi letra. Aunque ellos :

equivocaron, o lo hicieron deliberadamente. Desde un principio dice el corrido: "A todos los más valientes/ a traición los van matando". Así lo hice yo. Y Carlos y José dicen: "A traición los han matado". *Los Cadetes* tienen un error en el corrido de Ezequiel Rodríguez, dicen: "Le tiraron a Ezequiel". Y es: "Liquidaron a Ezequiel/ en los años del cuarenta". *Los Cadetes de Linares* cometen muchos errores en la dicción. Sucede siempre que, de un intérprete a otro, hay cambios, ya sea que no lo escuchan bien o no se lo aprenden bien.

El bayo cara blanca lo hice un poco para agradecerles a *Carlos* y *José*, que nos dieron la mano para empezar. Resulta que José me dice:

—Oye, hazme un corrido para mi caballo.

—Hombre, ni conozco tu caballo.

—Pues mira, es un caballo así y asá, y mamá y todos ahí lo queremos mucho.

Entonces escribo ese corrido *Bayo cara blanca* y menciono a José. Dicen que el corrido es de *Carlos* y *José*, pero todos los amigos sabemos que yo se lo hice.

Se da el caso que en China, Nuevo León, un amigo nuestro que le decíamos *Blanco* —ya murió, Dios lo tenga en paz— trajo del otro lado el disco, y lo tenía en la rocola de su cantina (¿sinfonola?, no sé cómo será correcto: rocola, sinfonola o radiola). Había un tipo que se iba a emborrachar ahí y nomás ese corrido estaba oyendo, hasta que lo rayó y *Blanco* fue a McAllen y trajo otro, y lo volvió a rayar. Rayó tres discos y un día *Blanco* le dijo:

—Oye, ¿por qué te gusta tanto ese corrido?

—No sé, pero me gusta mucho.

—¿Y no te gustaría conocer el caballo? ¿El meollo del asunto, de la historia?

—¿Dónde está el caballo?

—Pues está allá, en el ejido La Conquista, en la casa de José.

—Bueno, vamos a ver ese caballo.

Se fueron al ejido a conocer el caballo. Platicaba *Blanco* que llegaron ahí, a la casa de José, y ahí andaba el caballo en el corral; pero él lo buscaba.

—¿Dónde está el caballo?

—Ese es.

—¿Ese es el pinche caballo del corrido? Yo me imaginaba un cuaco, pero hermoso, un alazán.

—No, pues es alazán.

—Por eso, hombre, pero ése es un pinche ajolote. ¿Cómo es posible que ese sea el pinche caballo del corrido?

—Ese es, hombre.

No volvió a echarle ni un cinco a la pinche rocola, el bofo; jamás que él lo volviera a oír, no. Yo hice el corrido con lo que me platicó José. Y en realidad era moyote el pinche caballo charchino.

Asesino a sueldo es un corrido basado en la trayectoria de un personaje de aquí, de la frontera, llamado Generoso Garza Cano. Este hombre se dice que mataba por dinero. Entonces, yo deduzco que cuando estuvo con el general Anacleto Guerrero, de aquí de Nuevo León, lo tuvo mucho tiempo de guardaespaldas. En el corrido no doy nombres, pero doy la idea de que este hombre era un asesino a sueldo. De ahí la idea de hacer el corrido a Generoso Garza Cano. Lo mataron en Las Flores, Tamaulipas, bailando en la zona de tolerancia, debía diecisiete muertes.

Asesino a sueldo

—Usted dirá, general,
pa'los trompos son las cuerdas,
sé que me mandó llamar
pa' liquidar unas deudas,
usted paga por matar
y yo le paso la cuenta.

—Me estorba Liborio Cano
y también José Perales,

uno lo encuentras en Bravo
el otro vive en Linares,
de ahí te vas a Cerralvo
a matar a Carrizales.

—¿Los quiere a la luz del día
o con mucha discreción?
Será como usted lo quiera,
si prefiere la traición,
siendo muy buena la paga
no importa la situación.

Liborio andaba en el campo,
levantando su cosecha,
cuando llegó el gatillero
montado en su camioneta
y luego luego se oyeron
disparos de metralleta.

En las calles principales
de la ciudad de Linares
la gente vio agonizar
también a José Perales,
nada más uno le faltaba:
el llamado Carrizales.

—Vengo a matar a tu padre,
así dijo el gatillero,
el niño no era cobarde
y lo sorprendió primero,
lo fusiló con su máuser
y cinco balas de acero.

Lo mataron a traición, lógicamente, porque derecho no lo hubieran matado. Era un muchacho, un chamaco, el que lo mató,

porque Generoso le había matado a su padre. En el corrido me salgo un poco de la idea en sí, cambié la situación, tal vez por no meterme en honduras. Yo simpatizo con la gente que se juega la vida, que se la rifa. Aunque yo sé que andan al margen de la ley ¿verdad? Pero no sé, es que soy parte del pueblo y simpatizo con los bandidos. Y así ha sido siempre, y creo que así seguirá siendo el pueblo.

El corrido aquél de *Dos cruces*, lo hice inspirado en un duelo a caballo por las ranherías por el lado de Linares, Nuevo León. Hace unos ocho años salió en el periódico, me gustó mucho la idea de hacer el corrido basado en esa situación de dos tipos que se encontraron a caballo en el Camino Real y se mataron a balazos.

Otra vez estábamos Luis y yo en una cantina nuestra, cuando nos iniciábamos como cantantes. Un día, dos ancianitos estaban ahí platicando y me interesé mucho en su plática. Dos viejos muy simpáticos, típicamente nortños. Estaban platicando de dos familias que se exterminaron unos con otros acá por el municipio de China, Nuevo León. No me acuerdo, no sé qué familias fueron. Y decían los viejitos:

—No, se acabaron unos con otros.

—¿Entonces nomás las mujeres quedan?

—Sí, nomás las puras viejas quedaron.

De ahí nació el corrido *Nomás las mujeres quedan* y la película *Tierra de rencores*. Así es como han surgido las ideas de algunos corridos, de pláticas, me entero de alguna situación, me gusta y le hago el corrido. Como el de *La fuga de Sinaloa*, totalmente apegada a los hechos.

El otro día vino un tipo de aquí de Marín, y me dice:

—Oye, quiero que le hagas un corrido a mi padre.

—Sí hombre, cómo no. ¿Qué historia tiene?

—No, pues aquí está: era talabartero, tenía un caballo y cosas de ésas.

—Oye, pero no hay dónde agarrarme para hacer un corrido, no hay argumento.

—Oye, ¿te sirven de argumento unos dos mil dólares?

—Sí, ¡es muy buen argumento!

—Bueno, aquí están mil.

Entonces, como quiera acomodé el corrido, y se llama *El talabartero*. Me dio mil dólares y el día que ya lo compuse y lo montamos se lo grabé en un casetito y lo llamé. Me dio otros mil dólares. En realidad no tenía nada, nada más que yo le agregué cosas ahí. Le gustó, quedó encantadísimo. Lo que no le gustó fue que él quería que saliera el disco sencillo. Cada grabación profesional tiene un sencillo. Y me habló de Chicago, que qué pasaba con el sencillo. “Oye, yo te prometí que te lo íbamos a grabar, más no te dije que iba a salir en sencillo. No, si quieres promocionar tienes que comprar todo el casete o todo el disco”. Sencillo salen dos canciones nada más, y desgraciadamente *El talabartero* no lo escogieron para el sencillo.

De los míos, en la actualidad *Asesino a sueldo* es el que más pide la gente. Acabo de componer uno que se llama *El trailero feliz*. Ese corrido, no porque yo lo haya hecho, pero va a ser un madrazo. Tiene detalles cómicos. Lo hice en partes. Cada vez que pasamos el Espinazo del Diablo, o sea la sierra de Durango —yo le tengo mucho miedo a esa sierra— para salir de la tensión de ir ahí en la montaña empecé como jugando a decir:

Yo subo y bajo la sierra,
esa sierra de Durango,
las curvas yo me como
bailando un huapango:
el Espinazo del Diablo
a mí me viene muy guango.

Es el estribillo del corrido que grabamos, y yo sé que le va a gustar a la gente, porque se ríe con ese detalle del “El Espinazo del Diablo/a mí me viene muy guango”. Está muy bonito el corrido. Cada composición que tengo tiene su historia. Una situación como el huracán Gilberto es ave de paso. No me llama la atención hacer

un corrido así, porque en estos casos siempre salen quince o veinte corridos de la misma situación.

Yo hago un verso y lo escribo o me lo memorizo, y después hago un corrido completo. Buscando papeles, ahí en la casa, una vez salieron como tres o cuatro que escribí hace mucho tiempo. Uno de ellos se llama *La historia del contrabando*. Es grande y no tiene fin, es un corrido que hice hace años, no le puse música y ahí está la letra, nada más falta ponerle música. He hecho muchos que dejo empezados, los escribo y no termino. Mi mujer los ha guardado. Algunas cosas, de repente, me las encuentro y digo: “Está bien, voy a terminarla”. Así han sido muchos corridos que escribo.

Nunca surge la música primero. Pueden surgir las dos cosas al mismo tiempo, la letra y la música. Si ahorita compongo un corrido y le compongo música a la vez, se me olvida si no lo grabo. Se olvida por tanto detalle que traigo en la cabeza. Cuando hice *Pistoleros famosos*, no tenía más en qué pensar ahí donde trabajaba, y los versos que componía los iba componiendo y se me quedaban. Algunas veces se da el caso que los corrijo a la hora de grabarlos, ya sea que no pronunciamos bien o sentimos que otra palabra se da más fuerte a la hora de registrarlo en la grabación. *La venganza de María*, tal y como la hice, así es de principio a fin. Ese corrido lo hice en media hora. Lo escribí con la guitarra en la mano, primero los versos y luego agarré la guitarra y quedó. Para hacer un corrido hay algo que he oído o leído. Primero encuentro la idea, se me clava en la cabeza y traigo esa idea: “Puedo hacer algo aquí, puedo realizar un corrido o una canción”. A veces la idea se me va, no hallo nada; pero hay veces que me propongo: “Voy a hacer esto” y lo hago.

He hecho muchas cosas que se han quedado comenzadas. Muchas veces traigo la idea, la ando madurando, ando haciendo otras cosas y ando pensando; mi problema es empezar. Ya empezando no paro hasta que termino. Si estoy escribiendo, no falta que me hablen o haya un detalle, que me tenga que ir, y ya no la hice; pero si he tenido el tiempo de terminar eso lo hubiera

hecho. Por eso han quedado esas cosas comenzadas. No hubo el tiempo. Yo debo estar totalmente en silencio. Si escucho música ya me desvié la atención, ya no la hago. Por ejemplo, si un radio está sonando ahí cerca, si oigo pláticas o cosas, ya no hago nada. Por eso es mi ilusión venir a vivir aquí en esta quinta, afuera de Monterrey, aquí yo voy a hacer lo que se me antoje, pues es muy tranquila.

Creo que es más práctico escribir primero la letra y luego la música, te quitas el problema de estar tarareando y te dedicas nada más a componer los versos. Escribir versos es muy fácil, cualquiera los puede hacer, el problema es la música; tratar de que sea original, que no se parezca a otra. Versos, a lo mejor muchos pueden tener talento para hacerlos, hacerlos con todo y música es el problema.

Yo me dedico a dar el primer paso, que es la letra, y a tratar de encajarle una melodía que le quede. Empiezo a rascarle a la guitarra y a tararear lo que le pueda quedar ahí a la primera estrofa, la primera letra del verso. Acomodo la melodía a los dos primeros versos y luego busco pasar a tercera para el estribillo, para que no sea lisa. Hay corridos que no tienen estribillo, *Pistoleros famosos* es uno de ellos. En realidad se dice que son los verdaderos corridos, los que no tienen esribillo. Y así como se canta un verso, se cantan todos. Para evitar la monotonía, el sonsonete de los versos, ya con el estribillo, pasando a tercera, hay cierto cambio.

Muchas veces se ha dado el caso de que tengo que hacer arreglos para cuadrar bien las palabras. Debe haber habido muchos que les cambié una palabra a la rima, para no acentuar. Hay veces que, de acuerdo a la melodía, tienes que decir una palabra mal. Aunque, de acuerdo a la ley de autor, los compositores son los únicos que pueden acentuar y desacentuar una palabra. No hay problema, por decir, papá sin acento o papá. A veces para que se entienda mejor se le cambia una palabra. A *El trailero feliz* le hice un arreglo porque tenía los versos sin repetición, pero me gustó terminar el verso repitiendo. El primer verso dice:

A mí no me hablen de trailers
porque en un trailer nací;
las lecciones de mi padre,
de niño las aprendí.
A mí no me hablen de trailers
porque en un trailer nací.

Así termina el verso, lo cambié. No me acuerdo cómo decían los finales; pero con esa repetición suena más a corrido, repitiendo primero lo que dices al final. Es muy difícil hacer algo que no tenga cierto parecido con otra cosa ya realizada. En algo se puede parecer a otra composición, en cualquier nota, en la música; pero no importa, no importa que se llegue a parecer en alguna nota, o dos, a otro corrido. Mientras no sea exactamente igual. Parece ser que, de acuerdo a la ley de autor, te puedes robar no sé cuantas notas. Yo siempre he tratado de que sean cien por ciento originales las melodías.

Un verso puede ser de cuatro líneas o de seis, yo estoy acostumbrado a hacerlos de seis líneas. Los más antiguos, los más populares, son de cuatro líneas. Yo hago de seis casi todos mis versos porque puedo explicar más, decir más cosas. Hay cosas muy trilladas. Por ejemplo, dar fechas: "Año de mil novecientos". Yo pienso que hay que ir directamente al grano y las fechas, muchas veces, salen sobrando. Tú di lo que quieras decir, sin mencionar fechas. Al menos así pienso. Respetando lo que se ha hecho. Autores de los primeros corridos siempre iniciaban con las fechas y luego que "vuela, vuela palomita", o "ya con ésta me despidió", "si tú no me quieres yo sí te quiero". Si se les cambia el orden de los versos, pues no hay orden. Muchos los cambian inocentemente; los intérpretes, porque no los han escuchado bien, no se los han aprendido, entonces aplican cualquier verso en cualquier lugar.

Los corridos siempre son de violencia, casi siempre hablan de tragedia y las canciones hablan de otro tema. Incluso yo he compuesto muy pocas. La mayor parte son corridos. No me gustan

mucho las canciones, me gustan más los corridos. La melodía de un corrido no es igual a la de una canción.

Los corridos son más comerciales que las canciones. Los corridos nunca pasan de moda y las canciones sí. Hay éxitos de intérpretes como *El chubasco* de Carlos y José. Ese ya pasó de moda, ése ya nadie lo quiere oír, se choteó. En cambio *Las tres tumbas* que ellos también interpretan, cada rato la piden, la siguen cantando siempre. No sé, los corridos no se chotean, no pasan de moda nunca. Y no falta algún lugar que alguien te pida: "Oye, échate Rosita Alvarez". Lo primero que le dice uno: "No, no la sé". Y en realidad no la sabemos, pero no pasan de moda. No me acuerdo que me hayan pedido el *Corrido de Alonso*; pero sí te los pide la gente, pónle que a nosotros no, pero en las cantinas donde andan taloneando, como se dice vulgarmente, los músicos, ahí cantan todos esos corridos.

La venganza de Alonso

Alonso fue pa'Texas
en compañía de su madre,
luego regresó a su patria,
para vengar a su padre.

Ya cuando vino de Texas
de pistola y carrillera:
—Ahora sí se compondrán
pelados de tierra fuera.

El general Margarito
a Alonso mandó llamar
a la cantina'e Santiago
para ahí conferenciar.

Luego que se saludaron
forcejearon un ratito,
de dos balazos mató
al general Margarito.

—Pues ahora sí comerciantes,
a trabajar con esmero,
ya les maté a Margarito
que les quitaba el dinero.

Luego que ya lo mató
le dio un puntapié en el pecho:
—Así se matan los hombres,
hablándose por derecho.

Enfrente de la cantina
estaba una barbería,
mataron a Margarito
por muertes que ya debía.

Decía una tía de Alonso:
—Hijo, no andes sobre mano,
ya mataste a Margarito
hoy cuídate de su hermano.

Y le contesta Alonso
—Tía no tengas cuidado,
cuando voy a la estación
ando muy bien preparado.

El domingo en la mañana
Alonso salió pa'Texas
—Yo ya les corté el panal,
ahí les dejo las abejas.

Hay un corrido mucho muy popular aquí, que se canta siempre: *El subteniente de Linares*. En donde andan los músicos taloneando, lo cantan mucho. Y grabado no funciona, nomás no jala. Nosotros lo hemos grabado, también *Los Invasores*. Yo no me he dado cuenta que alguien lo pida a la radio o que alguien lo eche en una rocola para escucharlo, pero si llega un conjunto aquí, por decir, no falta quien diga: “Oye, échate *El subteniente de Linares*, porque les gusta oír en vivo, y en disco no.

El subteniente de Linares

En el pueblo de Linares
serían más o menos
cinco de la tarde,
cuando murió un subteniente
por un comandante miedoso y cobarde.

En la cantina El dos de oros
tomaba Gabriel
con el subteniente,
cuando llegó el comandante
pidiéndole su arma
con dos de su gente.

—Mire señor comandante
yo traigo pistola
y estoy amparado
y traigo mi porte de armas
y puedo cargarla
por todo el estado.

Lo agarran de los brazos
porque al comandante
lo “traiba” de encargo,
por eso lo andaba espiando

buscando el momento
de poder matarlo.

—Luego que ya lo mataron
montaron su carro,
se van a palacio,
diciéndole a los empleados:
—Si vienen soldados
les dan de balazos.

La policía de Linares
cumpliendo esa orden
parecía un infierno
con sus ametralladoras,
disparan sus armas
retando al gobierno.

Sale el padre de la iglesia:
—Soldados valientes
detengan el fuego.
—¡Quítese usted padrecito!
pero estos infieles
no han matado un perro.

Vuela, vuela, palomita
tú que andas volando
llevando recados,
adiós todos mis amigos;
también mis hermanos,
mis fieles soldados.

El corrido de *Emilio González* se prohibió ahí, en la región, porque fue una cobardía la que hizo el tipo ése; en el corrido lo quieren hacer héroe, y es todo lo contrario. Yo nada más lo oí con unos intérpretes que lo grabaron, *Los Alegres de Terán*.

Emilio González

El día veintidós de enero
Emilio andaba tomando,
gritando y echando habladas,
la policía insultando.

Comandante y compañeros
así fueron desfilando,
a ver a Emilio González
que andaba escandalizando.

Cuando Don Pedro llegó
—Emilio, pórtate bien,
que soy la autoridad
y cumplo con mi deber.

Emilio siguió tirando,
Don Pedro se regresó,
Emilio abrió las persianas
y con los dos terminó.

Emilio salió pa' fuera
con su pistola en la mano,
buscando más policías
para seguirlos matando.

Toda la gente azorada
de ver lo que Emilio hacía,
pero nadie salió al frente
porque resuelto venía.

Ya con esta me despido,
es muy triste recordar,
la policía de China
se acaba de terminar.

Como treinta Martas

Ya cuando empecé a componer corridos, me hice muy amigo de mi compadre Carlos, él me grabó los primeros. Mi compadre tenía una novia en Zuazua, y un día vamos a Zuazua, mi compadre y yo, y llegamos al restaurante que está en medio de la plaza y llega un atajo de güercas, muy guapas todas. Eran como unas cinco o seis, y se sientan con nosotros. Y mi compadre Carlos se aparta con una de ellas, con la novia de él, se fue a un rincón y me dejó ahí con las otras. No, pues ahí me empiezan a interrogar:

—¿Y cuántos hijos tienes?

—No, tengo seis.

¿Y qué haces?

—Nada, vengo acompañando a Carlos.

Y Marta era la más interesada en hacerme preguntas. Total, pasó ese pedo, nos venimos mi compadre y yo. Y otro día, está mi compadre ahí en la casa, en Apodaca:

—Oye compadre, Marta quiere que vayas.

—¿A dónde?

—Pues a Zuazua.

—Pero yo le dije que estoy casado.

—No, dice que no le importa.

—Ah, bueno, vamos.

Fuimos con mi compadre Carlos, llegamos a la cantina. Ellas iban a llegar al rato, a rondar por ahí por la piquera, y las íbamos a ver. Y así fue. Se fueron Carlos y su novia; y yo, a mi compadre, le pido la troca. “Pues ten la troca”. Ya fui, la subí al techo del mueble, una Dodge roja, y ahí empezó el romance cabrón. Y luego luego, esa noche me acosté con ella. Era muy guapa. Era un pecho, una chulada de mujer.

Las piernas más hermosas que yo he visto en mi vida son las de Marta. ¡Qué bruto, qué bruto. Cómo la amaba! Sí, pues yo empecé a ir a verla. Y lo que sufría yo, porque cuando iba con Carlos, pues en la camioneta de él; pero cuando yo solo iba a ver a aquélla, ¿pues en qué? Ahí ando como pendejo buscando un carro, una troca, que me la prestara alguien para poderla ver. Y hasta el tronco con la mujer, ¡hijo de su chingada! cómo sufría yo para hacer el sexo con ella; en la troca, en el monte, donde quiera andábamos. En la que me vi la primera vez para acostarme con ella, no fue muy fácil. ¡Pero cabrón, cómo llegué a quererla!

Una vez íbamos pasando por la plaza, y tenían una canción de *Los Cachorros* en la rocola de la cantina. Me dice ella:

—Oye, qué bonita canción ésa, Julián.

—Sí, es bonita.

—Quisiera oír más cerquita.

—Necesitamos entrar a la pinche cantina.

—Vamos.

—¿Hasta la cantina, Marta?

—Sí, entra, yo voy contigo.

—Yo voy no nomás a la cantina, adonde tú quieras, ya sabes.

—Pues, vamos a la cantina.

Y entramos a la cantina. Estaba *Beto El Cabezón* solo, y se asustó:

—Oye, ¿qué pasa?

—Nada, ponle una cerveza, güey.

—Oye, pero ¿Marta aquí?

—Sí, ponle, se va a tomar una o dos. Viene a oír la canción.

Ahí estuvo, oyó dos, tres veces la canción. Y entonces yo fui el que dije: vámonos. A mí también me daba miedo ese pedo. Hasta que un buen día me dijo:

—Sabes qué, me voy a casar, contigo no la voy hacer nunca.

—No, pues, estás haciendo tiempo conmigo.

—Anda un muchacho pretendiéndome ahí, me dijo que se quiere casar conmigo.

—Cásate.

Después de dos años se casó. Yo quedé muy dolido. Un día, borracho, dije: “Yo voy a dar una serenata a Marta. Chingue a su madre que tenga marido, que agarre el mosquete”. Paro un grupo de música norteña en Guadalupe. “Vámonos”, y llegamos. “Échenle”. La canción se llama *Ahora vengo a verte*. Empezó la música: “Ahora vengo a verte/ya sé que ya no me amas”. Y por la ventana vi que el tipo se vino directamente a la puerta. Pero vi que también ella se atravesó por la ventana y ya no pasó nada. El tipo no alcanzó a salir, me supongo que ella se le colgó del cuello. Y terminé la canción y dije: “Pues ni modo”. Nomás cantaron esa canción. Todavía debe vivir ahí, incluso hay rumores de que quedó embarazada. Pero no se puede estar seguro de nada, no tengo la confianza para indagar eso. Bueno, una chava que tenía las piernas más hermosas del mundo, yo creo que de campeonato. Sin ofender a nadie pero yo pienso que el nombre de Marta significa algo para la mujer. Se da el caso que yo me he acostado como con unas treinta viejas que se llaman Marta.

Homero Guerrero. Yo me acuerdo que Homero Guerrero, cualquier problema que tenía, luego luego venía conmigo:

—Oye Julián, me pasa esto, cómo ves esto, ayúdame, dame un consejo o dime cómo le hago. Pues ya más o menos le decía yo: “Pues yo creo esto, que está mejor así, hazlo así”. Y tenía otro detalle, que todas las semanas, nada más estando aquí, me hablaba:

—Oye Julián, vamos con las mujeres, hombre.

O sea a los negocios, ellos andaban jalando muy bien y nosotros acá abajo, abajo chingado, y:

—No hombre, pues no, no tengo dinero, hombre.

—Y sacaba la cartera:

—Agarra lo que quieras, Julián.

—No, no, no es posible, pues cómo voy a agarrar, Homero. Bueno pues, vamos y tú pagas ultimadamente. Pero era devoción, semana por semana. Nomás estando aquí en Monterrey le gustaba invitarme a mí; íbamos a todos los mejores negocios de mujeres,

¡y órale! Me acuerdo que una noche gastó treinta mil pesos, que en ese tiempo era un chingo de dinero. Una deferencia para mí.

Normalmente después de la fiesta, del baile, vamos a cenar a algún lugar porque la gente nos invita. Tuve una experiencia, una vez, por no saber bailar. Estábamos en San Vicente, cerca de Cerralvo, y tocaron una cumbia. Y viene una chamaca, muy hermosa, muy bonita, y me dice: "oiga, yo quiero bailar con usted". Yo, pues no sé bailar. Hay que mover los pies y los pies no me obedecen al ritmo. Le dije: "Pues no sé m'hija, discúlpame". Y se fue la chamaca muy avergonzada. Y a mí se me olvidó. Otro día, todavía teníamos la cantina El Monos: "Una llamada para Julián":

—¿Qué pasó?

—¿Se acuerda de la muchacha de anoche que fue y que quería bailar con usted.

—Sí, ¿cómo está?

—Muy bien, nada más quiero decirle que usted es un pedante, un engreído.

Bueno, me estuvo echando papas. Yo la dejé que se desahogara. "Usted es esto, es lo otro, se cree mucho y es más, no tiene personalidad, no tiene nada". Yo la dejé.

—Pues todo viene a raíz de que no sé bailar, m'hija, de veras.

—No es posible que usted siendo músico no sepa bailar.

—Pues no sé, aunque no quieras creer, no sé bailar. Y no creas que lo hice por descortés. No, no, sí me agradas mucho, me caíste muy bien; pero no sé bailar.

—Pues ya le digo lo que es usted: un pedante, un engreído, y un valedor de...

Nada más le faltó echarme madres. Y yo creo que esta chamaca, o de coraje o de venganza, no sé, se entregó con Rocha, el del bajo sexto. Y aquél estuvo acostándose con ella como dos años.

No pasaron muchos días antes de que fuéramos a amenizar una fiesta de una fábrica en la presa de La Boca. No me acuerdo qué compañía hizo una fiesta allá a los empleados. Nos hablaron para

que fuéramos a cantarles. Luego luego, se paró una güercona ahí, grandota, a nombrarme. "Oiga, yo quiero bailar con usted". Chingado, las mujeres se imaginan que sé bailar muy bien. Y le digo:

—Mira, no sé bailar, pero vamos, te voy a pisar toda, pero no sé bailar.

—¿Pero cómo es posible que no sepa bailar?

—No sé, pero vamos, ándale porque no quiero que me pase una bronca que me acaba de pasar. Y bailé con ella una pieza. No, el ritmo caliente, movido, no lo agarro. Una pieza corridita sí. Una redova sí la puedo bailar; pero ya de ritmo, así, caliente, no, ni madre. Me quedo parado.

Empezamos a hacer giritas

Empezamos a trabajar, a intentar vivir de la música. Nos fuimos con una prima hermana mía que tiene teléfono. A nosotros nos urgía un teléfono para que nos llamaran ahí los posibles clientes. Necesitábamos que un bajista se uniera con nosotros de planta, alguien que tocara el bajo sexto. Ya teníamos a Javier, pero para la grabación nos habían ayudado compañeros, así, improvisados. Como ya estábamos intentando organizar el grupo, necesitábamos a alguien que se viniera a trabajar de planta con nosotros. Entonces pensamos en Rocha, un buen bajista, buen compañero. Tiene muchas cualidades. Nos fuimos allá, a Los Caminantes, un bar donde se reunían muchos músicos. Ahí lo encontramos y lo invité. Le dije:

—Oye, fíjate que andamos intentando hacer un grupo y pues te vemos como compañero, y queremos que vengas a darnos la mano.

—Yo me voy con ustedes.

Y traía el pelo largo, me acuerdo, hasta la cintura.

—Ahí te espero mañana, pero te cortas el pelo, güey.

—N'hombre, pues no.

—Te cortas el pelo.

Sí, al otro día ya llevaba el pelo corto, llevaba su bajo, un bajo mucho muy peloteado. Parecía cajón de bolear, todo parchado y la chingada.

—Oye ¿este pinche bajo qué?

—No, es el que tengo.

Iba pasando un chamaco ahí, muy aficionado a la música. *El Pollo* le decíamos al chavo. Le digo:

—*Pollo*, ven para acá, a ti te ha gustado siempre ser músico...

—Sí, sí, yo quiero ser un bajista como Tomás Ortiz.

—Bueno, pues te regalo un bajo.

—Pero ¿cómo?

—Sí, es tuyo, llévatelo para tu casa.

—Pero, ¿me lo regalas?

—Sí, hombre, agárralo, vete.

Y dice Rocha:

—Espérate, pues yo en qué leo, ¿cómo le voy a hacer yo?

—Tú espérate, el pinche bajo no sirve, hombre.

—Pues ¿cómo no? de perdida la maquinaria está muy buena.

—No, no, no, déjalo que se lo lleve *El Pollo*.

Y que arranca *El Pollo* para su casa con el bajo sexto. Y dijo Rocha:

—Y bueno, ¿ahora qué?

—No hombre, vente.

Yo había visto con Basilio Villarreal, en la discoteca, que tenía unos bajos muy buenos. Ya teníamos confianza, porque ya le habíamos grabado el primer elepé. Le dije:

Oiga señor Villarreal, quiero que me fíe un bajo. ¿Me lo fía? No tengo dinero.

—Sí, Julián, cómo no, ¿cuál quieres?

Entonces le dije a Rocha:

—¿Cuál te gusta?

—No, pues ése, ¡están buenos!

—Pues ahí está, hombre.

Empezamos a echarle ganas al asunto. Fue triste el fin que tuvo ese bajo. Estábamos jalando, en pleno trabajo, que se agarran a

chingazos Javier y Rocha. Afortunadamente era una cantina, no había familias. Aventaron cada quien el instrumento para un lado y que se agarran a chingazos. Y fue tan rápido, tan violento, que no pudimos evitar que se echaran chingazos por un ratito. Javier lo sentó, cayó Rocha arriba del bajo y lo hizo cagada. Le dije:

—Pues ahora sí güey, quedaste como el que chingó a su madre. ¿Ahora quién nos va a fiar, güey? ¿Quién chingados nos va a fiar otro bajo?

Empezamos a batallar por eso del bajo. Un músico, Arturo Zavala, nos vendió uno en mil quinientos pesos. Muy buen bajo, duró con nosotros hasta que Rocha, después de ocho años, se apartó de nosotros. Me dijo:

—Ya no quiero trabajar con ustedes.

—Bueno, ¿por qué, güey?

—No sé, tengo ocho años ya con ustedes, quiero intentar hacer mi grupo.

—Está bueno.

—Nomás quiero que me prestes el bajo.

—No, no te lo presto, te lo regalo. Llévatelo, le dije, pero no te vayas, hombre.

—No, sí ya lo tengo decidido.

—Ah bueno, pues es tu pedo.

Y se fue, le regalé el bajo. Ya para esto valía como veinte mil pesos el bajo. No, mucho más, como trescientos o cuatrocientos mil pesos yo creo. Un bajo mucho muy fino, que nos había costado mil quinientos pesos en aquella época.

No deja de ser feo un pleito de mujeres. Estando en la casa, acababa de llegar de una gira y por no sé qué motivos se agarran a discutir dos vecinas mías. Y entonces la de enfrente le dice a mi vecina de enseguida:

—¡Eres una puta. Eres la puta de la cuadra!

—¡Sí, ya me acosté con todos los hombres de esta cuadra, menos con el tuyo porque es joto!

Imagínense ustedes el desmadre que se hizo esa ocasión.

Nos decían judiciales, *Los Judiciales*. Ese fue un locutor, don Raulito Ramírez, locutor de la XET. Tenía un programa en la noche y en algunas ocasiones fuimos Luis y yo a, pos a entrevista, ahí, a cotorrear y poner discos de nosotros en la XET. Y el señor dijo, esa ocasión, la primera vez, cuando nos conoció, dijo: “Ustedes no parecen cantantes, parecen judiciales, tienen más tipo de policías que de intérpretes”. Y por eso dieron de llamarnos *Los Judiciales*. Pero sí, cómo no, pues toda la policía, los judiciales, y máximo los del norte, que les gusta la música norteña, son amigos de nosotros. Les hemos cantado muchas veces. Hasta la Federal de Caminos. Una ocasión colaboramos con la policía para los juguetes de sus niños de ellos, de la Navidad. Me acuerdo que esa ocasión vino *Chelelo*. Y muchas veces que hemos estado cantándole a la policía ¿no? Pues sí, hubo un concurso en la TKR, de “Corrido a mi pueblo”, algo así. Luis hizo un corrido que se llama *Corrido a la Villa*, que entonces todavía era Villa, creo. Hasta hace poco tiempo fue ciudad. Tiene facilidad para trabar y componer. Pero no es onda muy de él eso; tiene unas cinco, seis composiciones nomás. Participamos sin pena ni gloria ¿no? Pero ahí ya nos dimos a conocer, digo, nos empezaron a tocar ahí en la TKR. No lo ganamos, ganaron otras gentes, pero nos sirvió mucho. *Chencho* Gorcholo el programador, Rogelio García Rangel el locutor, empezamos a hacer amistades con ellos, amistad y ya. Incluso después del concurso seguían poniendo el corrido. Debe haber sido a fines del setenta y dos.

Trabajamos mucho por aquí en General Terán, Montemorelos, toda esa región de Allende, Nuevo León. A principios, cada vez que íbamos se venía una tormenta de poca madre, una cosa que se puede decir como mala suerte para nosotros. Ya nos parecíamos a San Isidro Labrador. Llegaban Luis y Julián y se desataba un pelotón de agua, pero pendejo, por toda la región. Estaba meses sin llover, nada más llegábamos nosotros a jalar, y en la madre, allá viene el agua, ¡hijo de la chingada!

“Me la van a cantar tres veces”

Agarramos la cantina del Monos Bar y la tuvimos durante dos años. Me acuerdo que llegó un tipo de por allá de un lugar que se llama Ejido Amaro, municipio de Doctor Arroyo, y dijo: “Oye muchacho, los necesito allá para un bailongo, allá en el Ejido Amaro”. Ya nos dijo cómo llegar porque estaba poco accesible el ejido. Total, nos dimos maña para llegar. Muy atentos los del ejido, nos llevaron a cenar, se llegó la hora de trabajar y vimos que se empezó a reunir la gente. Era un escándalo de gente, de muy pocas mujeres y muchos hombres. Tienen el sistema de que, en cada pieza, sientan la bailadora y, al empezar otra pieza, el que llega primero donde está la muchacha es el que la levanta. Podía haber unos dos mil pelados y unas cien mujeres nada más. Así que era un desmadre ahí, en el baile ése. Siempre se siente temor, el “¿cómo nos irán a tratar aquí estos cabrones?” Observé que alguien andaba ahí con unos rifles terciados y pensé: “No, pues hay ley, está bien”. Y la supuesta ley que yo había visto temprano, que andaban con sus manos en bandolera, terciados, ya de rato los vi con las carabinas en rastra, bien mandados los güeyes, bien pedos. Dije: “Hijos de la chingada, pues si esta es la ley, ¿qué nos va a proteger aquí?”

Conforme empezó a transcurrir el festejo, se acerca un tipo y saca la pistola y me amenaza, y dice:

—Tócame *El bayo de cara blanca*.

—Está bueno, pero guarde el arma, no hay necesidad.

—No, es que me la va a cantar tres veces, si no me lo empino aquí, cabrón, me lo chingo.

Le cantamos tres veces seguidas el corrido y afortunadamente se fue el tipo. Guardó el arma y se fue. Pero mal se fue cuando llega otro. Se acerca y saca el arma. Dijo: “Orale cabrón, cánteme *Las tres tumbas*, porque si no aquí se queda”. Se la volví a cantar tres veces al güey ése. Entonces, en un momento dado, así cerquita de nosotros, dos tipos se agarran de la mano izquierda, uno y otro. Agarrados sacan las armas y empiezan a brincar como saltamontes

los cabrones, dispare y dispare uno y otro. ¡Y nunca se dieron ni un tiro ni le dieron a ninguna otra persona! Nada más a un niño que estaba junto a nosotros, viéndonos cantar, le dieron un balazo en el pecho y lo tumbaron. Lo que no me explico, ¿por qué no le dieron a otra gente? siendo que se descargaron las dos pistolas los cabrones y no se hicieron nada.

Cayó el niño, bañado en sangre ahí, y yo pensé: “Esto ya se acabó”. En realidad teníamos miedo, al caer el niño herido dejamos de cantar. Pensé: “Esto no puede proseguir, esto ya se acabó”, el niño muriéndose ahí. Llegó la madre del niño y la gritaría y la chingada. Y luego llegó el tipo que nos había contratado. Llega y dice:

—¿Qué pasó? ¿por qué le paran?

—No, ¿pues no ves?

—No, no, no, ni madre. Ustedes tienen contrato hasta las dos de la mañana, échenle chingazos, hasta las dos de la mañana.

—Oye, pero el niño...

—Me vale madre, 'orita se lo llevan, hombre ¡échenle!

¡Hijo de su chingada!, pues ahí estábamos. A las meras dos de la mañana paramos. Y le digo a la raza:

—Orale, a cargar hechos madre todo el equipaje.

¿Y Luis? Luis, pues ¡chingado!, Luis es muy tragón.

Dijo:

—Oye, traigo mucha hambre, a ver quién nos da algo.

—¡Cállate, cagada! ¡Este güey! ¿Y sí se le pone a un baboso de éstos?, aquí nos tiene cantando un mes con la pistola en la mano.

¿No ves la situación, hombre? ¡Súbete, vámonos a la chingada!

Salimos y se nos atravesó una señora. La madre del niño, que se lo lleváramos a Matehuala. Dijimos: “No, señora, no podemos, tenemos un compromiso en Reynosa y no podemos. Pero aquí hay dinero”. Le dejamos dinero. “Busque alguien que la lleve. Aquí con este dinero tiene y le sobra”.

Llegamos a cumplir compromisos en Reynosa: unas carreras de caballos allá en El Cahuachal, cerca de Matamoros. Nos llevó mi tocayo Julio Ochoa, era el que nos había contratado. Al poco

tiempo, llega el mismo tipo del Ejido Amaro a la cantina, el que antes nos había contratado, y dice: “Muchachos, nadie quiere ir para allá y vengo otra vez por ustedes”. Le digo: “¿Qué qué qué? No amigo, amanse primero a la pinche indiada que tiene allá, hombre. Por ahí por su tierra yo no quiero pasar ni en avión. ¿Quién chingados va a cantar allá con esa situación, hombre? No va nadie, necesita llevar un pelotón de soldados para que le cuide ahí. ¿Qué no se da cuenta, si hasta usted se me puso al pedo porque le paré de cantar cuando tumbaron al niño! No, no, haga favor de irse, no lo quiero volver a ver nunca en la vida.”

Es la única parte donde nos han tratado mal. De ahí para allá donde quiera que nos hemos parado nos han colmado de atenciones. Nos hemos hecho de muchas amistades. Desgraciadamente, nada más ahí, en el Ejido Amaro, nos trataron en esa forma. Un detalle lamentable porque uno va a tratar de divertirlos, de complacerlos. Imagínate tú que te amenace un cabrón con la pistola y se va, y luego viene otro y la misma situación. Oye, está cabrón, mejor así lo dejamos.

Donde quiera que nos paramos, poco a poco, el público nos fue dando un lugar que no merecemos. El público es el que hace y deshace ¿no? Pero tuvieron mucho qué ver las emisoras que nos hicieron el favor de integrarnos en su programación. El grupo que no se escucha en la radio no la hace, está frito, está helado. Solamente con amigos, el público no se da cuenta de que existes. Bueno, en realidad nosotros no hemos llegado a ningún lado. Pienso que también tiene que haber algo de ángel en los grupos. Hay unos mucho muy buenos, ahorita yo me acuerdo de *Kiko Montalvo y su conjunto*. Es un gran grupo, con mucha calidad artística, que merecen, que debían tener mucho éxito. Aquí entre los compañeros hay elementos que son tan buenos o mejores que nosotros y no han destacado, pero siguen adelante. No me explico esa situación. Entre nosotros siempre compartimos las cosas que hay que hacer, para ir sobrellevando al grupo. Ha habido rachas malas. Es que hay un dicho acá, muy ranchero, que dice: “Las

viejas de los músicos se mueren de hambre o se mueren de hartas.”

En Cerralvo teníamos un amigo al que le cantábamos mucho, desgraciadamente ese hombre se fue de ahí de la región y no lo volvimos a ver. Pero una ocasión estábamos cantándole y él insistiendo que yo tomara, pero de crudo no tomo. No me cae la bebida, si la tomo me la tomo a fuerza y hay veces que vomito.

—Andale, lo que quieras tomar.

—No, no me cae.

Y ahí estoy escapando. No quería nada y le dije: “Bueno pues, un tequila, hombre”. Y me ponen una botella de Herradura. Empecé con copitas y me aventé la mitad. La otra me la eché ya cantando. En Cerralvo tienen la impresión de que yo soy un león para tomar tequila, pero desde esa vez jamás volví a tomarlo.

Esta es música popular

Yo tenía el deseo de conocer Houston, conocía nada más el Valle de Texas, todos los pueblitos que hay pasando el río: McAllen, Mercedes, Laredo. Nunca habíamos llegado hasta Houston. En esos días *Los Cadetes de Linares* me grabaron *Las tres tumbas* y *Nomás las mujeres quedan*. Homero Guerrero tenía la intención de conocerme ¡que Dios lo tenga en paz! Un día vino Homero especialmente a conocerme al Monos Bar. Yo lo conocía por los discos y él también a mí, nada más por fotografía: “Vengo nada más a conocerte porque vamos a grabar, a ver si tienes algo para grabar”. Tomamos tequila porque estaba haciendo frío, Homero fue a dar al hospital y a raíz de ese atrancón de tequila jamás volvió a probar un tequila en su vida. Entonces, Homero nos dice:

—Pues váyanse a Houston, hombre, dénse una vuelta para allá.

—Pues a ver cómo le hacemos. Sí, sí me gustaría, quiero conocer Houston.

—No, hombre, vayan, y nomás me buscan allá y a ver cómo les damos la mano.

Resultó que yo tenía pasaporte de turista pero arreglamos unos pasaportes residenciales chuecos. Yo creo que eso no conviene, me acuerdo que nos costó un mundo de dinero los tres pasaportes, para Javier, para Luis y para mí. Le hablamos a Homero:

—Ahí vamos.

—Oigan, tráiganse una camioneta que tengo yo allá. La tiene Abraham Díaz, y se vienen en ella.

La pasamos en Reynosa, nos dieron una ruta en la que supuestamente no había ley, no había migración, y llegamos a Houston. Empezamos a trabajar ahí, chambitas que nos salían, rabonas. Armamos un grupo con gente, muchachos de allá. Y dice Hornero:

—Hombre, vénganse a grabar aquí a Roma, a la marca de nosotros, graben uno.

—¿Para qué nos vamos a interferir, hombre? Tenemos más o menos las mismas canciones, grabamos las mismas canciones norteñas, sería la misma marca. Mejor búscame donde grabar en otra compañía.

—Está bueno.

Y habló a Dallas con Johny González. Y dijo Johny González: “Mándamelos, yo los grabo”. Entonces el problema surgió al ver en qué íbamos allá, a donde mataron a Kennedy. A *Lolo* Ramos, de Ramones, Nuevo León, le dijimos:

—Oye, necesitamos en qué ir a Dallas, hombre.

—No, pues ahí está mi camioneta, en la mañana se las mando.

Así fue, en la mañana, nada más llegó la troca y nos fuimos. Vamos con el Johny González.

—¿Y vienen preparados?

—Sí, venimos preparados para grabarte un elepé.

—Pues, órale, vámonos rumbo a Forth Word donde está el estudio.

Mi compadre Javier tocó los tres instrumentos: el acordeón, el bajo sexto y *el beis*. Regresamos a Houston y *Lolo* Ramos nos presentó a un compadre que se llama Julio Ochoa. Es un gran amigo; nos decimos tocayos. Me dice: “No seas tarado tocayo.

Vienen mis antiguos patrones de California y quiero cantarles música norteña. Vamos a echarle, pues, ahí los espero en el Bar Las Cazuelas". Eran unos alemanes, norteamericanos de origen alemán, que tienen ranchos allá en California. Me acuerdo que la alemana hacía preguntas:

—¿Cómo es que canten y toquen sin leer notas o música?

—Pues es que ésta es música popular, no hay necesidad de estar leyendo o viendo, la ejecutan de memoria.

Me acuerdo que me puse hasta el tronco, porque ahí en el restaurante ése hay Carta Blanca y me acordaba yo de acá. Teníamos como quince días allá y ya tenía nostalgia y pues jéchale Carta Blanca!

Un día nos encontramos al maestro Juventino López, amigo de aquí del barrio. Ya teníamos nosotros quince días de estar en la casa de una prima hermana mía, la *Chata*. Nos atendía de maravilla mi prima pero se nos hacía mucha concha permanecer tanto día ahí, queríamos buscar la forma de salirnos y no dar tanta lata. Entonces encontramos al maestro Juventino López que es de aquí, un sastre muy bueno. Estaba trabajando en Houston, y nos dice él:

—Oigan muchachos: pues si quieren dónde vivir váyanse a mi apartamento, yo casi estoy sólo ahí. Yo los invito, ahí tienen lo que quieran, ahí dormimos todos, está grande.

—Bueno, pues vámonos.

Y le decimos a la *Chata*: "Oye, pues nos vamos a ir con el maestro Juventino, muchas gracias por todo y voy a venir a visitarte después". Nos fuimos a vivir con el maestro Juventino López, ahí en el apartamento de él; vivíamos en la planta alta. Mi compadre Javier Ríos, que ahora anda con *Los Invasores*, es un poco desordenado al bañarse. Regaba mucha agua, y el agua se trasminaba al departamento de abajo. La gente de abajo puso el grito en el cielo. Llamaron al gringo dueño de los apartamentos, y nos echó una ronda de pedos. Supimos que estaba enojado pero no entendimos nada de lo que dijo el güey. Lo que sí le entendíamos era que decía que el apartamento estaba rentado para una persona,

no para cuatro, cinco, que la chingada, algo así decía. Se fue el gringo y le hablo a mi tocayo Julio Ochoa:

—Oiga tocayo, vino el dueño de aquí de los departamentos chingados y nos corrió a la chingada.

—No se muevan de ahí, voy por ustedes.

Llegó mi tocayo: "ténganse, es más, hasta el maestro Juventino López, que se venga también. A la noche voy por él para que chingue su madre el gringo". Y nos fuimos a su casa. "Aquí hablen a Japón si quieren, y lo dejan media hora descolgado. Vengan para acá, pásenle para acá". Abrió un ropero, sacó unos ocho o diez trajes, sin estrenar, y los puso en la cama.

—Tenga compadre, póngaselos, trajes vaqueros.

—No, no me quedan.

—Bueno, pero pruébenselos.

—No, no, mejor él, él es un poco más delgadito que yo. Y no, no me vinieron los trajes. Dijo: "Pues al que le queden se los regalo".

Empezó a tener una aceptación a toda madre mi tocayo Julio Ochoa con nosotros, hasta que nos venimos estuvimos ahí con él, unos dos meses. En las cantinuchas, ahí en Houston, nos empezaron a salir trabajitos que nos ayudaron. Entonces me encontré a Oziel Ríos, un muy buen amigo, y me dice:

—Oye Julián, yo tengo una compañía donde tengo como diez o quince hombres trabajando para mí. Quédate conmigo, te necesito.

—No hombre, yo ando en la cantada y si me quedo contigo se me acaba, pero te recomiendo a unos muchachos, a los que andan conmigo en la música.

—Pues échamelos, yo los necesito.

Y se dio el caso que esos muchachos que nos andaban ayudando trabajaron mucho tiempo con Oziel. Eran latinos, de allá, originarios de Houston. El día que nos veníamos dijeron:

—No se vayan. No hombre, andamos a todo dar.

—Vamos a volver después.

—No, ustedes si se van ya no vuelven, y si vuelven ya no nos van a buscar a nosotros.

A la tierra que fueres

Otra ocasión íbamos a Phoenix, Arizona; fue después, con el autobús, entonces al llegar a la guardarraya de los estados de Nuevo México y Arizona, allá hay un retén o sea un *check-point* de camiones de carga. Nosotros equivocadamente nos metimos por la línea de los camiones. Los tipos que iban, migración, son policías nada más que checan, y nos dicen:

—¿Eh, las placas de Arizona del autobús?

—No nos dijeron que las necesitábamos.

—No pueden pasar.

¿Por qué señor? El camión es particular, no andamos desempeñando ningún trabajo, es para trasladarnos nosotros, el grupo, vamos a Phoenix, nos están esperando.

—Pues no sé.

Y ya, se va y nos deja solos ahí. Y no, pues nadie, casi nadie, muy poquito inglés. Entonces sale ese turno de policías y llega otro y le decimos:

—Oye pues ¿por qué nos tienen aquí? ¿O qué, pues por qué no nos dejan pasar?

—No pues por algo que hicieron.

—Nada, nomás supuestamente porque no traemos placas del estado de Arizona.

Dice:

—No, pues, si no los dejaron pasar temprano, nosotros tampoco, pa'tras.

Nos devolvimos.

Yo dije:

—Ya estamos a punto de llegar a Phoenix, ¿Cómo es posible que nos regresemos, hombre?

Entonces yo hablo con el promotor por teléfono:

—Oye, pos aquí estamos nomás, que no nos dejan pasar.

Dice:

—Pues hagan la lucha hombre.

—¿Pues cómo, si no nos dejan?

Yo le dije:

—Bueno, déjame pensar, a ver qué hacemos, después te hablamos.

—Está bueno, háblame, cualquier problema que tengan. Pues si no para cancelar esto, si no vienes.

Le digo:

—Pues si ya estamos encima de Phoenix, cerquita. Es un pecado regresarnos de aquí.

Entonces pesco el mapa y digo yo:

—Tiene que haber una forma de sacarle la vuelta a estas gentes, ¿no? Por qué nos detienen, no hay ningún delito, no hay nada. Nada más que nos exigen placas, jamás nos lo han dicho en ningún lugar. Entonces yo agarro el mapa y digo, no pues aquí hay una forma de sacarles la vuelta: "Vámonos a Douglas", o sea la frontera casi, y le salimos unas cien millas adelante a estas gentes.

Al llegar a Douglas también había otro retén:

—¿Para dónde van?

—No, pues vamos para México.

Pero nada, nada más hicimos el intento de llegar a la frontera, y nos regresamos otra vez a agarrar el diez, o sea el *freeway* el diez. Y les salimos adelante como unos cien kilómetros. Llegamos muy bien a Phoenix, cumplimos nuestro compromiso, incluso de regreso les pasamos por ahí, no hubo problema ya, yo creo que ellos cometieron un error. Porque nunca nos han dicho eso, si así fuera nada más al pasar aquí en Laredo pos ahí nos dijeran: "Oye necesitan placas para circular en determinado estado". Nunca nos han dicho nada pero afortunadamente la libramos esa gira a Phoenix, Arizona, por ese modo que no quisimos burlar. Somos muy respetuosos de las leyes norteamericanas, y aquí también, lo que pasa es que nos vimos obligados a hacer eso. ¿Regresarnos otra vez a Monterrey, sin trabajar? Entonces, digo, es malo, pero lo de los viajes, las giras, es interesante.

Es pesado en las giras, por ejemplo, cuando pasamos al otro lado, en la primer comida que damos, yo les discuto a los

muchachos, casi me enojo con ellos porque quieren ir a un restaurante de comida mexicana:

—Oye, no la chinguen, si venimos de tragar tortilla y chile piquín del monte de a madre, vamos a ver qué chingados nos dan los gringos aquí, antojitos de ellos, hombre. Tienen media hora de haber dejado el solar patrio y ya sienten la nostalgia, cabrones. Los regaño yo.

—Vamos a ver, a comer antojitos de aquí, hamburguesas, jat dogs o la chingada de allá de Estados Unidos. No, no, no, un restaurante mexicano luego luego.

—Oye acabamos de cruzar el río muchachos. Oye, no la chinguen.

Les digo que me enojo con ellos, con *El Pollo* o con equis. Pero lo de allá a la tierra que fueres has lo que vieres. Yo, por ejemplo, nunca me canso de comer hamburguesas. Para mí es un antojito fabuloso. Me acuerdo que la hamburguesa más sabrosa me la comí una vez en Wichita Falls, allá en la divisoria de Oklahoma y Texas. Digo, será porque traía mucha hambre, no sé, pero yo ahí me comí una hamburguesa fabulosa. Ya en los Estados Unidos, les digo:

—Párense ahí, vamos a comer hamburguesas.

Y aquéllos les hacen el feo, quieren frijoles y tortillas y cállate hombre, chingao hombre, acabamos de pasar pero es que así es la raza.

Una ocasión, veníamos de Matamoros, salió un aduanal a checarnos, ahí en el veintiséis de Matamoros, que ya no está. Ya ahorita no está la garita, la quitaron. Un viejillo cagado de ésos, renegados que nunca ascienden, que siempre están en un puesto, que no ascienden por falta de capacidad o equis. Yo nomás lo vi, dije, vamos a tener problemas con este viejo, y sale:

—Abrela.

Todavía no traíamos el autobús, traíamos la camioneta panel. Le abro yo.

—Abrele atrás.

—Sí, cómo no.

Yo le abro.

Y éste:

—¿Qué llevan aquí.

—No, pues un acordeón.

—A ver, ábrele.

Le abrí, y dice:

—Ese acordeón es americano.

Le dije:

—No, es italiano señor.

—Por eso, pero viene de Estados Unidos.

Le dije:

—Pues es el medio de comprarlas, por los Estados Unidos, pero el acordeón es italiano.

—N'hombre, no lo pueden pasar. Jefe, jefe, venga para acá, mire nomás lo que llevan estos hombres aquí, y la chingada.

Y viene el comandante.

—¿Qué, qué, qué trae usted cabo? ¿Qué, qué onda o qué?

—Este, pues mire que llevan un acordeón.

—Pues tienen que llevar un acordeón, hombre, pues son músicos.

Por eso, pero es que...

—N'hombre, déjalos que se vayan, hombre, es como si al albañil le quitas la cuchara, hombre, no ves que dice ahí *Luis y Julián y su conjunto*, déjalos que se vayan.

—Pero jefe...

—Déjalos que se vayan, váyanse muchachos.

Eran mexicanos, de nosotros, veníamos de Matamoros. Nada más que hay garitas que ellos suponen que tú vienes del otro lado y te checan. Aunque no vengas de allá tienes la obligación. Pero gracias a Dios nunca hemos tenido problemas. Digo, los aduanales, la mayor parte es gente muy buena. Y toca la casualidad de que a casi todos les gusta la música nortena y son buenas gentes casi todos, de vez en cuando te encuentras con... Como otra ocasión, veníamos también y traíamos nada más un

aparato; era un aparato de un buen bajo, pero un aparato viejo. Nos dice el tipo:

—¿Y los papeles de ese aparato?

—No mi comandante, ya no existen, ese aparato es muy viejo tiene como veinte años.

—Si no traen no pueden pasar.

—Pero mi comandante, oiga, es un aparato que no es posible tener los papeles...

—No les estoy diciendo que no pueden pasar, hombre. Regrésese.

Nos regresamos a la división de estados. Hay una carretera que sale a la carretera Miguel Alemán, estoy hablando del veintiséis, de Reynosa. Salimos a la carretera Miguel Alemán y nos venimos por la otra garita. Acá no hubo problema, absolutamente nada.

—¿Qué llevan?

—Un aparato.

—Está bueno, pásenle.

Se ponen difíciles.

El Espinazo del Diablo

Cerca de Caléxico, un pueblito que se llama... no recuerdo su nombre —está a ocho o diez millas de ahí, de Caléxico—, llegamos *Los Humildes* y nosotros a amenizar el bailongo. Ellos eran las estrellas de la presentación pero tenían prisa de irse a San José, California. Se iban a pasear a Europa y nos pidieron que termináramos el baile. Iban a prepararse para su viaje. Terminamos el bailongo y nos dice el promotor Rangel, uno de la gente de Garza en California: "Váyanse al hotel fulano, ahí hay habitaciones". Nos fuimos, cenamos, me quité los pantalones y luego luego me acosté. Me acosté y entran tres policías, uno de ellos hablando en español a todo dar, me dice:

—La dueña del hotel no quiere que ustedes permanezcan un minuto más aquí.

—Está bien señor, nos vamos, pero ¿por qué motivo?

—Ustedes son indeseables aquí y vámonos ya.

—Está bien.

Cargamos todo y nos fuimos. Llego a Los Angeles y le digo al señor Rangel:

—Oiga, pues ¿qué pasó? ¿Por qué nos trataron así en el pueblo? Hágame favor de explicarme o tenga más cuidado a dónde nos envía. Nosotros somos gente de bien y nos trataron como bandidos, como criminales.

—¡Ah chingao, han de haber sido *Los Humildes*! Los cuartos los tenían *Los Humildes* y han de haber hecho un desmadre ahí y ustedes la llevaron. Sabrá Dios qué pasaría.

—De buena suerte uno de los policías hablaba español, si no que chinga nos dan, porque si no... solamente hubiera visto lo enojado que estaba el pelado.

La carretera Matamoros-Mazatlán, en el trayecto de Durango a Mazatlán, es uno de los pasos más peligrosos por la sinuosidad que tiene el camino. Me parece que son alrededor de cuatro mil y pico de curvas. Casi desde el momento que sale uno de Durango empieza la sierra, la montaña. Se da el caso que a veces hay gavillas de asaltantes, por lo poco transitado de la carretera. A los autobuses y a los automovilistas les ponen obstáculos, los hacen que se paren y luego los asaltan. Esa carretera la hemos cruzado muchas veces cuando vamos al Pacífico, a nuestras actuaciones por allá. En una ocasión íbamos con rumbo a Culiacán en una camioneta panel que teníamos antes de tener el autobús. Íbamos viajando en la noche. Luis iba un poco cansado, eran exactamente las once de la noche. Le dije: "Déjame ayudarte a manejar". Ahí, precisamente, empieza la parte más dura para ascender o para bajar la sierra. Una ocasión me tocó ver salir la luna, y se ve como si emergiera de un pozo. De tan alta que es la montaña se ve hacia abajo salir la luna, la luna llena.

Tomé el volante y empecé a bajar la sierra y no teníamos mucho, algunos cinco, diez minutos. Muy escaso el tráfico. Vi las luces de algo que venía en sentido contrario y, como es una curva detrás de otra, vi salir un autobús de esos que les llaman polleros.

Suben en la noche, duermen los choferes arriba y bajan a Mazatlán a los campesinos que habitan en la montaña. Al salir de la curva —yo para bajar y el otro para subir— Se me vino encima el autobús y por más que me orillé, tratando de esquivarlo, se me vino encima y me golpeó. A la portezuela del lado mío materialmente la selló. Nos arruinó el radiador y el parabrisas. Prácticamente quedó inutilizada la panel nuestra que íbamos estrenando, era uno de los primeros viajes que hacíamos. Nos bajamos por el lado contrario de la camioneta. Me enfurecí y, aunque golpeado de una pierna, me bajé y me fui sobre el autobús. Abrí la puerta del autobús y me sorprendí al ver que era un chamaco el que venía al volante, un chamaco de unos catorce años. Además, venía borracho.

Le dije: “¡Bájate!, ¿nos quieres matar, hijo de tu chingada madre?” El chamaco empezó a temblar. Ya cuando me cercioré que era un chamaco dejé de echarle bronca. Y en eso sale otro de la parte de atrás que venía dormido. No despertó al momento del trancazo pero despertó con la averiguata. Se levantó y vino a dar conmigo.

—Señor, ¿qué pasa?

—Pues este babosete que nos acaba de mandar a la chingada la panel.

—Mire señor, yo tengo veinticinco mil pesos y le podemos pagar.

—¡No, no, no!, con veinticinco mil pesos no me pagan ni el parabrisas, cabrones, para abajo.

Estábamos obstruyendo el paso en la muy poco transitada carretera a esa hora. Yo empecé a buscar una solución. ¿Cómo le íbamos a hacer? Teníamos que estar en Culiacán. Íbamos a estar una temporada en un bar que se llama Los Jacales, donde se presentan los mejores grupos de música norteña. Le dije a Rocha, uno de los compañeros del grupo: “Súbete con este güey y vayan a ver dónde pueden regresarse con el autobús”. Y me dice uno de los chamacos:

—Bueno, ¿y para qué señor?

—Pues para que nos lleves a Mazatlán, cagada, porque nos acabas de dejar a pie.

—Está bien, señor, pero nosotros tenemos que llevar el pasaje en la mañana.

—Pues ahí lo llevarán otro día, ahora se van a chingar.

Se sube uno de los muchachos y el chofercillo que nos acababa de golpear. Desenganchamos el tumbaburros de la portezuela de la panel y suben montaña arriba. Se van montaña arriba para buscar un lugar donde regresar el autobús porque hay partes inaccesibles, mucho muy difícil es encontrar un lugar donde se regrese un autobús. Se van, al rato regresan y todo el sonido de nosotros lo pasamos al autobús, buscamos un lugar donde orillar la camioneta para dejarla ahí, no teníamos otra alternativa. Ya cuando todo el equipo estuvo listo, le dije a Luis: “Llévate tú el autobús porque estos güeyes van y nos matan por ahí”. Luis se hizo al volante y, como es un gran chofer, empezamos a bajar la sierra. Llegamos al amanecer a Mazatlán y les dije a los chamacos:

—Llévenme con el dueño del autobús. ¿Quién es?

—Es mi papá.

—Pues llévenme a su casa.

Ya llegamos, y sale el señor mucho muy asustado.

—¿Qué pasa señor?

—Pues aquí estos chamacos que no creo que sepan manejar en lo plano, menos en la sierra, y de eso usted debe ser culpable tanto como ellos. Se da el caso que arruinaron nuestra camioneta.

—Míre señor, nosotros se la vamos a arreglar.

—Pues sí, pero por lo pronto ya nos arruinaron la gira, nosotros teníamos compromisos en Culiacán y ahora ¿cómo chingados le hacemos?

—Pues, no señor, discúlpenos.

Nos vemos en la necesidad de irnos en autobús a Culiacán, y *El Muertero*, uno de nuestros ayudantes, se quedó en Mazatlán a ver de qué forma trasladaba el equipo a Culiacán. Llegamos sin equipo pero afortunadamente empezamos a trabajar, luego luego, con otro equipo que nos prestaron. La camioneta panel de nosotros

la bajaron de la sierra. Duraron como mes y medio o dos meses para entregárnosla. Total, a raíz de ese golpe, esa troca jamás volvió a ser buena. Tuvimos muchos problemas hasta que nos deshicimos de ella.

Permanecemos en el bar Los Jacales alrededor de ocho días. Hicimos muchos amigos, entre ellos uno que siempre nos dio la mano. Nos condujo por ahí, nos enseñó todos los paseos de Culiacán: Bernardo Montes, un gran amigo. Y recuerdo que en una ocasión me dijo: “Oye Julián, los voy a invitar al cabrito para que no sientan nostalgia de allá de Monterrey, este cabrito que hacemos nosotros aquí es mejor”. Y nos llevó a un restaurante donde decía “Cabrito”. Ya llegamos y nos sirven el mencionado cabrito. Nos reímos, hicimos bromas con Bernardo, porque era muy lejos de ser un cabrito mejor que el que hacen en Monterrey, ahí era un cabrito estofado: muy lejos de ser al pastor, como estamos acostumbrados a comerlo nosotros en Monterrey.

Bernardo Montes, siempre muy atento con nosotros, pasaba para llevarnos a la playa. En el día no trabajábamos. Todo el día lo teníamos libre. Nuestra actuación era de una hora, a las once de la noche. Así es que en el día nos íbamos a la playa de Altata, muy bonita. Pasa uno por Navolato, va uno a comer caldo de tortuga, delicioso el platillo que hacen por ahí en la playa. En una ocasión me dijo: “Los voy a llevar con las mujeres que toman”. Tantas atenciones de parte de aquel hombre, gran aficionado de la música norteña. Nos lleva Bernardo a un negocio donde había mujeres hermosas, y dijo: “Escojan la que ustedes quieran, yo se las invito”. Y para qué les cuento, pues nos pasamos una noche inolvidable ahí en uno de los cabarets de Culiacán.

Otras ocasiones nos invitaba a la feria. Era hermoso ver aquellos conjuntos, aquellas bandas sinaloenses, *La del Recodo*, esas bandas tan famosas, internacionalmente conocidas. Aquellos conjuntos cantándole a la gente, al menos yo nunca había visto. Sí los había oído en grabaciones pero nunca los había visto personalmente. Me entusiasmó mucho aquel tipo de música. Hasta la fecha no me canso de oír las bandas sinaloenses.

El Espinazo del Diablo es tan alta montaña que hay ocasiones en que ve uno el precipicio, que hay nubes abajo y que está lloviendo todavía más abajo. Es algo increíble, es un paisaje maravilloso, a la vez mucho muy peligroso y el que se sale de la carretera pues... A los trailers, los autobuses, que desgraciadamente se van al voladero, jamás los sacan. Allá se quedan abajo. Difícilmente pueden sacar los cadáveres cuando desgraciadamente sucede un accidente. Hace mucho veníamos — ya en el autobús nuestro— y poco antes de llegar al Trópico de Cáncer hay un restaurante que trabaja toda la noche. Llegamos ahí a echarnos un café. Ya era en la madrugada y unos almorzaron. Total, nos venimos y empezó a amanecer. Subimos toda la cuesta arriba y luego empezamos a bajar. Y en eso se oye un tronido para el lado de la máquina, le digo al chofer: “Písale el freno, písale el freno”. Y donde le pisa al freno, dijo:

—Nos estamos quedando sin aire.

—Pues, ¡párate, güey!

Se rompió una manguera del aire, difícilmente lo empezó a parar y a meter velocidades tratando de pararlo, pero el camión iba agarrando vuelo. Entonces nos bajamos. Todos los que iban dormidos despertaron. Todos los del grupo nos bajamos y empezamos a echarle troncos y piedras tratando de pararlo y el autobús los brincaba. Entonces le alcancé a decir al chofer: “¡Embarráncalo!”. Pero afortunadamente en esos momentos logramos pararlo.

Al autobús lo orillamos. Ya cuando lo logramos parar totalmente fue cuando nos entró el susto. Entonces, me asomo yo al voladero y ahí estaba. Se veían nubes abajo y les hago una broma a los muchachos. Les digo:

—Miren, acérquense y vean hacia abajo todos.

—Oye, aquí es una de las partes más altas.

—Sí, si nos hemos ido para abajo, hubiéramos llegado allá como a las siete de la noche.

Se rieron con risas un poco nerviosas todavía, porque estaban muy asustados por el percance que nos acababa de suceder.

Entonces, pues a buscar forma de arreglar el autobús. El chofer se vino en un trailer a buscar la manguera a un pueblito que no quedaba lejos de por ahí. Y en eso llega un tipo de una camioneta, un tipo que vive por ahí en la montaña y nos dice:

—¿Qué clase de manguera es?

—No pues ésta señor, mire.

—Yo la tengo.

—¿Y cómo es posible que usted la tenga, tiene refaccionaria?

—No, no tengo refaccionaria pero tengo muchas cosas que les vendo yo a los trileros y a todos los que tienen problemas.

—Pues tráigasela, por favor, aquí se la pagamos.

Y fue y la trajo y se la puso, era exactamente la manguera. Algo raro ¿verdad?, porque muchas veces en las refaccionarias no encuentra uno las mangueras a la medida. De rato llegó el chofer con otra, que no quedaba y eso que la había traído de una refaccionaria de un pueblito que no estaba muy lejos. Total, el autobús quedó listo y reanudamos la marcha. Cada vez que pasamos por esos lugares nos acordamos. Fue un susto tremendo, que no se lo deseo a nadie, porque estuvimos a punto de irnos al abismo.

En uno de esos viajes al Pacífico, recuerdo que fuimos a dar a Guamúchil, Sinaloa, a cantar. Era un bar amplio, donde se congregaba mucha gente del pueblo que iba a ver la variedad a ese lugar. Los días que estuvimos por ahí me sorprendí mucho, porque la petición de todos los parroquianos eran puros corridos míos. Se acercaban y nos pedían *Pistoleros famosos*, *Las tres tumbas*, *Nomás las mujeres quedan*. Me preguntaban que si las sabía. “Sí, sí las sabemos”. Me sorprendía, porque mis corridos eran más populares que el conjunto *Luis y Julián*.

Estuvimos trabajando una temporadita en Guamúchil, donde me enteré que siendo Pedro Infante originario de ese lugar ahí no se le quiere ni se le quería cuando vivía. Yo, intrigado, empecé a preguntar y no faltó quien me informara por qué no se le quería en el pueblo. Me platicó un señor que Pedro Infante, en pleno apogeo de su carrera, fue a Guamúchil y en una presentación,

públicamente, dijo que él iba a donar una campana para la iglesia del pueblo. Sucede que Pedro Infante se encontró en México al párroco de Guamúchil y le dice Pedro Infante: Padrecito, qué bueno que lo encuentro, ya la campana está lista, se la puede llevar”. Y así fue, el padre se llevó la campana. Pero el padre ya no estaba en Guamúchil y se la llevó a otro pueblo y Pedro Infante ante su gente quedó muy mal. Creo que el ídolo ignoró siempre esta situación.

No enamores con carne

Nuestras giras a Matamoros, Tamaulipas, son algo muy especiales por las atenciones que nos brindan esas gentes. Entre ellos: mi compadre el *Cuate* Zavala, Herminio Díaz Cortez, locutor de la “W” y programador de esa emisora; Glafiro Valle, Mateo Zavala *El Churrias*. En nuestros días libres, cuando estamos en Matamoros, el *Cuate* Zavala es el que organiza todo: las hieleras de cerveza, la carne asada, y le madrugamos a la playa. Es fiesta todos los días cuando estamos en Matamoros. Esta gente es muy alegre, muy altruista, muy bonita.

Un viejo carnicer, *El Churrias*, nos comenta que cuando era joven él y su hermano tenían una gran carnicería en el mercado de Matamoros, y la recomendación que le hacía su hermano — porque lo veía que era muy espléndido con las damas— era: “Hermano, no enamores con carne, porque nos vamos”. “Y nos fuimos” —dice *El Churrias*—, porque quebramos”. Quedaron no precisamente en la calle, pero de ser dueño de carnicerías, ahora es un simple carnicer. Es un viejo muy simpático que le dicen “El Mario Almada de los pobres” porque el viejo tiene mucha semejanza con los hermanos Almada. Conocemos todos los alrededores de Matamoros, porque hemos amenizado muchos bailes, fiestas y cumpleaños.

En una ocasión estábamos cerca de ahí, en un ejido, amenizando un aniversario y llega un carro con placas norteamericanas. Se para casi en el foro donde estábamos

cantando, no era foro, era un simple terreno. Estábamos al aire libre y veo que lo viene conduciendo una mujer muy guapa. Terminamos nuestra actuación, que siempre es de una hora cada parada, veo que la mujer que estaba al volante ahí permaneció. Nunca bajó. Me llamó a través del parabrisas. Veo que me hace señales con la diestra, me acerco y le digo:

—Dígame, señora.

—Vengo exclusivamente a verte, hombre.

—Muchas gracias, muy amable, estoy a sus órdenes.

—Te conozco a través de los discos y algunas veces que te he visto en el cine pero quiero verte más de cerca.

—Pues aquí estoy.

Estuve platicando con ella. Nos echamos unas cervezas. Se llegó el momento de volver a actuar. Cantamos hasta el final del baile y ella ahí, arriba del automóvil. Entonces me dice:

—¿En qué hotel estás?

—Estoy en Los Arcos, a la salida de Matamoros, rumbo a Victoria.

—Ven, yo te llevo.

Me subo con ella en el automóvil, de muy reciente modelo, y nos adelantamos al hotel. Ya estando ahí me dice: “Oye, pues invítame a tu habitación”. Pedimos algunas bebidas y nos subimos a mi habitación y conversamos, tomamos unas copas y luego, con aquella facilidad, que se empieza a desvestir y vi que era muy hermosa. Una señora de unos treinta y cinco años. Nos acostamos, hicimos el sexo. Para no alargar el cuento, la señora yo creo que tiene, es malo decirlo, pero tiene furor uterino. No me la quité de encima toda la noche. Amaneció y ella encima y encima, hasta que, pues, reaccioné casi de mala manera y me desembaracé de ella. Es algo que nunca me había sucedido.

No puedo pasar por alto, en Matamoros, una niña muy hermosa, como de unos veinte años, que se llama Marta. Es una muchacha espigada de ojos grandes, aperlada. Cuando nuestras actuaciones son dentro de la ciudad ella está ahí, siempre platicamos y, en broma, un día le dije:

—Me voy a casar contigo

—Estoy puesta, te esperaré siempre, a la hora que tú digas me caso contigo.

Una muchacha muy agradable. Era colaboradora de la W de Matamoros, la estación del bajo Bravo. En otra ocasión, trabajando por ahí cerquita de Matamoros, ahí en un ejido vecino, casi pegado a la ciudad, Marta fue en nuestro autobús al baile. Ella viajó con nosotros y ya estando ahí en el baile, poquito antes de iniciar nuestra primera actuación, llega alguien y me dice:

—Oye, te hablan ahí afuera.

—¿Quién me llama?

—Es una señora de un automóvil.

Entonces salgo y me encuentro con la señora del carro de reciente modelo con las placas americanas, texanas. Ya la saludo y me dice:

—Vengo a esperarte, vengo por ti.

—M'hija no puede ser, fíjate que anda conmigo una locutora de la “W” y pues ¿cómo le hago?

—Bueno si no se puede ni modo, pero yo venía a invitarte a mi casa.

—Será otra ocasión m'hijita pero ahorita no puedo.

—Bueno, al menos déjame darte un beso.

Así fue, prendió su automóvil, despidiéndose con una señal con la mano y se alejó.

En otra ocasión, estando nosotros en el Green Ball Room de Mission, Texas, al salir de nuestra actuación me vuelvo a encontrar a esa misma mujer. Ahí estaba, esperándome, sin bajar del automóvil me dice:

—¿Ahora sí tienes tiempo?

—No, fíjate que tengo que regresar a Monterrey, inmediatamente luego de terminar la actuación.

—¿Hasta cuando tendré que esperar?

—Pues no sé m'hija.

Y en realidad así era, yo tenía un compromiso en Monterrey. No podía quedarme por nada. Esa fue la última vez que vi a esa mujer.

Ricardo del Fierro

Baldemar González es otro amigo de Matamoros, Tamaulipas. Es un viejo simpático, que siempre que estamos por allá nos brinda sus atenciones, incluso nos lleva hasta su casa, donde ya ha preparado él una comida o una carne asada. En una ocasión que nos tocó estar por allá, precisamente en su cumpleaños, fuimos a su casa y Herminio Díaz Cortez, locutor de la W, le hizo una broma. Estando nosotros en la casa de Baldemar, llega Herminio con un matachín, ¡uno solo! Es raro esto, porque siempre los matachines andan en grupo. Le dice: "Baldemar, felicidades por tu cumpleaños y la única serenata que te traigo es a este matachín". Para que quieren, todos soltamos la carcajada al momento que le dice Herminio al matachín: "Orale, a bailar!".

En esa ocasión, estaba otro gran amigo que tenemos en Matamoros: Ricardo del Fierro, de la famosa dinastía de los del Fierro; aquéllos que han muerto en forma violenta. Ricardo afortunadamente vive y ¡ojalá viva muchos años! Es compadre de mi hermano Luis, y siempre que vamos tenemos muchas atenciones de parte de este personaje. En una ocasión me dio una sorpresa muy agradable porque llegamos a Matamoros y me dijo:

—Oye, quiero que veas algo Julián.

—Pues sí hombre, ¿qué pasó o qué?

—Mira, ven aquí a mi casa.

Entramos a su casa y saca una fotografía tremendamente ampliada y cuál sería mi sorpresa de verme ahí, junto con él, en aquella fotografía. Ahí estábamos Reynaldo Martínez, Lorenzo de Monteclaro, Ricardo del Fierro y un servidor de ustedes. Le digo:

—Oye Ricardo, no me acuerdo dónde nos tomaron esta fotografía.

—Acuérdate, fue en la feria de Reynosa, ustedes estaban actuando en el *stand* de la Carta Blanca.

Ya me hizo recordar aquel momento; aquella fotografía tan bonita, tan bien tomada, la guarda celosamente Ricardo porque es un gran aficionado a los corridos y, desde luego, a la música norteña. En Reynosa también tenemos grandes amigos, entre ellos a Julio Ochoa, que conocimos en Houston y ahora vive en Reynosa, a Jesús y Beto Quintanilla, este último intérprete de corridos y compositor, además de a Marco Antonio Arredondo. En una ocasión, mi tocayo Julio Ochoa nos llamó para amenizar una boda. Parece ser que los que contrajeron matrimonio eran familiares de él o amigos. Estando nosotros actuando, llega Ricardo del Fierro y dice:

—Muchachos, vi el autobús de ustedes y llegué a saludarlos. —Hombre, qué bueno Ricardo. ¿Cómo estás?

Entonces, Toribio García, un amigo de estos hombres, a quienes he mencionado: Juan Arredondo, Lolo González y demás, de la Policía Judicial del Estado. Lolo González incluso ha sido director de la misma. Total, Toribio García se acerca y me dice:

—Oye Julián, preséntame con Ricardo del Fierro, quiero conocerlo, quiero ser su amigo.

—Cómo no hombre, mira, ven para acá.

—Ricardo, éste es un amigo de aquí de Reynosa, quiere saludarte, quiere conocerte. Ya se saludaron, terminamos nuestra actuación y me dice mi tocayo Julio Ochoa:

—Tocayo, vamos aquí afuerita, al jardín, para liquidar.

—Perfecto tocayo.

Lo sigo, llegamos donde están hablando Toribio García y Lolo González. Toribio le está diciendo a Lolo:

—Oye Lolo, ahí está Ricardo del Fierro, anda armado, vamos a desarmarlo.

—¡Orale!, háblale a tu gente.

Yo escucho eso, intervengo, y le digo:

—Oye *Lolo*, no le hagas caso a este cabrón, él mismo me acaba de pedir que lo presente con Ricardo para hacerlo amigo, y esto no se hace.

—No tengas cuidado Julián, sabemos que Ricardo del Fierro es amigo de ustedes y no lo vamos a tocar.

—Oye, y pues qué poca madre la de éste.

Posteriormente Toribio García fue acribillado a balazos, no sé por qué detalle. Todo eso pasó en la ciudad de Reynosa.

Chito Cano

Ciudad Victoria me trae otros recuerdos. *Chito* Cano, tristemente célebre, estaba preso en el penal del estado de Ciudad Victoria, y pedía que fuéramos *Los Cadetes de Linares* y *Luis y Julián* a cantarle a su celda, dentro de la cárcel. Fuimos varias veces. Por amistades, por influencias, no sé; no faltaba la bebida, la comida. Se hacían banquetes grandes dentro del penal. Nos salíamos de su celda y armábamos el equipo en el patio de la prisión. Ahí continuábamos hasta altas horas de la madrugada, con todos los presos ya dentro de sus celdas, menos, por supuesto, *Chito* Cano. Las canciones preferidas de *Chito* Cano —y que tantas veces se las cantáramos dentro del penal de Ciudad Victoria— son un corrido que lleva por nombre *Luis Aguirre*, de un servidor, y *Miel amarga*, de *Cuco* Sánchez.

En un ocasión, yendo nosotros a amenizar un baile en Ciudad Victoria, cerca del penal, estábamos conectando nuestro equipo de sonido para la presentación cuando llegan dos policías y nos dicen: “Muchachos, *Chito* Cano quiere saludarlos y quiere que vayan con nosotros al penal”. Teníamos todo el tiempo del mundo para ir a visitar a *Chito* Cano, y nos fuimos con los policías, dejando a los muchachos que continuaran con la labor de instalar el equipo de sonido. Llegamos, nos saludamos con mucho afecto y ya estando en su celda le ordenó a su cocinero particular que nos hiciera de cenar codornices, un platillo muy especial. Dijo *Chito* Cano:

—Oye, ¿cuántos muchachos traes en el grupo?

—Cuatro, aparte de dos ayudantes.

—¡Hey tú, muchacho! —le dijo *Chito* Cano al cocinero— haz codornices para seis.

Abrió el refrigerador el cocinero, sacó las codornices, las preparó, las cocinó y nos las cenamos en compañía de *Chito* Cano. Se dio el caso que en lugar de llevar algo al penal como, por ejemplo, un presente para *Chito* Cano, nosotros sacamos del penal seis cenas para nuestros compañeros que nos estaban esperando.

El cabo de Michoacán

El cabo de Michoacán es un personaje de por allá de Apatzingán. Una ocasión nos llamó para que amenizáramos en su cumpleaños y ya estando allá nos quedamos dos o tres días con él, cantándole. La primera noche que le cantamos varias horas había una chamaca muy hermosa que llegó en compañía de su madre, en cierta forma familiares de *El cabo*. Estuvimos tocando dos, tres, horas. Me habla *El cabo de Michoacán* y me dice: “Oye Julián, ya le caíste bien a la gente aquí, hombre, fíjate que la chamaca ésta, hombre...” Resulta que al estar cantando, la madre de la chamaca dice: “No sé que haría yo con el grandote ése”. Entonces la chamaca le contesta: “Pues usted, madre, imagínese lo que haría yo”.

Estuvimos varios días por allá en Apatzingán. Entonces, la familia del *cabo* nos dice: “Vayan a traer iguanas para que esta gente de Monterrey las pruebe, para que sepan lo que es cosa buena”. Nos vamos al campo armados con un rifle 22. Es muy fácil cazar las iguanas, trepan por los troncos de los árboles y no huyen, ahí se quedan paradas y es muy fácil hacer blanco y tumbarlas. Estuvimos medio día matando iguanas. Trajimos tres o cuatro docenas y aquel hombre se puso a cocinarlas. Yo dije: “A ver cómo es este guisado que van a preparar estas gentes”. Francamente, a la hora que las sirvieron guisadas, así en cortadillo, no tuve el valor de comerme aquel animal tan feo, de apariencia

tan asquerosa. Todo mundo la probó menos un servidor de ustedes; entonces, *El cabo* nos dice: “Muchachos, pues hasta aquí, quiero que vengan dentro de tres meses a mi casamiento”. Nos arreglamos con él. Concertamos la cita y la fecha en que quedamos de volver.

Allá fuimos nuevamente, pero resulta que —nunca supimos por qué— la casa estaba desocupada y tuvimos que regresarnos así, como llegamos. Echamos un viaje de balde a Apatzingán, Michoacán. Al poco tiempo nos llamó *El cabo* por teléfono, dijo: “Muchachos, discúlpenme por lo de aquella ocasión, vénganse a Uruapan”. Y fuimos a Uruapan a su casamiento. Estuvimos ahí en Uruapan dos o tres días en su boda, y posteriormente en la tornaboda, cantándole. Nos la pasamos muy bien en esas ciudades tan bellas de Michoacán. Me acuerdo que en un rato libre nos fuimos al mercado y ahí compré una montura para mi caballo, la guardo todavía, así como muchos recuerdos de esa ocasión que fuimos a Uruapan, Michoacán.

¿Cuándo te los acabas?

La mayor parte del público de la música nortena es gente del campo, sencilla. A veces se ve uno en aprietos al andar por ahí en la calle, no falta quien se acerque y le diga a uno:

—Julián, ¿cómo estás?

—Hola, hombre, ¿cómo estás?, ¿qué hay de nuevo?

—¿A poco no me conoces. ¿O te aprietas?

Y yo, para salir del paso, le digo:

—Sí, hombre, cómo no, sí te conozco, tu rostro no me es desconocido, lo que pasa es que no recuerdo el lugar donde te vi.

—¿A poco no te acuerdas que hace cinco años fuiste a tocar al ejido fulano de tal? Ahí estaba yo. Yo te pedí una canción, acuérdate.

—Ah, sí, sí me acuerdo, ya estoy recordando. Mentiras. Entre tanta gente, tantos amigos que conocemos, es materialmente

imposible guardar tantos detalles que le suceden a uno en sus presentaciones.

Una ocasión, un tipo se acerca a mí. Me empieza a reclamar, a insultarme. Yo le digo: “No, hermano, pues es que sí te conozco, sí te he visto, nada más que no recuerdo dónde es que te conocí hombre, no creas que me estoy haciendo loco”. “No, no, no, lo que pasa es que te haces pendejo, ustedes son una bola de apretados, hijos de la chingada”. A ese extremo llegó el tipo. Apenas terminó de decir la última frase, cuando ya estaba Luis encima de él y para qué les cuento, en un santiamén lo cansó a trompones y a patadas. Nada más le faltó echarle mordidas al pelado. Tuve que intervenir para que Luis ya no lo golpeará. Entonces, yo le digo a Luis:

—Mira, comprendo tu reacción, pero no es el camino de nosotros llegar a ese extremo, a pelear. Siempre hay que tratar de evitar el pleito. ¿Tú crees que a mí me falta coraje para desatornillarle una quijada de un madrazo a este cabrón? Lo que pasa es que de alguna forma hay que torearlos, porque nunca vamos a acabar.

Así sucede con la gente sencilla del campo, que es la gente que asiste a nuestras presentaciones. Algunos son tan ingenuos y no comprenden que el intérprete ve muchas caras, miles de caras. No es posible que reconozca a la gente, y luego pasando años menos. Esta es otra faceta de los intérpretes, que nos sucede muy a menudo.

En nuestra familia fuimos nada más tres hermanos: Luis, Mario y yo. Me hubiera gustado mucho haber tenido una hermana, pero desgraciadamente no la tuvimos, así es que me conformo con mis dos hermanos. De Mario, mi hermano, yo siempre me refiero a él como Mario Garza. De vez en cuando, cuando está de vacaciones, se va con nosotros a las giras. Mario Garza es un tipo muy alegre que siempre anda entrado en copas, siempre. Cuando no está trabajando está tomando.

Una ocasión se fue con nosotros a Tamián, San Luis Potosí. Ya para cuando se subió al autobús para irnos, ya venía medio entrado en copas, y para qué decirles, todo el camino fue tomar. Llegamos

a Tamuín, empezamos a amenizar el baile, había dos o tres grupos más, era un baile grande. Y nosotros, al terminar nuestra primera presentación, nos vamos al autobús, es nuestro lugar de descanso cuando no hay camerino. Y al llegar al autobús me encuentro con que Mario está liado a golpes con un tipo. El tipo estaba tirado y Mario echándole patadas y madres. Y voy y lo quito:

—¿Qué te pasa, hombre? ¿Por qué te peleas? ¿Qué onda con este tipo?

—¡Quítate! Si no sabes lo que estaba diciendo de ustedes este cabrón.

—Espérate, espérate, vente.

Y ya lo agarro y me lo subo al autobús. Luego le pregunto:

—¿Qué pasó?

—No, pues que este cabrón dijo que *Luis y Julián* no valían para chingar a su madre para cantar.

—Déjalo, hombre. ¿Pues cuándo te los acabas? Vas a tener que pelear con todos.

Festival de la Canción Ranchera

En otra ocasión nos tocó en suerte a *Luis y Julián y su conjunto* ser el primer grupo de música norteña que participara en un Festival de la Canción Ranchera. El festival fue en Puebla. La canción con que debíamos de participar debía ser una canción original y nueva. Yo había compuesto, no hacía mucho tiempo, un corrido que se llama *El desierto de Arizona*, o sea la tragedia de unos campesinos que se adentraron por el desierto y murieron de insolación en las temibles arenas. Se rumoró mucho por ahí de que hubo varios intérpretes que se oponían rotundamente a que participara la música norteña. Entre ellos Antonio Aguilar, *Lucha Villa* y *Lola Beltrán*, que al final de cuentas se negaron a participar por esos motivos. Fue algo muy agradable para nosotros; teníamos la prensa, la radio, la televisión. Era algo muy emotivo, inolvidable para nosotros haber tenido la suerte de participar en ese gran

festival. Me acuerdo que la intérprete que ganó fue *Chayito Valdez*, con una canción de Carlos Peña.

El siguiente año volvimos a tener la suerte de participar en el Sexto Festival de la Canción Ranchera. En esta ocasión en el Teatro de la Ciudad, en la Ciudad de México. Participamos con una canción que lleva por nombre *El milagro*, también mía. Esa vez participaron *Lalo González Piporro*, Beatriz Adriana, Julio Aldama, entre otros grandes amigos nuestros. Como la vez anterior, no llegamos a ningún lado, pero sí tuvimos la suerte de tomar parte en estos festivales. Me acuerdo de una entrevista que me hizo la prensa. Me dicen:

—¿Cuál cree que sea el medio de promoción más efectivo para los intérpretes?

—Pues la radio.

—¿Y por qué cree que la radio?

—Porque la radio penetra a todos los lugares. Todos los medios de promoción para los intérpretes son buenos, pero creo que el mejor es la radio. La radio se introduce hasta los lugares más recónditos de los pueblos, de los hogares.

La víbora no traía pistola

En el municipio donde yo nací hay algunos personajes muy simpáticos; Librado González Garza, *Chemita*; el dueño de un restaurante de ahí en Los Ramones; *Lolo Ramos* y otros. En nuestras andanzas en la música hemos llegado a conocerlos muy a fondo.

Librado González Garza es un tipo muy oportuno para improvisar chistes y hacer reír a todos sus amigos. Una ocasión nos contaba: “No, pues ahí tienen ustedes que llegué a la cantina del pueblo y paré mi camioneta ahí enfrente. Yo llevaba un borrego. Me metí a jugar con un tipo y empecé a perder. Duramos toda la tarde jugando. Ya para el oscurecer yo perdía diez mil pesos, que en aquel tiempo era una fortuna. Resulta que aquel tipo

se quería ir porque supuestamente tenía mucha hambre. Entonces le digo al cantinero:

—Oye, baja la borrega que traigo ahí en la camioneta y hazla caldo o ásalala. A ver qué haces con ella para atender aquí a nuestro amigo. Yo con el fin de que no se fuera, a ver si me reponía de la pérdida que estaba sufriendo. Ya el cantinero la hizo caldo y cenamos muy bien aquel amigo y yo. Seguimos jugando, ya no tuvo protesta para abandonar la jugada. Para no alargarles el cuento, ya para cuando amaneció estaba a mano, me había repuesto de los diez mil pesos y el tipo se cansó y se fue. Y yo también me preparé para regresar. A final de cuentas lo único que salí perdiendo fue la borrega, pero yo a la borrega ya me la había tirado tres veces.”

Librado ahora se dedica a desmontar potreros con unas máquinas Caterpillar, de esas grandes. No hace mucho mi compadre Lalo Mora, de *Los Invasores de Nuevo León*, tenía la urgencia de desmontar un terreno que tiene acá por el lado de Cadereyta, y buscó a Librado. Se fueron a ver el terreno. Mi compadre Lalo Mora iba estrenando unas botas de avestruz, y Librado le dice:

—Oiga Lalo, con esas botas no va a poder usted entrar al monte, las va a arruinar.

—Pero pues usted también trae otras iguales, y vamos pa'l mismo lugar.

—Sí, pero yo tengo doscientos pares.

No hace mucho me lo encontré, y después de saludarlo me dice: “Fíjate que agarré un pedón bruto en Los Ramones, y como no había música pues agarré noventa y nueve tambores y un violín. Hicieron una refusilata bruta, un rezumbido tremendo por todo el pueblo.”

Chemita, para callar los rumores, se vino a casar ya estando viejo. En broma, todo el mundo le decía que si no se casaba iban a pensar que era joto, así que tuvo que buscar una novia y casarse. Una ocasión, encontrándonos en su restaurante, estábamos

cenando cuando llega *Chemita*; es muy afecto a la jugada, y nos dice:

—Acabo de perder treinta millones, hermano, me acaban de dar en toda la madre.

Le digo:

—No, pues es que la jugada no es negocio.

En eso llega un cliente de por allá de Garza González, un pueblito que está no lejos de Los Ramones, y compra un pollo de los que vende *Chemita* en el restaurante. Se lo dan y lo desenvuelve el tipo; un poco enojado dice:

—Oye *Chemita*, a este pollo le falta una pata.

Chema también le contesta de mal humor:

—Bueno, ¿lo quieres para bailar o qué?

En Zuazua, estábamos en la cantina de mi compadre *Beto El Cabezón*, departiendo, echándonos unas cervezas mi compadre Carlos, Lucio Palacios y yo. Lucio Palacios es el que toca el *beis* con *Carlos y José*. Entonces un viejón, ya medio entrado en copas, me dice:

—Oye, ¿tú eres el que compone los corridos?

—Pues ahí he hecho algunos.

—Yo quiero que le compongas un corrido a mi hermano.

—Está bueno, viendo. A ver, platíqueme algo, documénteme y a lo mejor; si me gusta la idea pues se lo puedo hacer.

—No, pos fíjate, a mi hermano lo mató una víbora, hombre. Y soltamos todos la carcajada.

—Oh, no se burlen.

—No nos burlamos, señor, pero es que nos causa risa, los corridos siempre son a base de que se matan dos tipos a disparos, sacan las armas; pero aquí seguramente la víbora no traía pistola y como quiera mató a su hermano.

Verso por verso y así salió

Me llegaron noticias de Houston; resulta que dos paisanos nuestros, uno de Tamaulipas y el otro de Nuevo León, se medio

mataron por una discusión en tomo del corrido *Las tres tumbas*. El de Nuevo León afirmaba que el rancho del Pitayo estaba en este estado y el de Tamaulipas aseguraba que no, que estaba allá, en su tierra. Y de dicha discusión llegaron a los golpes y al hospital. Pues les diré que el rancho del Pitayo creo que no existe, porque yo lo puse en mi corrido para rimar el verso. Será la ignorancia, la envidia o no analizar las cosas lo que hace muchas veces que nos conduzcamos en forma equivocada.

Yo siempre trato de componer algo que perdure, que le pueda agradar a la mayoría de la gente. Hay veces que lo hago sin pensar en nada, lo traigo aquí y después pienso: "Oye, pues este verso lo puedo aplicar aquí y puede ser algo que le guste a la gente". Por ejemplo, está el estribillo del *Espinazo del Diablo*. Esa composición la empecé así como está, verso por verso y así salió. Me acuerdo que le hice un arreglo a uno de los versos, después, no me acuerdo a cuál, pero salió casi como yo lo hice en un principio.

Cuando estuvimos allá en Monclova, donde quiera nos pedían *Asesino a sueldo*. Todos esos corridos: *Luis Aguirre*, *Las tres tumbas*, donde quiera que te paras te los piden. Es la misma en todas partes: el mismo público. Es la gente que viene del campo.

Cuando estábamos en la conferencia en San Pedro, Nuevo León, unos señores que estaban ahí decían que la música extranjera estaba haciendo mucha mella en el público mexicano. Y yo les dije: "No, la música extranjera siempre se ha introducido en México, pero en las grandes ciudades, en el campo sigue siendo la misma de siempre". Y es cierto, las baladas no van a entrar nunca al rancho. A la gente del campo, ésas no se las van a meter nunca. Esa gente sigue escuchando lo mismo, las canciones rancheras y los corridos.

En la ciudad, por ejemplo, los obreros que se reúnen en las presentaciones nuestras, es gente que trabaja aquí en Monterrey; pero tienen su origen o raíz en el campo. A la gente que está aquí, en Monterrey, de otra clase social, también le gusta la música norteña, pero tratan de disimularlo. Como la música es popular, como que le hacen el feo; pero no deja de gustarles. Les gusta,

cómo no. Algunas veces me ha tocado que al ver esa clase de gente he pensado: "No, aquí no la vamos a hacer". Y todo lo contrario, ya empezando a tocar todo mundo empieza a bailar huapango, redova y chotís.

Los Castigadores de Nuevo León trabajan en Houston, por allá radican. Son paisanos nuestros; Cande es de Matamoros y Abraham de General Terán. Una ocasión, estando en San Antonio, Abraham Díaz me dice:

—Oye Julián, ¡Qué chinga nos anda dando *El chubasco*!

—¿Por qué, en qué te afecta *El chubasco*?

—No, pues por donde quiera lo ando oyendo, ya me tiene hasta el gorro.

—Por eso, pero comprende que en tanto algún grupo o dos o tres anden levantando la música nuestra, la que con tanto orgullo interpretamos, la música norteña, eso nos hace bien a todos. Porque imagínate que alguien vaya a contratar a *Carlos y José* y éstos, precisamente, por ese éxito del *Chubasco*, tengan mucho trabajo y no puedan ir con ese alguien; ese alguien viene a buscarte a ti, porque tú interpretas el mismo género de música, entonces tú vas a cantarle a ese alguien *El chubasco*.

Yo no les hago un corrido

Otra ocasión llegamos a Vaquerías, a un baile muy sonado, cerca de Linares. Como llegamos temprano, en la tarde, con la raza, les dije:

—¿Vamos a bañarnos al río?

—¡Vamos!

Ahí andamos bañándonos, nadando con toda la raza del grupo; ayudantes y todo mundo. Hubo un ratillo que nos quedamos silencios todos, no sé por qué motivo. El aire al entreverarse por las jaras empezó a silbar así... muy siniestramente se oía el zumbido del aire, pero de una forma muy rara y fea. Se metía entre las jaras que están por la orilla del río y yo bromeando les dije:

—Va a haber pedo a la noche, y muy pesado.

—¿Cómo qué?

—Está cabrón, va a haber mucha balacera aquí.

No, pues así fue; en la noche empezamos a jalar y me acuerdo que con la última parada mi compadre Javier Ríos se arrancó con el huapango de *Juan Colorado*. A las meras once se empezaron a oír disparos. Yo pensé que eran cuetes, pero no veía dónde los estaban lanzando y busqué para atrás. Allí enfrentito de nosotros, como unos cinco o seis metros, vi los flamazos de las armas. Vi que disparaban como diez pistolas a boca de jarro... y el gentillal, así la avalancha. Ver a la gente asustada es lo más feo del mundo, es una ola que se ve así: niños, mujeres, todo mundo se va apartando de una forma mucho muy fea. Yo, como de costumbre en esas lides, les aventé el micrófono y ¡a chingar su madre, pecho a tierra! Se despejó un poco el pedo y vi que estaban cuatro tipos tirados y uno de ellos gritaba. A navajazos lo acabaron de matar, a cuchilladas. Cuando la gente corrió y los que dispararon también, yo me incorporé en esos momentos. Viene uno de los tipos que habían disparado y me da la pistola, hasta me quemó la mano.

—Ten, escóndemela

—No la chingues, no me empaletes a mí, escóndetela tú.

Entonces se la metió entre la falda de la camisa, brincó la cerca y se fue. A mi tío Melitón Turrubiates, un cómico de allá de Montemorelos que había organizado los bailes, no lo encontrábamos. Un viejo más cobarde que nosotros, y su señora asustadísima.

—¿Dónde está Melitón?

—Pues quién sabe señora.

Anduvimos buscándolo hasta que lo encontramos. Estaba en la cabina de una troca, tirado en el piso, pero bien embarrado abajo, el viejo. Fue el último baile que organizó, ya no volvió a hacer uno. Nunca volví a ver al señor desde esa tragedia, y luego alguien me dice:

—Oye, compónles un corrido a estas gentes.

—N'hombre, hubieran ido a matarse como los hombres, afuera, donde no arriesguen la vida de los niños y las mujeres. Sí les

hubiera hecho un corrido. Pero esos cabrones ¿cómo se ponen a sacar las armas y a disparar habiendo tantos niños y tantas familias? Quiere decir que se mataron de asustados. Los hombres que son hombres se retan y salen a terreno a matarse. Estos no. Yo no les hago un corrido, que se los haga otro.

No sé si les hayan hecho un corrido, no creo. Esto pasó en Vaquerías, Nuevo León, pero ya cerca de los linderos con Tamaulipas.

Yo pienso que la gente sí cambia de personalidad un poco al escuchar los corridos, máxime que ya anden entrados en copas. Se hacen agresivos, se acuerdan de rencillas, de pleitos anteriores que han tenido entre ellos mismos. Y al calor de las copas se hacen de palabras, se disparan y se matan. Parece ser que los de Vaquerías tenían rencillas, por la forma en que se mataron. Al que quedó vivo se lo acabaron a puras puñaladas. Gritaba como marrano el tipo cuando le entraban el cuchillo y las navajas. Eran dolientes de uno de los muertos quienes acabaron de matar al que quedaba vivo. Hay veces que sí hay ley, va la judicial o la rural; pero hay ejidos distantes donde no hay policía, metidos entre la sierra o lejos del pueblo y ahí es cuando surgen los desmadres.

Ibamos rumbo a Pocitas, municipio de Galeana, y llegamos a la gasolinera. Dijimos: "Vamos a llenar el tanque, porque a lo mejor a la hora que se acabe el baile está cerrado". Habíamos oído una plática, que en un aniversario del ejido Pocitas *Los Alegres de Terán* salieron a pezuña de caballo, corriendo, porque hubo una matazón muy fea de gente. Y le preguntamos ahí al despachador.

—Oye, ¿cómo está el asunto ahí en Pocitas?

—Hombre, ustedes canten las canciones que ellos les pidan.

—Y si no las sabemos ¿qué?

—Ah, pues esa es bronca de ustedes.

—¡En la madre!

Pues ahí vamos. Al llegar instalamos el equipo. Y con miedo, sinceramente, porque sería muy triste que un cabrón te matara nada más de barbas. Las chingadas balas que se van te dan siempre en una parte vital, siempre toca la mala suerte. Ese es el

miedo que tengo. Llegando pregunté: "Pues el comisariado ejidal ¿quién es?" Le dije:

—Oiga, tenemos antecedentes de que aquí la raza es muy brava y usted tiene la obligación de ver qué chingados hace para que no nos vayan a molestar, que nos dejen trabajar a gusto.

—No, muchacho, ahorita yo voy a apaciguar a estos cabrones. Al empezar el baile, el viejo agarra el micrófono:

—Señores, ustedes saben que hemos tenido problemas para poder llevar a cabo este festejo, se ha gastado dinero, se ha invertido. Yo no quiero que vaya a haber alguna bronca entre nosotros, todos somos los mismos, y año con año tenemos problemas. Quiero que ahora se evite eso, voy a hacer una cosa: todo aquel que inicie un pleito, sea quién sea, es el que va a pagar todos los gastos que se estén originando en este festejo. Señores: pórtense bien con los muchachos del grupo; pídanles canciones, ellos vienen a complacerlos pero no se pongan exigentes, no se pongan necios.

No hubo absolutamente nada; pero es que les pegó donde les dolía, en la lana. Nos dejaron tranquilamente cantar lo que nosotros quisiéramos. Ni siquiera nos pidieron una canción, nada, nada. Hombre, una chulada, yo creo que es lo que se debía de hacer en cada bailongo de éstos. Advertirle a la gente que, aunque ya después se emborrachen, como quiera ya traen la conciencia de lo que va a pasar si originan un pleito. Era un viejón respetuoso y respetado, ahí en la región.

Una vez estábamos en un ejido por acá en Tamaulipas, y que a medio baile empezó a necear un rancherito ahí de la región; gente muy buena, todos son gente muy buena, lo que pasa es que ya borrachos empiezan a necear; y *Nomás las mujeres quedan*, cántenmela por favor, cántenme *Nomás las mujeres quedan*, por favor, cántame *Nomás las mujeres quedan*. No se la quería cantar porque presentía yo que iba a haber pedo.

—Cántamela por favor, y se componía la pistola. Cántamela.

—Orita, orita, espérate, orita.

Y se la dejé hasta el último momento del baile, ya en el popurrí. No, pues ya nomás la dibujó mi compadre Javier Ríos, todavía andaba trabajando con nosotros, y el tipo sacó la pistola a disparar al aire. Era toda su onda, él quería disparar al aire. Pero alguien se le mancornó, como vulgarmente se dice, de la mano, y le bajaron la pistola. Y conforme la fue bajando iba disparándola. Lo mismo que la ocasión que cuento del ejido Amaro. Descargó toda la pistola el tipo, y la última bala levantó polvo en el suelo. No le pegó a nadie. Y nosotros, el corredero de cabrones atrás de las bocinas. Yo aventé el micrófono. Me dijo Luis:

—No avientes el micrófono.

—Te aviento hasta el cabezal.

Bueno, nosotros no sentimos nada contra nadie, no tenemos nada, al contrario, tenemos mucho que agradecerle a toda la musicada. Tenemos muchos compañeros que nos dieron la mano. Sí hay el celo y la envidia, sí existe. Una ocasión, los discos de nosotros estaban muy bien, jalando en la radio. Estábamos grabando con Basilio, y luego yo y me dice Basilio:

—Oye, que los quite a ustedes de la radio.

—Yo jamás hubiera creído eso, si no es que usted me lo está diciendo, no lo hubiera creído nunca.

—N'hombre, pero creo que son celos de este muchacho.

—No, pero en sus manos está, usted es el que vende los discos, y si no los enseña no los vende, quítenos de programación.

—No, no, no, no los voy a quitar, lo que pasa es que este muchacho anda mal,

Uno de los tragos más amargos de mi carrera lo pasé en Ciudad Victoria, Tamaulipas, donde íbamos a amenizar un baile Los *Cadetes de Linares y Luis y Julián*. A mediación del baile alguien del público se estaba orinando en el carro de *Lupe Tijerina*, éste puso el grito en el cielo y se armó un pleito fenomenal. *Lupe* sacó la pistola y aventó varios disparos al aire, la gente se amotinó y *Los Cadetes* se escaparon en la camioneta panel de nosotros y ya no se presentaron a cantar, nos dejaron la bronca.

Cumplimos la siguiente actuación pero como *Los Cadetes*, a quienes les tocaba dar punto final al baile, ya no se presentaron, entonces el público la tomó en contra de nosotros y se desquitaban destruyendo todo el equipo de sonido. Nosotros traíamos un equipo que con mucho sacrificio habíamos comprado, de cuatro bocinas. Quebraron las bocinas, las quemaron, el cabezal, los pedestales, todo lo hizo garras el público, todo destruyeron. Es más, por mucho tiempo no tuvimos otro equipo igual, se lo acabó la gente. Y nosotros viendo, era muy triste estar viendo aquello sin poder hacer nada. El público de Ciudad Victoria, Tamaulipas, acabó con nuestro equipo de sonido y nosotros nomás viendo.

Nos venimos rumbo a Piedras Negras porque esa temporadita andábamos alternando con *Los Cadetes*. Todo el convoy iba adelante, el equipo de sonido, el de ellos, ya nosotros no teníamos nada. Mero atrás íbamos *Lupe Tijerina*, Homero y yo en la camioneta de *Lupe*, una *pick up* ford nuevecita, del año. Homero dijo: "Oye, párate ahí con los menonitas, a comprar queso". No, pues se paró *Lupe* y compramos queso. Nos fuimos comiendo. Oye, poco antes de llegar a Piedras Negras. Homero iba muriéndose. Lo que me admiraba era que yo no sentía nada, ni *Lupe* tampoco, y aquél muriendo. Directamente al hospital con Homero y dijo el médico: "No, pues si llegan un poquito tarde no la libra el muchacho. Se muere."

Nos vamos a cantar y hacemos nuestra parte y *Los Cadetes* no se presentan por lo mismo, aquél estaba en el hospital, y la gente que empieza a chingar, a tumbar el baile, el salón, todas las vidrieras a silletazos, a pedradas, a botellazos, el desmadre feo de a madre. Nosotros a correr para el hotel, chingue su madre, te mata la gente.

Un día que me veo en la necesidad de volar a Houston, debe haber sido como el setenta y seis, setenta y siete, por ahí, me subí en un avión. Yo tenía que estar el viernes en la noche allá. Y ahí voy, nadie me había comentado a mí de la situación ésta de las bolsas de aire y las turbulencias. Dije: "En la madre, este pedo ya se va a caer"; pero me consolaba porque veía yo a los demás

pasajeros, que no se alarmaban. Entonces esto ha de ser normal. Esa fue mi primera experiencia en el avión.

Siempre había tratado de evitar el volar, hasta que esa ocasión ya no hubo escapatoria, tuve que subirme en un avión. Y la segunda vez que me tocó, íbamos nosotros, también Monterrey-Houston. Estábamos en el aeropuerto: Homero, *Lupe Tijerina*, Luis, *La Piny*, el baterista de *Los Cadetes* y yo. Nosotros íbamos por tierra a la boda de una hija de Homero, en Houston. Y también a echarnos unas canciones ahí. Ya estando en el aeropuerto dice Homero:

—No, tú no te vayas con ellos, tú vente con nosotros.

—Pero no traigo boleto.

—Ahorita te saco uno, mira, aquí hay chance, el avión no ha llegado. Bueno, ya Luis y *La Piny* se fueron por tierra y yo me fui con aquéllos en el avión.

Llegamos a Houston y ahí en la casa de Homero: "Préstame el teléfono, Homero". Ya me saca un teléfono inalámbrico para el patio y llamo para la casa.

—Estoy acá en Houston.

—Que, qué, por qué, si te acabas de ir.

—Sí, pero en un avión, hombre.

Es hora que no le pierdo el miedo al avión, y ahora vuelo cantidad de veces; pero siempre que me toca, que es después de medio día y que no ando crudo, me echo mis cervezas, mis jaiboles y ya el nervio se asienta. Pero cuando es en la mañana, ahí me chingo, porque en la mañana no tomo, no me cae la bebida. Normalmente, cuando es así, después de medio día, órale, en el aeropuerto empiezo a chupar vidrio y ya me asienta el nervio. Me pongo bien mamado y ahí, que se caiga esta chingadera y que chingue su madre.

Te dejamos el baile tirado

Amaneció y nos venimos a Laredo. Todos adelante y aquél, Homero, *Lupe* y yo, atrás. Ya para en la mañana Homero estaba

bien y se había aliviado de los quesos aquéllos. Nos venimos, se nos hizo noche. En el camino estaba un accidente muy feo en la carretera. Me acuerdo que estaba un carro volcado y estaba un tipo prensado entre el volante y el asiento. Venía pedo, porque había botellas de whisky ahí regadas. Entonces, Homero y *Lupe* se bajan a ayudar, a desafanar a aquel cabrón donde estaba aprisionado y yo aluzándoles con el *spotline* hasta que lograron sacarlo. Se paró un autobús y en la parte de abajo del autobús ahí echaron al tipo muy malo y se lo llevaron a Laredo.

Nosotros llegamos a la feria de Laredo, ahí donde íbamos a cantar y Frank Frausto, el promotor que nos llevaba, dice:

—Julián, esta noche no se las voy a pagar.

—Pues ¿por qué?

—Pues tuve que pagar trescientos mil pesos por todos los daños que hizo la gente. Y Homero oyó, dice:

—¿Qué pasó?

—No, le estoy diciendo a Julián que no le voy a pagar lo de anoche.

—¿Por qué?

—No, pos perdimos allá, perdí allá.

—¿Y cuándo ganas qué pedo?

—Pagas o no nos presentas ahorita y nos vamos a la chingada a Monterrey.

—No, Homero, no la chingues.

—Pos págales cabrón o me voy, nos vamos todos, te dejamos el pinche baile ahí tirado.

—No, Homero, no la chingues.

—Págales.

—Bueno, está bueno.

O sea que ahí se notó el compañerismo del hombre. Y me consta que no le gustaba manejar, porque una vez en el puente de Reynosa, venía él de Houston en su camioneta y ahí coincidimos:

—Julián y Luis, que bueno que los veo, hombre. Julián, ayúdame a manejar. Yo no, no me gusta manejar, hombre. Aunque sea de aquí a Monterrey.

—Sí hombre, cómo no.

Nos venimos él y yo en su camioneta, manejando yo, y en el camino me dice un detalle que nunca lo he olvidado

—Oye, mira Julián, *Los Gavilanes*, *Los Cadetes*, *Los Alegres*, *Carlos y José* todos nos parecemos un poco, nos confundimos ahí las voces, todos tenemos pedacitos ahí que nos parecemos unos a otros; y *Luis y Julián* no se parecen a nadie, son cien por ciento originales, un día la van a hacer ustedes, no se desesperen, yo anduve veinticinco años taloneando en las cantinas, ya la hice, ya la ando haciendo a toda madre, no se desesperen.

No, no, pos ahí andamos defendiéndonos. Ese comentario me lo hizo en la carretera, cuando veníamos de Reynosa, que venía él fastidiado de manejar. En todas las giras que anduvimos con ellos, aquí en México, Homero nunca manejaba. Es raro que ese día que se mató iba aferrado al volante. En ocasiones Homero me invitaba a ir con las mujeres —las mujeres que fuman—, nos amanecía siempre, y agarraba algún trío o algo así de música romántica para llevarle serenata a su mujer. “M’hijita, andaba con Julián y Luis, hombre, andaba en una pachanguita que me invitaron y nos amaneció.”

Terrible Cuerno de Chivo

Un día me llamó mi compadre Carlos, del dueto *Carlos y José*, y me dice: “Compadre, ven aquí a la casa, hay un hombre que quiere conocerlos, además quiere contratarlos para un trabajo en Guadalajara”. Luis y yo nos trasladamos en nuestra *pick up* a la casa de mi compadre Carlos y ahí conocimos a Rodrigo López. Nos dice este hombre: “Cumpló años y quiero que vayan *Carlos y José* y *Luis y Julián* a tocar en este festejo, allá en una granja que tengo en Guadalajara.”

Concertamos la fecha y nos fuimos *Carlos y José* y nosotros, cada quien en su mueble, directos a la granja de Rodrigo López en Guadalajara. Llegamos y empezamos a trabajar, *Carlos y José* tenían un compromiso en Zacatecas y estarían cinco horas entre

nosotros. Nos quedamos *Luis y Julián y su conjunto* amenizando aquel festejo hasta la madrugada. Esa fue la primera vez que estuvimos en esa granja tan bonita de Rodrigo López, donde algunas veces estuvimos hasta tres, cuatro días, mientras se llegaba la fecha de algún festejo. Tenía la costumbre de hablamos con mucha anterioridad a la fecha de sus pachangas. Tenía su billar donde matábamos el tiempo todos los compañeros del grupo nuestro: don Briseño, Héctor Carranco, César y Felo.

No sé por qué tengo la suerte de caerle muy bien a los niños, los hijos de Rodrigo López no fueron la excepción. *Quiquín* y Rodrigo junior, cada vez que nos presentábamos ahí en la granja, amenizando algún festejo de Raúl, se acercaban a mí. Más el junior que *Quiquín*. Y el junior siempre iba y me decía: "Julián, cántame *Se está cayendo el jacal*". Nada más nos presentábamos y tenía que complacer al niño con aquella canción.

Una ocasión estábamos arriba del autobús, descansando, mientras otro grupo alternaba con nosotros ahí en la fiesta, y sube una niñita muy guapa, muy bonita, acompañada de *Quiquín*. Yo, como estaba en el primer asiento, los veo y les digo: "Adelante, pásenle". *Quiquín* me dice:

—Oye Julián: ¿Están desocupadas las camas?

—Sí, sí están desocupadas.

Y es que en el autobús traemos dos camas para descansar en nuestros largos viajes. *Quiquín* sabía de esto, y por tal motivo me preguntó. Le dije:

—¿Para qué *Quiquín*?

—Es que esta niña y yo vamos a jugar a los esposos.

—Pues pásenle, están en su casa.

Subieron, se oyó el movimiento allá donde *Quiquín* le estaba ayudando a la niña a subir a una de las camas y luego me vuelve a llamar, me dice: "Oye Julián, no encuentro ninguna cobija." Me pongo de pie y voy atrás del autobús, le consigo una cobija y se la doy. Se tapan y sabrá Dios qué es lo que harían. De rato, se bajaron muy contentos los dos, y les pregunto:

—¿Cómo les fue *Quiquín*?, ¿qué hicieron?

—Pues todo lo que hacen los esposos cuando se acuestan. Soltamos la carcajada todos los que estábamos ahí, a bordo del autobús. Recuerdo que Rodrigo tenían un velador ahí en la granja, era un vejete de esos cascarrabias, y una vez castigó muy duro a junior. Lo castigó, le dio las nalgadas más fuertes de su vida. El niño lloró, y entonces Rodrigo le dice:

—Bueno, ¿pues, por qué le pegas?

—Mira, fíjate aquí en mi espalda.

—Pues ¿qué te pasó hombre?

—Este niño que me *mió*, estaba yo sentado, fue y me orinó todo.

Nos pusimos a investigar y el que había hecho el daño era *Quiquín*; y el junior, teniendo conocimiento de esto, a pesar de que el señor lo estaba castigando, nunca dijo que él no había sido.

Un atardecer que nos despedimos de Rodrigo y de su familia, el junior le dice a su madre, la señora Célida:

—Yo me voy con Julián a Monterrey.

—No m'hijo, pues ¿cómo que te vas a Monterrey y aquí me dejas a mí?

—Pues yo voy a Monterrey con Julián, él me trae después, quiero ir a pasear en su autobús.

Entonces el niño viaja con nosotros hasta la cuesta. Ahí va y nos alcanza Rodrigo en su carro, pues ya previamente me había dicho: "Dénle hasta tal lugar, para ese punto el niño ya tiene que ir dormido". Y Rodrigo no se equivocó, así fue. En tal lugar nos detuvimos, Rodrigo nos alcanza y yo bajé con el niño dormido.

Aquella ocasión en que conocimos a Raúl Rodrigo López, en la casa de mi compadre Carlos, me dice:

—Oye Julián, ¿qué mueble usan ustedes en sus giras?

—Tenemos una camioneta panel, y en ésa nos trasladamos a los lugares donde vamos a cantar.

—Pues no, no me gusta que *Luis y Julián* anden en una panel o en una *pick up*, ustedes merecen andar en un autobús.

—Pues sí Rodrigo, pero pienso que todavía no es el momento.

—Cómo no, dice, ¡ya es el momento!

Le habla a mi compadre Carlos:

—Oye Carlos, yo sé que ustedes tienen dos autobuses.

—Sí, tenemos dos autobuses, y andamos vendiendo uno.

—¿Cuánto quieres por él?

—Queremos dos millones y medio.

—Dáselo a *Luis y Julián* y tu yo nos arreglamos, yo te lo pago a ti.

Carlos y Anselmo nos dieron el autobús. Empezamos a viajar en esa unidad y era una novedad para nosotros. Le pusimos nuestros nombres en los costados de la unidad y poco a poco salimos de esa deuda con Rodrigo, nunca terminaremos de agradecerle aquel gran gesto.

Otra ocasión, no sé por qué motivo, Rodrigo fue a festejar su cumpleaños en un rancho en las inmediaciones de Aguascalientes. Todo se desarrolló normalmente, como siempre, mucha bebida, mucha comida, regalos para el agasajado. El comandante Aguilera, de la Policía Judicial, llegó a hacerle un regalo muy especial: un cuerno de chivo con ramificaciones de oro y plata, con diamantes incrustados en las cachas. Era un rifle único en el mundo, parece ser que un chino lo decoró de esa manera. Al tenerlo en mis manos me asombré de la artesanía y me propuse hacerle un corrido a ese rifle. De regreso, en el mismo autobús, me puse a rimar los versos y en la casa le puse la música. *Terrible cuerno de chivo* lleva por nombre este corrido, del cual también he hecho un argumento para cine.

Por aquellos días yo había preparado el argumento de *Tierra de rencores*, una película que filmamos y que, con muchos esfuerzos, echando mano de todos nuestros ahorros y el apoyo de un hombre de gran corazón, nos lanzamos a la aventura de producirla. Con el argumento en mi portafolios me fui a la Ciudad de México, a los Estudios América, en busca de Gregorio Casals, Alfredo Gutiérrez y Rodrigo Puebla. Eran los actores que yo veía en mi película. Al primero que encontré fue a Alfredo Gutiérrez, un gran actor, y le expuse mis planes, le dije: “Te necesito en uno de los papeles de la película”. Dijo: “Estoy puesto incondicionalmente, con dinero o

sin dinero yo voy contigo”. Alfredo y yo nos habíamos hecho muy amigos en las películas *El criminal* y posteriormente en *Todos eran valientes*, y no me acuerdo en cuál otra. Lo mismo con Rodrigo Puebla, que me había prometido: “Julián, el día que tú hagas algo yo estaré a tu lado, estaré contigo siempre.” Al único que no encontré fue a Gregorio Casals. Gregorio andaba en San Miguel el Alto, Jalisco, de donde es originario. Me voy al hotel y acababa de salir del baño cuando tocan la puerta en mi habitación y abro, era Gregorio Casals:

—¡Quihúbole!

—¡Quihúbole!

—Sé que me andas buscando, acabo de llegar de Jalisco.

—Pues sí, Gregorio, te necesito en una película que vamos a producir.

—Estoy contigo, cuenta conmigo desde ahorita.

—Perfecto.

Empecé a redondear mis planes. Manolo Cárdenas y yo nos pusimos inmediatamente a hacerle el último tratamiento al guión cinematográfico, y posteriormente llegó mi hijo y le fuimos dando forma final. Terminamos el argumento, lo mandamos imprimir. Tenía yo a Edna Bolkan en mis planes y dudamos un poco, porque la muchacha se fue a Nueva York y no logramos contratarla por el momento. Pero me faltaba el director. Yo no quería traer a Fernando Durán, muy amigo mío —es un gran director— por no interferir con los hermanos Tamez, ya que Durán es su director exclusivo. Además, los hermanos Tamez estaban por filmar otra película que se llamaba *Fuera de la ley*.

Gregorio y yo empezamos a pensar quién podría dirigir la película. Me dice: “Oye, pues yo tengo un hermano que es director, si te parece bien le hablamos”. Le dije que le hablara a su hermano para platicar con él. Ahí fue donde conocí a Jaime Casillas, hermano de Gregorio. Aclararé que Gregorio Casals es su nombre de combate, pero fuera del cine Gregorio Casals se llama José de Jesús Casillas. Viene Jaime, me cae muy bien el señor. Un tipo muy respetable, muy serio, de una simpatía tremenda este

Jaime. Le exponemos el argumento. Todo le pareció fantástico y empezamos a trabajar sobre los actores que debíamos de traer, porque todavía no completábamos el reparto. No hallábamos si decidimos por alguno de los hermanos Almada o Alvaro Zermeño. Entonces Manolo Cárdenas y yo nos vamos a los Estudios Churubusco, donde Alvaro Zermeño estaba doblando una de sus películas. Le dio mucho gusto a Alvaro verme, y a mí también. Le digo:

—Alvaro, te necesito para que encabeces el reparto de mi película que voy a producir en Monterrey.

—Julián, estoy a tus órdenes, nada más vamos a platicar de dinero.

Nos fuimos al restaurante y en tanto comíamos llegamos a un acuerdo. Convenimos en sus honorarios. Bueno, entonces ya íbamos figurando nuestro *casting*. Manolo Cárdenas y yo, entre tanto, le dábamos el tratamiento al guión y lo terminamos.

Pasaron varios días, recuerdo que una noche a la una de la mañana, yo estaba dormido y la cama empezó a golpetear contra la pared. Doy el salto y digo: “Está temblando”. Veo que los ganchos de los trajes se van de uno a otro lado del guardarropa: “Levántate hijo, está temblando”. Abro la puerta de mi cuarto y oigo la gritería de mujeres. Cundió el pánico, mujeres corre y corre, buscando las escaleras envueltas en sábanas y volteo hacia atrás y veo a mi hijo poniéndose las botas. Le digo: “Deja las pinches botas, vámonos”. Bajamos por las escaleras, estábamos en el tercer piso, llegamos casi inmediatamente a la planta baja del hotel. Yo en *shorts* y mi hijo también. Fue un temblor muy fuerte pero afortunadamente hasta ahí llegaron las cosas. Recuerdo que el hotel quedó totalmente vacío, todo mundo lo abandonó, menos nosotros que pasamos el resto de la noche en la planta baja, en el *lobby*, y en la calle, por el temor de que volviera a repetirse el terremoto.

Nos fuimos a los Estudios América a seguir trabajando sobre la película que pensábamos hacer, *Tierra de rencores*, basada en el corrido *Nomás las mujeres quedan*. Recuerdo que cuando ya

estuvieron los guiones listos, o sea los libretos, le doy uno a Rodrigo Puebla y le digo: “Mira Rodrigo, este es el papel que quiero que hagas en mi película”. Posteriormente me di cuenta que a Rodrigo no le convino o no le gustó el papel que yo le ofrecía y no quiso venir a mi película, siendo que me había prometido que estaba conmigo “cuando yo lo necesitara”. Entre tanto Edna Bolkan regresó de la ciudad de Nueva York, platicamos con ella, nos pusimos de acuerdo en sus honorarios y quedó contratada. Llegamos también a un acuerdo con Agustín Lara, uno de los mejores fotógrafos del cine nacional, homónimo del músico poeta. También firmamos a los actores Wally Barrón, Humberto Elizondo, Armando Duarte, Roberto Cañedo, su hija Claudia, Ada Carrasco, Clarisa Ahuets, Carlos Rotzinger y otros. Total, ya se veía redondeado nuestro reparto.

Entonces vengo a Monterrey a buscar las locaciones en las inmediaciones de la ciudad, ya que nuestra película tenía que ser campirana. El tema se remontaba a los años cuarenta. Me voy rumbo a Montemorelos y encuentro por allá todo lo que necesitaba para mi película. Casi todas las locaciones que yo encontré fueron del agrado de Jaime, y se aproximaba el día de la filmación. En mis andanzas por allá en Montemorelos me encuentro con una señora de muy buen ver, una señora casada. Resultó que tenía una gran experiencia en las lides amorosas y me las tuve que ver con ella muchos días en los cuartos de hotel de por aquella región. Una señora muy agradable que después me vi en la penosa necesidad de deshacerme de ella, porque se me vino el mundo encima en cuestiones de romances.

En una conferencia que tuve con mi hijo en la Ciudad de México, me comunicó que habían contratado a Patricia Tovar para hacer el papel de Aurora García, un personaje muy importante de la historia. Yo había oído mencionar a esta actriz pero no la conocía, quedé impresionado la primera vez que la vi. Toda la compañía, el *staff*, los actores, los técnicos nos hospedamos en uno de los escasos hoteles de Montemorelos. Se aproximaba el día, y llega Raúl Rodrigo López y me dice:

—Julián, tengo vacaciones, quiero permanecer contigo durante la filmación.

—Bienvenido Rodrigo, y a lo mejor hasta participas en el film.

Le agradó mucho esta idea, y nos la empezamos a pasar a todo dar. Me tocó participar en las primeras escenas de la película. Nos trasladamos a un lugar que se llama La Mata de Sandía, municipio de General Terán, donde encontramos un arroyo muy adecuado y que a Jaime le pareció ideal para realizar las escenas de la fuga del penal. Cuando yo tenía unos dieciocho o veinte años me eché un caballo encima —se paró de manos el caballo y me azotó— y, lógicamente, les tengo cierto temor a los caballos. Afortunadamente el que me tocó era una yegua muy mansita, de Leodegario, un personaje de por allá de Terán; Leodegario y su hermano nos dieron mucho la mano en la filmación. Yo, para perder un poco el miedo, me tomé cuatro o cinco cervezas y ya asenté los nervios. Me subo al animal, ya vestido de presidiario; uniforme que debía traer en la fuga. Participábamos Gregorio Casals, Alfredo Gutiérrez y un servidor. Fue todo el día de filmación a caballo. Eso no fue todo, otro día seguimos en las mismas escenas; total, fueron dos días a caballo, que durante el resto del mes no se me pudo quitar el dolor del coxis por la falta de costumbre.

Llegó el primer fin de semana de filmación y nos fuimos a General Terán, el grupo de *Luis y Julián* y algunos actores, entre ellos Gregorio Casals. Le habíamos prometido al presidente municipal hacerle un baile en beneficio de los niños del lugar. ¡Olvídense ustedes!, aquello se puso a reventar. En una salida que me doy al patio del salón de baile, veo a una morena muy hermosa platicando con uno de los muchachos que nos ayudaban en la filmación. Yo me salí a descansar un poco y oí que dijo aquella morena guapa: “De todas las gentes que andan aquí en la película nada más hay dos hombres que me gustan: Gregorio Casals y Julián”. Yo no eché en saco roto aquello y una noche acá, en el hotel, andaba la morena y vi que se metió a la habitación con Gregorio Casals. Como a los cinco minutos salen y le digo a

Gregorio: “Qué pasó ¿te acostaste con ella?” Me contestó que no. Me doy habilidad para decirle a la morena: “Voy a invitarte a mi habitación, que tengo algo para ti”. Me siguió, entramos a mi habitación y ahí ustedes se imaginarán la agasajada tremenda que me di con aquella muchacha.

Wally Barrón es un actor, un gran villano del cine nacional. Por ahí traía a una chamaca, según él dándole clases de actuación. Era una chamaca blanca, de ojos claros, muy bonita. Esas muchachas de Montemorelos son muy hermosas. Según Wally, él la iba a hacer artista. Una ocasión que nos trasladábamos por allá a la hacienda del Porvenir, donde filmamos algunas escenas muy importantes de la película, la muchacha estaba buscando con quien irse a la locación. Yo la invito, se va conmigo, y en el camino le digo:

—¿Oye, qué traes tú con Wally Barrón?

—No, es que me está enseñando arte dramático.

—No te creas de ese viejo bofo, es puro cabrón. Tú eres mía, tú vas a ser mía.

¿Y para qué les cuento? Durante todo ese día anduvo conmigo en mi *pick up* y al finalizar, al corte en la tarde, me la traje al hotel.

¿Tú quién eres?

Cuando produje mi primer película me aferré a ir a filmar escenas muy importantes de *Tierra de rencores* a la hacienda El Porvenir, allá donde nací. Soy originario de ahí y me conocen a través de mis canciones. Tal vez en persona mucha gente no me conocía, hasta aquella ocasión que fuimos a filmar.

Mientras se hacían los preparativos me puse a darle forma al argumento de *Todos eran valientes*, una película producida por los hermanos Tamez. Recuerdo que en esa filmación empecé a hacer amistad con actores como Fernando Almada, Gregorio Casals y con Edna Bolkan, la de los ojos azules. Fue un mes inolvidable. Durante la filmación me la volvieron a dar de policía. Fui el comandante de los rurales. No es que deteste ser policía, ya me

habían dado muchas ocasiones el mismo papel, pero quería cambiar un poco y no me lo concedían. Total, seguí haciéndola de policía. También llegó Roberto Cañedo, María Cárdenas, Zoila Flor, Juan Garrido, Humberto Herrera y otros. Los que hicieron el papel de mis ayudantes fueron Juan Martínez Sanmiguel y Eduardo Martínez, ellos sí auténticos policías rurales. Hice ese papel y resultó que hasta ni nos pagaron. Hasta ganas de llorar me daban.

Disfrutaba la novedad de tener a esos actores aquí, en realidad yo no los conocía, como los hermanos Almada y a Alvaro Zermeño. Ellos se expresaban bien de mí en sus entrevistas de la televisión, cuando hablaban de la película *Pistoleros famosos*, y me dio mucho gusto. Yo tenía unas pretenciones muy altas en la película, quería hacer el papel de Generoso Garza Cano. Desde un principio Roberto me dijo: “No, estás loco, aquí necesitamos a un actor de renombre, ¿tú, quién eres”. Me convenció de que así era, y le dije: “Aquí en este papel al único que puede quedarle, que tiene cierto parecido con el auténtico Generoso Garza Cano, es Alvaro Zermeño. Si tú pudieras conseguirlo...”. Lo consiguieron y se lo trajeron.

Alvaro Zermeño, que hace poco murió (que Dios lo tenga en paz) estaba olvidado del cine, nadie lo llamaba. A raíz de esta película, donde hizo un papel fabuloso, se le vino el mundo encima, fue un éxito tremendo para él. Trabajo no le faltaba, y donde quiera que me veía:

—A ti te lo debo todo Julián, por ti estoy en esta situación, esta bonanza que se me vino.

—A mí no, es que así es esto, es la suerte que tuviste de participar.

—No, no, no, tú mero, tú me ayudaste.

O sea, el tipo reconoció el detalle. Gregorio Casals y yo fuimos a Matamoros, porque se dio el caso que el actor consiguió allá una máquina para su automóvil. Y nos fuimos Gregorio y yo, y como siempre, tuvimos unas atenciones de parte de toda esa gente, inolvidables. Se volvieron locos al ver a este actor tan popular.

Nos llevaron a entrevistas a la radio, hicieron fiestas. El señor Carrizales, muy atento, nos invitó a su casa. Hizo un borrego a la griega. A propósito, este señor nos había invitado a amenizar sus bodas de plata. Desgraciadamente un día antes, jugando con un revólver, un hijo de él se dio un balazo en la cabeza. Y para qué quieren ustedes, el señor estaba destrozado.

Posteriormente los hermanos Tamez fueron los productores de otra película, llamada *Entre yerba, polvo y plomo*, basada en un corrido de Reynaldo Martínez, gran amigo de Reynosa, Tamaulipas. En esta película no participé con argumento ni con alguno de mis corridos, solamente fui llamado como actor, nuevamente de policía. Vino Sergio Goyri, Gregorio Casals y fue una gran aventura. La película fue citadina, pues todo lo hicimos en exteriores e interiores de aquí de la ciudad y en ranchitos aledaños a Monterrey. Entonces Conocí a Irma Dorantes, aquella actriz que fuera esposa del ídolo inmortal Pedro Infante. Me tocó dialogar con ella ante las cámaras. Entre escena y escena ella traía entre los labios una canción que dice: “Cantando la encontré/ cantando la perdí...”, así cantaba la melodía, que parece ser un tango.

Cuando tengo la suerte de participar en una película soy feliz. Hasta de comer me olvido. Tuvimos escenas en la estación del tren. Recuerdo en especial una de ellas donde llegamos nosotros los policías a aprehender a Gregorio Casals, que es un narcotraficante y en ese momento está herido, en la orilla de un tren. Un tren parado. Yo vengo manejando la patrulla que viene adelante y debo pararme escasamente a un metro donde está tirado y él tenía miedo de que me fueran a fallar los frenos. Y le di confianza: “No, no temas, la patrulla trae muy buenos frenos. Y tú estate quieto que no te voy a llegar. Después de repetir la escena dos o tres veces todo salió perfectamente bien.

Las locaciones de la película se hicieron aquí en Monterrey. Los diálogos están escritos, pero pasaron por alto algunos detalles bonitos que yo puse en el argumento. Por ejemplo, hay una anécdota de Generoso Garza Cano que me hubiera gustado mucho

que la filmaran: estando aquí en Monterrey, Generoso estaba borracho en la cantina y empezó a balacear los cuadros de las mujeres desnudas. Llega un policía que había sido boxeador y le dice:

—Hombre, estás alterando el orden, mejor entrégame la pistola.

—Quítate de aquí, cachorro, para desarmar a Generoso Garza. Cano te falta mucho qué aprender. ¡Vete!

El policía se fue y Generoso siguió haciendo desmadre ahí con la pistola. Entonces regresó aquél y trajo tres granaderas hasta el tronco de policías. Rodearon la cantina y entraron con armas largas, desarmaron a Generoso y el policía lo golpeó. Eso lo leí en el periódico de esas fechas del sesenta, por ahí. Al poco tiempo mataron a Generoso y le pregunté al policía: “Oye, ¿qué piensas ahora que mataron a Generoso.”

El corrido que le hicieron a él en vida: *Generoso y Carmelita* no sé quién lo haría, pero lo grabaron *Los Alegres de Terán*. Si estando en la cantina alguien echaba el corrido en la rocola, Generoso le metía la carga de la pistola a la sinfonola. No le gustaba oír el corrido. Eso también lo dejaron de filmar. En realidad el argumento es muy largo, tenían que cortarlo forzosamente, pero me hubiera gustado que no hubieran pasado por alto esos dos detalles.

Una ocasión, estando hospedado en el hotel Del Angel de la Ciudad de México, llega *Pepe Loza*, el director de *Pistoleros famosos* y posteriormente *Pistoleros famosos I y II*. Llega y me dice: “Oye Julián, vengo a pedirte que me firmes los derechos para hacer una secuencia de *Pistoleros famosos*. Voy a hacer *Pistoleros famosos II* y sin tu firma no la puedo realizar”. Nos fuimos al restaurante del hotel y ahí le firmé los derechos y me dice:

—Te voy a dar una oportunidad como actor.

—Hombre, pues te lo agradezco.

—Se te llamará posteriormente para que vengas a filmar tu papel.

—Encantado.

Así quedó ese detalle. Guillermo Herrera me llama por teléfono al poco tiempo y me dice:

—Oye, vente porque vas a seguir, vas a hacer el papel del comandante, el que hiciste en *Pistoleros famosos I*.

—Perfecto.

Me voy a la Ciudad de México, hice mi papel y me divertí mucho. Me regresé y cuando sale la película voy a verla. Me dio mucho gusto, porque mi papel lo dejaron con sonido directo, era mi voz la que se estaba escuchando en la pantalla. Siempre me habían doblado la voz, el productor por ahorrarse el traslado, hoteles y comidas, pone un actor en la Ciudad de México a que doble las voces de los actores que están ausentes. Algunos directores afirman que se mejora mucho el personaje cuando un actor con experiencia dobla las voces de actores que apenas empiezan. Después de esto, *Pepe Loza* realizó *Pistoleros famosos III*, pero con la firma que yo le di ya no necesitó mi autorización. Quizás algún día haga otra y sabrá Dios cuándo pare eso de los *Pistoleros famosos*. *Pepe Loza* le quiere hacer al *Rambo*, pero yo sigo con aquella máxima que dice que segundas partes nunca fueron buenas.

Mario Garza, mi hermano, llegó al hotel Del Angel y se quedó con Luis y conmigo en la misma habitación. Nos acostamos y como a las cinco de la mañana el golpeteo de la cama, donde yo estaba acostado, me hace que despierte, doy el brinco y me asomo por la ventana. Por el ventanal del hotel veo que el edificio de enfrente se balanceaba en forma impresionante. Yo les grité a mis hermanos: “Está temblando, pónganse de pie”. Y Luis, que es un poco pesadón para levantarse, abrió los ojos y dice: “N'hombre, estás soñando”. Pero ve el candil de la habitación que se balanceaba y dijo:

—¡Ah, cabrón, si es cierto!, miren el foco.

—Pues levántate y pónganse listos porque esto puede continuar.

Afortunadamente paró todo, pero llevé un gran susto por la forma en que se contorsionaban de un lado a otro los edificios de enfrente del hotel. Fue una experiencia que no se la deseo a nadie.

Durante la filmación mataron a un amigo de nosotros, a un tipo que le cantábamos mucho, *El Güero Macías*. Lo mataron en Cerralvo, a balazos. El tipo que lo mató se puso en la puerta y cuando iba a entrar *El Güero*, le metió un balazo en la cabeza. Eran amigos íntimos, siempre estaban juntos. Posteriormente Luis, mi hermano, le hizo un corrido: *El Güero Macías*.

Me acuerdo que me presenté a la filmación y cuando íbamos a entrar me dijo Jaime Montemayor, el productor de *Pistoleros famosos*:

—Oye, Julián, en tu camioneta podrías llevar el mariachi al cementerio de Cerralvo, porque *El Güero* pidió que si un día lo mataban, o se moría, le cantaran en el panteón.

—No, pues yo me lo llevo.

Mi camioneta era una Panel de varios asientos y ahí metí a todo el mariachi. Llegamos al sepelio y el *El Güero* había pedido que le cantaran *El huerfanito* y no sé cuáles otras canciones. Así es que me dice el mariachi:

—Pues órale, ya estamos listos para que te las avientes.

—No, yo no, ustedes son los que van a cantar, yo no.

—Pero, ¿tú no vas a cantar?

—No, pues apenas que hubiera venido Luis, a lo mejor ni así, pos aquí está muy triste este asunto chingado.

Todo el mundo llorando, todos los amigos a llanto abierto y olvídate. El mariachi empezó a tocar y ellos cantaron las canciones en el sepelio del *Güero*.

También me acuerdo que en *Pistoleros famosos*, ahí en el barrio, un niño un día me regañó, porque en la escena que tengo con la madre de los Peña, de Lucio Peña, la actriz Ada Carrasco, quien hace el papel de la señora Peña, me regaña, siendo yo la ley. Ella me echa bronca. Un niño ahí en el barrio dice:

—Oye Julián, ¿para qué chingados te dejabas que la viejilla te echara pedos?

—No hombre, así es el cine.

—No, pero me cayó muy gorda la vieja chingada esa.

En esa película se nota muy raro mi personaje, con otra voz, se oía mi voz como calabaza cocida, como se dice aquí en el rancho.

El es el productor

Llega el día en que aparece la actriz llamada Patricia Tovar. Yo iba por la carretera, buscando la entrada al lugar donde vive aquella señora casada que antes mencioné, cuando me alcanza mi sobrino Mario Garza quien venía del aeropuerto con Patricia Tovar. La actriz me hace un saludo. Supongo que mi sobrino le dijo que yo era Julián, del dueto y productor de la película. Al saludo, por lo pronto, no le di importancia. Para esto Rodrigo López ya la tenía hecha con Edna Bolkan, la llevaba a almorzar y a cenar al Blanquillo, Nuevo León, a un restaurante de los hermanos Rodríguez. Se veía que la llevaban de maravilla Rodrigo y Edna Bolkan.

Un día que salgo de mi habitación en la mañana, rumbo al restaurante para almorzar, corto una rosa del jardín del hotel, entro al restaurante y me voy directamente sobre Patricia Tovar y le regalo la flor. La señora de Roberto Cañedo la acompañaba y me presentó con ella. Dijo: “Él es el productor” y todos sus detalles. Me senté a almorzar ahí con ellas y empezó a nacer una amistad muy hermosa entre Patricia y yo. La empecé a cortejar y a llevarla a las locaciones en mi *pick up*. La muchacha como que me tenía miedo, porque siempre que la invitaba ella, a su vez, invitaba a otra persona. Una tarde que estábamos en el hotel, en el patio, echándonos unas copas, pasa por ahí Patricia y le digo: Patricia, ¡vamos a mamarnos!” Como vulgarmente se dice acá entre la plebe, entre la raza en lugar de decir “vamos a emborracharnos”. Y ella me dice: “Házmela buena”. Accedí a echarse una copa con nosotros y agarramos una buena parranda. Nos fuimos a mi habitación Rodrigo, Edna, Patricia y yo y la seguimos hasta la madrugada. Edna y Rodrigo se acuestan en mi cama y Patricia y

yo en la alfombra, pero no pasó nada, aquella mujer no accedió a ser mía. A los pocos días volvemos a agarrar la jarra y volvimos a dar otra vez a mi habitación: Edna, Rodrigo, Patricia y yo. En un momento dado Edna y Rodrigo se van y nos quedamos Patricia y yo solos en mi habitación. Me dijo:

—Ando enferma.

—¿Sinceramente estás enferma?

—Sí, estoy enferma.

—Bueno, pues quédate conmigo, total si no quieres no, pero quédate al menos aquí conmigo a dormir.

Y se quedó a dormir conmigo, amaneció en mi habitación, muy temprano se levantó y se fue a la de ella, pero sin haber hecho el sexo.

Yo empecé a dudar, pensé: "Esta mujer no quiere ser mía, pues ni modo". La empecé a desatender, empecé a alejarme de ella. Yo tenía mucho partido de donde escoger, me agradaba mucho Patricia y quería hacerla mía, pero ella no quiso. Transcurrieron los días y estábamos en el rancho del Pame, filmando la escena del cementerio, cuando me dice Rodrigo:

—Oye Julián, me dijo Patricia que qué pasa contigo, que tú ya ni la pelas, ni nada.

—Pues es que ella no quiere nada conmigo.

—No, anoche ella nos dijo a Edna y a mí que sí, que le caes muy bien.

—Ah, bueno, pues entonces deja ver cómo le hago.

Estábamos a punto de terminar ese día, cuando me habla Patricia: "Julián, yo necesito un hombre". Y le dije: "Pues ya no lo busques m'hijita, vente, vámonos, ya van a cortar." La subo a la pick up y nos venimos a Allende, llegamos al motel y le pregunto al camarero ahí:

—Tienen agua caliente?

—No, hay pura agua fría.

—Ahí nos vemos, yo con agua fría no me baño.

Se rió Patricia y nos fuimos a Montemorelos, a otro hotel. No había habitaciones. Entonces nos vimos en la necesidad de ir a mi

habitación en el hotel donde estábamos hospedados. Entramos furtivamente porque ella no quería que se dieran cuenta de que se iba a acostar conmigo. Fue un tórrido romance el que tuve con esa mujer. Esa primer noche fue deliciosa, inolvidable.

Estábamos en la plaza de General Terán: Alvaro, Gregorio Casals, Alfredo Gutiérrez y yo esperando el momento que nos llamaran para entrar en escena y llegaron unas periodistas y se van con Gregorio. No sé si les he dicho, pero Gregorio tiene un carácter de la chingada, y no estaba de humor. Las muchachas periodistas le preguntan: "¿Por qué odia usted a las mujeres?" Dice: "¡No, no, no! no es que las odie, es que algunas me caen muy mal." Todo eso que Gregorio siempre dice en sus entrevistas. Entonces una de ellas le dice: "Pues no nos vaya a resultar con que tiene el motorcito por detrás". Soltamos todos la carcajada. La señora aquella casada con la que me había estado acostando se acerca a Alvaro Zermeño, no sé qué le dice y viene Álvaro y me dice: "Oye Julián, la señora esa dice que tú no le haces caso, que no la pelas". Y le digo yo a Alvaro: "No Alvaro, es que no puedo, es que traigo mucho trabajo, ando muy ocupado". Bueno, déjenme decirles que Alvaro sirvió de AlkaSeltzer en esa ocasión. Se retira Alvaro, nos llaman para entrar a escena y Gregorio Casals empieza a discutir con Jaime. Según Gregorio, no podíamos intervenir nosotros en esa escena, esa escena era únicamente suya y empezó a discutir en fea forma con Jaime y a levantarle la voz. Había como dos mil gentes presenciando la filmación.

Nada más él se mató

En la filmación de *El criminal* estábamos en la sierra, en un ranchito, haciendo la escena del momento en que llegamos a caballo los rurales sobornados por los viejos malos del pueblo, para ir a matar a Jesús Coronado *Pata de Palo*. Bueno, a la hora de la comida llega un tipo y me dice:

—Oye, habló la mujer de uno de ustedes al hotel, que se mató Homero Guerrero en un accidente.

—No puede ser, hombre, son mentiras.

Como ya habían sucedido comentarios así de que había tenido un accidente fulano de tal y eran mentiras que la gente compone, le dije:

—N'hombre, no es cierto.

—Pues habló la señora muy asustada, no sé si la señora tuya o la señora de Luis. Habló al hotel. Yo vengo a avisarles porque me pidió que viniera.

Y ya estábamos preparándonos para entrar a escena, cuando llega otro cabrón, del hotel también. Estábamos en el Villa de Santiago.

—Oye, se mató Homero Guerrero, vengo a decirles, están hablando las mujeres de ustedes, que les avisemos.

—¿Pero cómo es posible, hombre? ya van dos contigo que vienen con lo mismo.

—¡Es cierto!

Y le dije a Luis: "Pon el radio de la camioneta". No, pues la puso y estaba la BJB en chinga, dando la noticia.

Homero y yo fuimos muy amigos y me apreciaba. Me caí moralmente. Hice mis preparativos para venirme. Entonces viene el director y me dice:

—Oye, no te puedes ir, ¿cómo vas a dejar aquí?

—Pues no puedo trabajar tampoco.

—Calmado Julián, a nosotros también nos duele, Homero también era amigo nuestro; pero esto no lo podemos parar, se pierden millones de pesos aquí si se para la filmación.

Me convencieron de que me quedara, hicimos la secuencia y luego ya nos venimos. Resulta que se había matado en un accidente allá cerca de Los Ramones. Y lo que nunca hacía: iba aferrado al volante, manejando. No le gustaba manejar y ese día ya se había salido dos o tres veces de la carretera, bueno y sano; nada de alcohol, y su hijo le dijo: "Déjame ayudarte, papá". Y no, no le hacía caso, y ahí va. Iba en un Jeep, para el rancho que acababa de comprar en Linares. Empezó a llover en ese tramo, como iba muy

recio, el Jeep derrapó y se volcó. Iban cuatro y nada más él se mató. Me dolió mucho.

Me está quitando lo mío

Estando *El Chelelo* en Taxco, Guerrero, filmando una película que se llama *Jacinto El tullido* nos habla:

—Oye, le estoy platicando aquí a Gerardo Reyes de ustedes, quiere que le hagan un *play back* a su película.

—Sí, hombre, cómo no.

Ya habíamos alternado con él algunas veces, cantando en festivales. En *Pistoleros famosos* hicimos más amistad y por eso nos habló de Taxco. Nos fuimos y estuvimos hospedados en el mejor hotel de ahí. Ocho días tuvimos que esperar para que llegara el momento de hacer el *play back*. Me acuerdo que ahí conocí a Fernando Durán, un director muy bueno que ha hecho todas las películas de Orlando Tamez aquí en Monterrey. Deben ser unas diez o doce. Conocí a Fernando Durán, a Gerardo Reyes, a Valentina Leyva. En las noches nos poníamos a jugar a las cartas y *Chelelo* era el rebane todos los días. Nos venimos y yo con el gusano del cine, de buscarme un productor. Escribí el argumento de *Jesús Pata de Palo* a ver quién se interesaba. Cuando yo escribo un guión y quiero dárselo a determinado actor, escribo cosas que le pueden quedar a ese actor, en este caso *Chelelo*. Desde un principio yo sabía que era *Chelelo* el personaje del manco, y enfocado a que lo diga él, esa es la onda. Escribí:

Eramos yo, mi compadre "Chachacón", "El Tuerto" Eligio, Pancho "la Baraja", El "Aguila Real", y "El Manco" Fernando. Llevábamos un contrabando de hojas de barreta, por cierto muy peligroso. Yo llevaba un penco alazán lucero que nomás a mear lo paraba: las riendas eran un pensamiento. Llegamos al Río Grande y todos corrieron, menos yo.

Entonces me encuentro un compadre, y me dice: "Oye, mi patrón está medio loco y a lo mejor él se interesa, hombre, ya le platiqué algo de ti y dice que vayas a verlo". Lo fui a ver:

—Oye, me platicó mi compadre Amaya que tú...

—Sí, hombre, vamos a hacer una película, ve platica con Orlando.

Entonces voy con Tamez y dice:

Empezamos a toda madre, cuando aparece en la compañía Leonel González, hermano de Roberto González, mala leche como no tienen idea, igual que el otro cabrón, ¡peor! Entonces, hacemos la adaptación y se arma la película. Empezamos a hacerla en el ochenta y dos, salió bien.

Recuerdo cuando estábamos filmando la película *El criminal*. Nos tocó hacer una escena dentro de la prisión con *Los Cadetes de Linares* haciendo el *play back* de un corrido. Se filmó toda la escena, todo lo que teníamos que hacer dentro de la prisión y Maurilio Monroy, alias *La Chita*, a la hora de salir de la celda donde estábamos filmando, los policías lo capturaron:

—¿Tú pa' dónde vas?

—Vengo con ellos, con los artistas, con Julián.

—No, tú eres de aquí, esa cara de rata que tienes te denuncia que eres un delincuente, no puedes salir.

Entonces, *La Chita* pide auxilio y grita: —Julián, ayúdame, por favor, me quieren dejar aquí, preso."

Me regreso y les digo a los policías:

—"N'hombre, este muchacho nada más la cara tiene de rata, es buen amigo, tiene buen corazón."

Nos reímos de la situación y logramos rescatar a *La Chita* de la celda. En lugar de Jesús *Pata de Palo* le pusimos *El criminal*, para darle más proyección, sonaba mejor. Es la mejor película que tiene Orlando, la que le sigue dando más lana hasta la fecha, desde el ochenta y dos. La encabezó Fernando Almada, *Tito Junco*, que ya murió, Alfredo Gutiérrez, Willy Barrón y Leonel González. Yo volví a ser otra vez comandante de policía de los rurales, me doblaron la voz en México y me pusieron una pinche voz medio

afeminada, con toda la mala leche de Leonel González. Al sacar los cartelones de publicidad se le olvidó ponerme, según él. Entonces fui con Orlando a la oficina, y le dije:

—Oye, ¿cómo es posible que no me hayas puesto en los carteles de publicidad?

—No, no, fíjate que se me olvidó.

—¿Cómo que se te olvidó, cabrón? Lo hiciste deliberadamente, ¿cómo tú no te olvidaste? ahí dice Leonel González, arriba, dos veces, güey. Lo hiciste de mala fe, hijo de la chingada. Yo nunca te he dado motivos, al contrario cabrón, te he ayudado, lo que he hecho es ayudarte, cabrón, darte la mano, y tú me das en la madre. Si alguien necesita publicidad soy yo, güey, porque soy cantante y tú eres puro cabrón.

Orlando interviene:

—'Pérate Julián, no te enojés.

—¿Cómo chingados no me voy a enojar, hombre, si este güey me está quitando lo mío?, ¿cómo es posible que no aparezca yo, ni como argumentista ni como actor? Que poca madre de éste.

Total, me salí a la chingada. Pero intervino Orlando, si no a lo mejor hubiéramos llegado a echarnos chingazos.

—Oye, pues estos güeyes nos dejaron fuera del cartel ¿qué se puede hacer para darles en su chingada madre? Yo nunca me enojo, pero en este caso sí ando encabronado.

—No, pues no hay más que demandarlos.

—Pues vamos a darles en la madre, ¿qué hay que hacer?

—Hay que ir a la SOGEM a poner la demanda, que estos cabrones nos están dejando fuera como argumentistas y ellos no lo pueden hacer por ningún motivo, deben de mencionarnos, a huevo, en el cartel de publicidad.

Se hizo la demanda y le cayó a este güey. Y me habla Orlando:

—Oye, ¿pues qué pasó?

—Pues yo no soy, mano, el pedo viene de México, ¿no te advertimos *Chelelo* y yo que ibas a tener un problema?

Yo retiré la demanda, no quería hacerle daño a Orlando. La película fue un éxito en Houston. Voy entonces con Orlando y le

llevo el argumento de *El vengador del 30-06*. Lo iba a filmar, ya había los planes de hacerlo. Llego y le digo:

—Oye, liquidame mi participación y yo me retiro de la compañía, porque con este cabrón de Leonel no la voy a hacer.

—No Julián, ni yo tampoco, me acaba de robar diecisiete mil dólares en Houston, ¡hijo de su pinche madre! Donde lo vea lo mato.

—Cálmate, te lo advertí güey, que el bato te iba a chingar, pero no pensé que fuera tan pronto.

Empiezo a venadear federales

La idea de hacer ese corrido y ese argumento, *El vengador del 30-06*, se me vino cuando íbamos Carlos y José y Luis y yo rumbo a McAllen a comprar algo de equipo de sonido en un LTD de Raúl Elizondo. Al llegar a un lugar que le decimos aquí Peña Blanca estaba un retén de la Policía Judicial Federal. Al ver tanto tipo arriba del auto yo creo que pensaron mal. Nos orillaron luego luego: “¡Háganse para acá y bájense!” Los policías, prevenidos con armas largas. Nos bajamos y empezaron a bascular el carro, debajo de los asientos, cajuelas, máquina, todo. Y luego ya nos dicen:

—Identifíquense.

—Cómo no, aquí están los pasaportes.

—¿A qué se dedican?

—Somos músicos, señor. Todos nos dedicamos a la música.

—¿Y este señor del carro?

—Es nuestro representante.

—¿A qué van o qué?

—Vamos a comprar un equipo de sonido.

Como a los quince o veinte minutos, a cada quien le empiezan a regresar sus pasaportes, menos a mí. Se paseaban y comentaban entre ellos. Miraban la fotografía del pasaporte y me veían. Me volvían a ver. Entonces, yo eché a volar la imaginación. Dije: “Estos cabrones me están confundiendo con alguien”. Y es de

todos sabido que estos cabrones te golpean. Incluso, dicen que te ponen una madre de ésas en los testículos y la chingada. Me asustaron. Dije: “Estos cabrones me van a golpear, me van a amarrar por ahí y me van a dar una chinga”. Me volvían a ver. Ya de mucho rato se convencen y me dan el pasaporte: “Que les vaya bien”.

Entonces, a mí se me ocurrió hacer un corrido de ese detalle, como si en realidad me hubieran golpeado. En el corrido original del *Vengador del 30-06*, yo soy un hombre honesto que no tengo armas. Una noche me meto en una armería y me quedo encerrado a la hora que cierran, escondido en la trastienda. Me robo el mejor rifle que hay ahí y empiezo a venadear federales a una distancia de trescientos metros. Para esto yo practico mucho el tiro con lente y me adiestro. Llego a ser un consumado tirador. Me les meto en pachangas, en lugares así, y alcanzo a matar a diez.

Carlos y José la grabaron, habla de federales y no hay problema. Para poder llevarlo al cine tenía que quitar la letra original del corrido; no lo iban a autorizar porque hablo de que ando matando federales. El argumento lo hice basado en que una banda de narcotraficantes confunden a un tipo que se llama Poncho Ruvalcaba. Esa es la historia de cómo se me ocurrió hacer el corrido y posteriormente el argumento.

A esta película vino Rosa Gloria Chagoyán. Tamez fue el productor de *El vengador del 30-06*. Ya no estaba aquel cabrón de Leonel González que nos amargaba la vida a todos. El quedó quemadísimo.

Me acuerdo especialmente de una escena. En la mañana estaba haciendo un frío de la chingada y yo tenía que caer muerto dentro de la alberca. Me pusieron unos flotadores bajo el saco de gángster. Traía saco y sombrero texano. Por hacer bien el papel se me olvidó lo frío del agua. Caí y le hice al muerto. El director, Fernando Durán, como que lo hizo a propósito, tardó mucho en decir: “Corten”. Al salir ya me tenían preparado un baño con agua caliente. Me cambié de ropa y dije: “Me va a dar un gripón”. No, ni me enfermé.

Como la filmación era aquí en Monterrey, cuando estaba muy lejos, el trabajo de la cantada nos lo echábamos el fin de semana. Durante la filmación fuimos a cantar cerca de El Mante, Tamaulipas. Está un poco lejos, pero trabajos aquí cerquita nos los echábamos a todo dar, sin molestar para nada la filmación. Saqué completo mi papel, sin fallar. Me doblaron la voz, yo creo que más bien lo hacía el productor por ahorrarse los aviones y el hotel en México, no porque mi voz sea mala. Pero la gente que veía las películas me desconocía.

—Oye, pues qué raro te ves.

—No, pues es la voz. No es la mía, cabrones.

El 30-06 es un calibre que mucha gente desconoce. No saben que es un calibre de arma para cazar venados. Por ejemplo, el actor Rafael Inclán decía:

—Oye, este cabrón hasta el teléfono dejó: *El vengador del 30-06*.

—N'hombre, no es teléfono, es un calibre.

La venganza de María

En la filmación de *La venganza de María* vino Andrés García, Sergio Goyri, Alicia Encinas, Roberto Cañedo y ahí me desafanaron un poco de los papeles de policía. Me dieron uno de bandido. Aunque ya en *El Vengador* me habían dado el mismo papel. Durante la filmación de *La venganza de María* hubo un detalle que me causó mucha risa. Resulta que llegó un montón de periodistas e invitan a Roberto Cañedo y a Andrés García. Y de ratito sale Roberto Cañedo echando madres.

—¿Qué pasó Roberto, qué hay de bueno?

—Este hijo de la chingada de Andrés García.

—Pues ¿qué pasó, qué hizo?

—Fíjate nomás lo que dice este cabrón. Le pregunta un periodista qué es el cine nacional a este baboso, y dice: "El cine nacional soy yo". ¡Válgame la chingada!

Después que terminamos la filmación llega Horacio Tamez, hermano de Orlando; le había encargado la camioneta a Ruperto Leal y se la había volado. Lo fue a buscar y se hicieron de palabras. Se le va encima, con la pistola en la mano. Ruperto le ganó el parpadeo y lo mató. Esto pasó en un casino, después que terminamos la película, porque incluso en ella sale Horacio sentado en una mesa.

Yo vivía en la calle Lacandón del Fraccionamiento Azteca, y pagaba renta. Entonces se abrió Residencial Colibrí, donde daban ciertas facilidades para pagar el enganche y luego los abonos. Eran ochocientos setenta y cinco mil pesos de enganche, mucha lana todavía en esos días. Y dice mi vieja:

—Hay que empaletarnos con esa casa.

—¡No!, a ver, ¿dónde está el enganche? está muy duro. Los abonos quizás sí, pero el enganche no podemos pagarlo.

—No, vamos, vamos.

Mi vieja es muy valiente. Teníamos cerca de doscientos mil pesos y fuimos allá a la caseta y nos empaletamos con la casa. Pero había una fecha para completar los ochocientos setenta y cinco mil pesos del enganche. Yo ya estaba en planes con Tamez para hacer *La venganza de María*. Se vino una rachita buena de trabajo y le subí al enganche. Le avancé. Me faltaban doscientos cincuenta mil pesos para completarlo. Si no pagaba para tal fecha me iban a cargar intereses. Fui con Horacio y le digo:

—Oye Horacio, ayúdame, hombre, dénme la mano, fíjate que necesito esta cantidad. Al cabo es un hecho que vamos a hacer esta película. Dénme la lana adelantada, préstennme unos doscientos cincuenta mil pesos, después nos emparejamos como quiera.

—Vente mañana.

Y otro día ahí voy:

—¿Qué pasó Horacio?

—Pues, hombre, fíjate que no he checado la cuenta del banco.

Vente mañana.

Y al otro día ahí voy:

—¿Qué pasó Horacio?

-- Chingado, Julián, pues qué caray, vete a ver a Orlando.

--Sí, vale más ir a ver a Orlando, tú no decides nada, ahí me traes vuelta y vuelta. Ya ni chingas, háblame derecho si me vas a prestar o no.

--No, vete con Orlando.

Y ahí voy con Orlando:

--Oye, ya te ha de haber contado Horacio que ando apurado.

--Sí, nosotros también.

--Y, bueno pues ¿qué onda, me pueden dar la mano o no?

--Pues veinte mañana.

¡Hijos de su ...!

Otro día voy y puras evasivas y puras muletas y puras mamadas con esas gentes.

Le dije:

--Oye, me traen como un pendejo tú y Horacio, díganme si me van a prestar o no, si no para buscarle por otro lado, yo tengo que conseguir esa lana a huevo. No quiero pagar intereses, si el capital chingado no lo pago, pues con intereses menos.

Bueno, a ver vieja, has un documento ahí donde Julián nos cede todos los derechos de *La venganza de María*.

Ella se puso a escribir luego luego y veo la cantidad, eran ciento cincuenta mil pesos.

Le dije:

--Oye, yo necesito doscientos cincuenta mil pesos y me estás dando ciento cincuenta mil.

--Es lo que te puedo dar por todos los derechos.

Son unos cabrones duros para soltar, para pagarle a la gente. Me acuerdo que muy a tiempo, apenas salí y logré pagar los otros cien mil pesos que me faltaban. Salieron trabajos, o no sé. Hace unos años pagaba veinticinco mil pesos mensuales de abono por la casa, es una chulada. No es por nada, pero Orlando ha hecho diez, doce películas y las más taquilleras son dos: *La venganza de María* y *El criminal*. El vengador también salió buena, pero más taquillera que todas fue *La venganza de María*.

La venganza de María

--Quiero asistir a ese baile, dijo la hermosa María.

Y le contestó su madre:

--No puede ser, hija mía;

ahí andará ese cobarde

llamado Juan Rentería.

--No puedo estar encerrada

en estas cuatro paredes,

llevo mi pistola escuadra

para poder defenderme;

vendré por la madrugada,

espérame, si tú quieres.

Dio principio la función,

una redova se oía.

Los hombres con devoción

admiraban a María;

con una mala intención

se acercó Juan Rentería.

Se rumoraba en el pueblo,

todo mundo lo decía,

que Juan mató a Don Sotero,

que fue padre de María;

lo venadeó en el potrero

pa' lograr lo que él quería.

—Vamos a bailar, María.
Le dijo Juan el cobarde.
—Sabes que nunca lo haría,
tú asesinaste a mi padre,
presentía que aquí andarías
por eso vine a matarte.

Del interior de su bolso
sacó el arma que traía;
le destellaban los ojos
de la furia que sentía,
en medio del alboroto
cayó muerto Rentería.

Glosario

“ca.- Apócope de acá.
'on.- Apócope de donde.
'onde.- Apócope de donde.
orita.- Apócope de ahora.
'pa.- Apócope de para.
'pérate.- Apócope de espérate.
Abonero.- Vendedor ambulante que ofrece crédito.
Amá.- Apócope de mamá.
Arnachado.- De macho. Resistente, que no se dobla.
Ando enferma.- Estar en periodo menstrual.
Angas.- se usa en la expresión: Por angas o por mangas; por esto o por aquello.
Antojitos.- comida típica, fritanga.
Atrancón. De atrancar. Comelitón.
Averiguata.- De averiguar. Discusión acalorada.
Bailongo.- De baile, fiesta.
Basculear.- De báscula. Esculcar.
Base, beis.- Contrabajo.
Bofo.- En malas condiciones físicas, obeso, estúpido, imbécil.
Bote.- Cárcel.
Cabezal.- Pieza que sostiene al micrófono en los equipos de sonido.
Cajuelas.- Caja trasera de automóvil, baúl.
Calmachicha.- Término marino. Mar tranquilo.
Cinquito.- Moneda fraccionaria de cinco centavos, es diminutivo.
Crudo.- Que sufre resaca alcohólica.
Cuaco.- Caballo. Cuete.— Borrachera.
Chambitas.- Diminutivo de chamba. Trabajos pequeños, de corta duración.

Charchino.- Vehículo viejo.
 Chava.- Mujer joven.
 Checado.- Anglicismo de "to check". Revisado.
 Chotís, Baile de ritmo movido. Muy usual en el norte del país.
 De barba.- De "Hacer la barba", lisonja. Regionalismo de gratis.
 Desafanar.- De afán. Dejar de lado, perder el interés.
 Descarapela.- Galicismo. Levantar la cubierta o la pintura de algo.
 Destrampado.- De trampa. Alocado, eufórico.
 Deveras.- Verdaderamente.
 Dizque.- Contracción de: "dice que".
 Ejido, Forma de tenencia de la tierra en México.
 Elepés.- Disco Long Play o de larga duración, fabricado en acetato.
 Empalear.- De paleta. Unir, asociar, vincular, tomar una responsabilidad.
 Enchinar.- De chino. Erizar, hacer rizos.
 Enreatado.- De reata. Enlazado.
 Estanquillo.- De estanco. Puesto comercial pequeño y fijo.
 Ferri.- Anglicismo de Ferry. Embarcación transbordadora, de viajes definidos y cortos.
 Ganaderas.- Camionetas cerradas en las que la policía transporta a los delincuentes acusados de algún delito.
 Ganchado.- De enganchar, enganchado. Trabajador contratado temporalmente.
 Gentillal, De gente. Mucha gente.
 Güerco(a).- De huerco, diablo. Regionalismo norteño de niño y adolescente.
 Güey.- De buey. Despectivo de hombre o compañero.
 Güicho.- Sobrenombre, apreciativo de Mauricio.
 Hasta el tronco.- Expresión que significa "totalmente".
 Hey.- Del náhuatl "eit", hola. Llamado o afirmación.
 Joto.- Afeminado, homosexual.
 Lana.- Dinero. Lanita.- Diminutivo apreciativo de lana o dinero.
 Mamao.- De mamar, ebrio.

Mancornó.- De mancuerna. Engaño. Se dice de quien tiene dos pretendientes o amantes.
 Mojarra.- De mojado. Persona de origen latinoamericano que vive en Estados Unidos sin documentos legales de inmigración.
 Montacarguista. Trabajador que maneja un montacargas.
 Moyote.- Insecto volador hematófago.
 Mueble.- Vehículo, automóvil.
 Musicada.- Se refiere al trabajo relacionado con la música.
 Oquis.- Gratis, gratuitamente, de balde.
 Pachanga. Fiesta
 Panga.- Lancha, transbordador.
 Pegar.- De agregar, exagerar. "Pero eran los modos, la gente le pega muchas veces".
 Pelaos.- Hombres.
 Pendejo.- Tonto, estúpido.
 Pieza.- Composición musical.
 Pintontie.- Pez.
 Rabonas, De rabo. Corto, incompleto, pobre.
 Rachita.- Breve periodo, fortuna y suerte.
 Racho.- Derivado de racha. Periodo pequeño.
 Radiola.- Equipo de sonido fonográfico.
 Rebane.- De rebanar. Diversión, escándalo, broma.
 Redilas.- Trancas de madera o acero de las cajas de los vehículos de carga.
 Redova.- Ritmo norteño.
 Refusilata.- Balacera de fusilería.
 Regiomontano.- Gentilicio de Monterrey.
 Resorteras.- Armas de resortes y horqueta.
 Rezumbido.- De zumbar. Sonido muy fuerte.
 Ril.- Bobina para enredar el cáñamo de la caña de pescar.
 Rocola.- Ver radiola.
 Salvadillo.- De salvado. Cascarilla que envuelve al trigo.
 Sinfonola.- Ver radiola.
 Sodas.- Bebidas gaseosas.
 Stand.- Anglicismo "Stand". Puesto semifijo.

Tlacuache.- Zarigüeya.

Trocas.- Anglicismo de "Truck", camión de carga.

Trompos.- Derivado de trompa. Manotazos, golpes contumaces.

Tumbaburros.- Defensa. Protección metálica de las defensas de los camiones de carga.

Usté.- Apócope de usted.

Venadear.- Asesinar arteramente y a traición. Cazar a larga distancia.

Volado.- De volar, perder, robado.

DIEZ MIL MILLAS DE MUSICA NORTEÑA:
MEMORIAS DE JULIAN GARZA

DE GUILLERMO E. HERNANDEZ

se terminó de imprimir y encuadernar en mayo de 2003,
en los talleres de la

IMPRENTA UNIVERSITARIA
Ignacio Allende esquina con Josefa Ortiz de Domínguez
colonia Gabriel Leyva
Culiacán Rosales, Sinaloa

Tiraje: 1000 ejemplares.